

Mónica Maier

Todos  
mis  
«te quiero»  
son  
para ti



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, noviembre 2018

© 2018 Mónica Maier.

© de la cubierta: Borja Puig.

© de la fotografía de cubierta: shutterstock.

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Tabuyo.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Vega, doce años](#)

[Vega, dieciséis años](#)

[Vega, veinte años](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para los valientes que se arriesgan.

*«Lo más difícil  
es conseguir  
que se vaya del todo  
todo aquello  
que ya se fue».*

**Marwan**

# Vega, doce años

—Me hago pis.

Vega ignoró a su hermana, que no paraba de moverse en el asiento de al lado, y mantuvo la vista fija al frente. El cine al aire libre constituía su entretenimiento favorito en las noches de verano. La familia al completo se desplazaba hasta la plaza del pequeño pueblo, que era su destino estival acostumbrado, donde desplegaban una enorme pantalla, y allí, sentados en las incómodas sillas de plástico, comían perritos calientes mientras veían la película que proyectaran. La de esa semana estaba disfrutándola de lo lindo y no pensaba permitir que Clara le estropease la diversión.

—Tengo que ir a hacer pis —insistió la niña y le tiró de la falda del vestido de rayas azules y blancas que su madre les había puesto a juego.

Vega odiaba que las vistiesen iguales. Le hacía parecer una niña pequeña y ella ya no lo era; ese otoño había cumplido doce años. Todo lo contrario que Clara, que solo tenía nueve, y, por eso mismo, todavía no había aprendido a quedarse quieta; podía escuchar la gravilla que no paraba de crujir bajo las patas de la silla sobre la que su hermana se balanceaba.

—Para. Vas a estropear me el final —la reprendió en un murmullo. El protagonista estaba a punto de declararse.

—Pero tienes que acompañarme —protestó la pequeña.

Vega observó la pantalla un instante y luego el gesto obstinado en el rostro de la niña. Suspiró, dando por perdidos los últimos minutos de película. Era su hermana pequeña, debía cuidarla y protegerla; formaba parte de la responsabilidad de una buena hermana mayor. Esbozó una sonrisa y la agarró de la mano, pero antes de que pudieran levantarse la voz de su padre las detuvo.

—Vamos, cariño, deja que tu hermana vea el final.

Vega le dedicó una sonrisa agradecida a su salvador mientras dejaba ir a la pequeña. Se acomodó en su asiento y, feliz, se sumergió de nuevo en las imágenes que desfilaban frente a sus ojos.



La noche era cálida, decenas de estrellas brillaban sobre sus cabezas y Vega no conseguía borrar la sonrisa de los labios. Todavía bullía en su interior la emoción que había conseguido traspasar la pantalla y pegarse a su piel hasta sentirla como propia. Se preguntó si sería así el amor. No es que no supiera nada del tema; en su casa lo veía todos los días: en las miradas de sus padres, en la forma en la que se sonreían y, sobre todo, cuando bailaban a solas en la cocina mientras creían que nadie los observaba. Giraban y reían al ritmo de la música con los ojos y las manos enlazados. Y siempre, sin excepción, cuando los últimos acordes de la canción tocaban a su fin, su padre inclinaba a su madre tanto que su larga melena acariciaba el suelo y luego la alzaba para recibirla con un beso en los labios. Ella le permitía hacer, confiada, con la certeza de que no la dejaría caer. Sin duda, en eso consistía el amor, en tener a alguien que te hiciese sonreír, que llenase de música tu vida, que te sostuviese y nunca te dejase caer.

Abandonaron la plaza. Sus padres caminaban abrazados unos pasos por detrás y Clara, a su lado, cantaba y hacía piruetas. La observó: tan pequeña, tan rubia, tan diferente a ella y a la vez tan parte de su ser. Sintió que el corazón se le hinchaba en el pecho.

—Quiero un helado.

Antes de que pudiera contestar, la niña ya tiraba de su mano y la arrastraba calle abajo. Vega solo tuvo tiempo para girar el rostro y ver el gesto afirmativo y la sonrisa de sus padres. Se unió al trote alocado de su hermana y las risas las envolvieron. La cuesta se volvió más pronunciada y sus delicadas bailarinas volaron sobre el asfalto. Se encontraban a pocos metros de la heladería cuando una figura apareció tras la esquina. Vega contuvo la respiración y tiró de Clara para detener su avance y sacarla de la trayectoria del otro peatón. No hubo tiempo para más, su frágil cuerpo impactó contra uno más grande y fuerte. Vio el mundo girar y el suelo acercarse. Se preparó para el inminente choque, pero este no llegó. Parpadeó confundida y alzó la vista. Unos preciosos ojos, que en ese momento creyó dorados, la observaban con un brillo de preocupación.

—¿Te has hecho daño?

Percibió la solidez de aquellos brazos extraños y el calor que transmitían. Fue como si un batallón de pequeñas hormigas recorriera a paso

ligero su piel.

—Me has cogido.

El desconocido sonrió.

—Claro, no podía dejarte caer. —La sujetó con suavidad mientras recuperaba el equilibrio.

Vega desvió la mirada. Notaba la piel de las mejillas caliente y los latidos del corazón en los oídos.

—Entonces, ¿te encuentras bien? —El chico se inclinó para buscar sus ojos. Era un par de palmos más alto que ella y algún año mayor. Vega asintió —. Me alegro. Podías haberte dado un buen golpe...

—Vega. Me llamo Vega —musitó, extrañamente cohibida.

—Yo soy Darío. —Sus ojos se movieron por el rostro de la chica—. Lo dicho, me alegra que sigas entera, pero ahora tengo que irme. —Dio un paso atrás y se detuvo de nuevo—. Y, Vega —dijo con una sonrisa—, hasta que nos volvamos a encontrar, trata de no atropellar a los pobres transeúntes. — Le guiñó un ojo y sin añadir nada más continuó su camino.

Vega lo observó alejarse con una emoción desconocida bailándole en el pecho.

En el camino de vuelta a casa, se mantuvo más callada de lo habitual. Nada más llegar, dio las buenas noches y subió a su habitación; necesitaba estar sola para tratar de comprender el porqué de sus reacciones. Antes de abandonarse al sueño, dos hechos se grabaron en su mente: no la había dejado caer y todavía podía sentir aquel extraño cosquilleo en la piel.

# Vega, dieciséis años

Los rayos del sol de mediodía calentaban las pieles de los cinco adolescentes, doradas debido a las numerosas horas al aire libre, que formaban un círculo sentados sobre la hierba. Reinaba un silencio absoluto dentro del círculo y todas las miradas permanecían fijas en la vieja botella de refresco, que giraba sobre su eje en un baile desigual, mientras la velocidad disminuía con una lentitud exasperante, hasta que se detuvo por completo. Vega alzó los ojos casi con miedo y la sonrisa en el rostro de Darío dio respuesta a la pregunta que no había formulado.

—Tienes que besarlo.

Hizo caso omiso a la voz a su lado que le recordaba lo obvio. Como si hubiera podido olvidarlo. Llevaba meses deseándolo, imaginando cómo sería, qué sentiría cuando ocurriese; sin embargo, ahora que había llegado el momento, su corazón latía con tal desenfreno que no se decidía a moverse por si caía redonda al suelo. Se notaba temblorosa e inestable, las palmas de las manos le sudaban y la piel de su rostro ardía en un incendio descontrolado.

—Es una cobarde. No se atreverá.

Esa voz. Álvaro. «Siempre, Álvaro», pensó. Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada. No entendía que alguien como Darío, tan cariñoso y amable, tuviera por mejor amigo a su total antítesis. Como si le leyese el pensamiento, el chico la sonrió burlón. Vega apretó los puños. Habría deseado hacerlo desaparecer con un chasquido de los dedos; sin embargo, Álvaro suponía un mal que se veía obligada a tolerar. El contacto de una mano cálida sobre la suya le hizo girar el rostro. Encontró a Darío arrodillado frente a ella con una sonrisa dulce en los labios y una mirada tierna que la estudiaba con atención. Cualquier pensamiento que ocupase su cabeza desapareció.

—No le hagas caso, solo bromea.

Vega no contestó, no porque respaldase su afirmación, sino porque la cercanía de Darío y el roce de su piel contra la de ella impedían que su

cerebro funcionase con normalidad. «Uno, dos, tres... », repitió los números en su cabeza mientras trataba de recuperar la calma. El chico se acercó un poco más y le retiró un mechón moreno de la cara. A Vega no le pasaban inadvertidos ese tipo de detalles y gestos habituales en él, y generaban decenas de dudas a las que, cómplice, daba alas en la quietud de su habitación por la noche.

—No tienes por qué hacerlo, solo es un juego —susurró para que nadie más que ella lo escuchase.

Vega lo observó. Poco quedaba del niño alto y desgarbado con el que tropezó aquella noche al salir del cine y que, con el paso de los veranos, se había convertido en parte indispensable de su vida. Sus rasgos se habían afilado y perdido la redondez propia de la infancia; sin embargo, sus iris mantenían el mismo color miel y el brillo pícaro, y su sonrisa continuaba siendo sincera, fácil, la misma que ella dibujaba de memoria en su cabeza cada vez que cerraba los ojos. El miedo desapareció desbancado por otra emoción más poderosa e inquietante que bullía en la boca de su estómago.

—Quiero hacerlo. Quiero que me beses —aseguró con una valentía nueva, nacida del deseo de saber cuál sería el sabor de sus labios y si encajarían con los de ella, igual que sentía que encajaban sus almas.

Una sonrisa lenta se extendió en el rostro de Darío, que alzó las manos y, con una delicadeza infinita, le acarició la piel sonrosada de las mejillas antes de acunarlas entre sus palmas. El corazón de Vega reemprendió su alocada carrera y ella pensó que todos a su alrededor escucharían sus furiosos latidos. No le importaba, ni eso ni la sensación de náusea que crecía en su estómago. El resto del mundo había pasado a un segundo plano; solo existían ellos dos.

Y entonces ocurrió. Los labios de Darío se posaron con suavidad sobre los suyos, todavía inexpertos, y el mundo se desvaneció eclipsado por la fuerza de sus emociones. El beso fue perfecto o, al menos, ella lo sintió así, e incluso antes de abrir los ojos y ver el rostro sonriente y ruborizado de Darío supo que lo recordaría para siempre.

Ese día descubrió algo más mientras miraba las estrellas en compañía de su hermana, tendidas sobre aquella misma hierba testigo de su primer beso.

—¿Cómo es, Vega?

—¿Cómo es qué?

Solo se escuchaban el rumor del agua de la laguna y el canto rítmico de los grillos.

—Enamorarse.

Se giró y la hierba le hizo cosquillas en la piel desnuda de los brazos. Observó a Clara con la larga melena extendida a su alrededor, como una aureola dorada, y la vista perdida en la inmensidad del firmamento.

—¿Por qué crees que yo lo sé, enana?

La niña se encogió de hombros.

—Si nadie me lo explica, ¿cómo podré saber cuándo es amor?

Vega se tumbó de nuevo.

—Supongo que cuando lo que más deseas es que esa persona permanezca a tu lado para siempre.

Nada más decirlo supo que su «para siempre» tenía nombre propio. Deseaba con todas sus fuerzas que las mariposas que revoloteaban en su estómago no se desvaneciesen jamás. Deseaba que Darío fuera «para siempre».

# Vega, veinte años

El vestido de ligero algodón blanco flotaba a su alrededor mientras Vega giraba al ritmo de la canción que sonaba en el viejo tocadiscos que su padre había arreglado para ella. Daba una vuelta tras otra, sin dejar de mirar su reflejo en el espejo de cuerpo entero enmarcado en madera de caoba que ocupaba una esquina de su habitación. Se la veía tan radiante como una estrella recién caída del cielo: el pelo negro largo y suelto, secado al aire, contrastaba con el azul transparente de sus ojos, brillantes a causa de la emoción anticipada que le hormigueaba en el estómago. Había tenido que esperar gran parte del verano repartiendo su esperanza entre mañanas de diversión y juegos en la laguna, y noches bajo un cielo cuajado de estrellas como solo recordaba haberlo visto en ese recóndito paraje escenario de todas sus vacaciones estivales desde que tenía memoria. Cuarenta y ocho días exactos. Pero la espera, por fin, iba a acabar. Durante toda la semana había percibido sutiles cambios en Darío. Además, la cifra tenía que constituir una señal; no en vano, el ocho era su número de la buena suerte.

El sonido del timbre interrumpió sus pensamientos y se detuvo expectante. Distinguió el tono dulce, todavía algo aniñado, de su hermana y el chasquido de la puerta principal al cerrarse. Sus latidos se aceleraron al ritmo que marcaban las pisadas que resonaban en la escalera; sus ojos, ansiosos, se clavaron en el recodo de pasillo que alcanzaba a ver a través del vano de la puerta, y sus dedos, inquietos, se aferraron a la tela del vestido. Hasta que lo vio.

—¿Qué haces tú aquí?

Los ojos del chico brillaron y media sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te he dicho alguna vez que tu dulzura fue lo que me enamoró, princesa?

—En serio, Álvaro, ¿qué es lo que quieres? —Se cruzó de brazos en espera de una respuesta.

El chico no contestó de inmediato. Se movía por la habitación curioseando aquí y allá, como si tuviese todo el derecho. Molesta y un tanto

desilusionada, Vega se sentó en el borde de la cama. La tarde no empezaba como había previsto.

—Eres mi buena acción del día —dijo, por fin, desde el otro lado de la habitación con ese aire de arrogancia que nunca lo abandonaba—. ¿Qué es esto? —Se giró, sujetando una caja de sombras de ojos con forma de corona dorada.

Las delicadas cejas morenas se arquearon. ¡Dios, la estaba poniendo de los nervios!

—Suéltalo, no me gusta que toquen mis cosas. —En realidad no le gustaba que él tocase sus cosas. Podía ir más allá, ni tan siquiera le gustaba que estuviese en su habitación. Tampoco le gustaban su forma de vestir, su actitud ni cómo la miraba. En resumen: Álvaro no le gustaba.

—Deberías ser más amable —dijo el muchacho y chasqueó la lengua a modo de reprimenda.

Vega contuvo un gruñido y se puso en pie, dispuesta a echarlo del cuarto.

—Darío me ha pedido que venga a buscarte. Su hermano se ha llevado el coche. —Le dedicó una sonrisa cargada de burla que ella tradujo como: «no te queda más remedio que aguantarme si quieres verlo, y tú y yo lo sabemos»—. ¿Estás lista?

Suspiró resignada. Al parecer, una vez que había quedado establecido quién tenía el control, Álvaro ya no consideraba necesario prolongar más ese absurdo juego del ratón y el gato. Sin embargo, Vega no pensaba dejarle llevar la voz cantante.

—Necesito un minuto. —Salió de la habitación y se dirigió al cuarto de baño por el placer de hacerlo esperar y porque necesitaba unos instantes a solas para tranquilizarse. Se miró en el espejo, se ahuecó un poco la melena con los dedos, se retocó el brillo de labios y contó hasta cien durante el proceso.

Al regresar, lo encontró recostado sobre la cama, ojeando un libro que minutos antes reposaba sobre la mesilla de noche. Tuvo que hacer un esfuerzo de contención; no quería comenzar de nuevo una batalla dialéctica.

—¿Vamos? —preguntó.

El chico estiró las largas piernas, la observó con aire perezoso y se puso

en pie.

Descendieron con Vega encabezando la marcha. Al llegar al recibidor, ella se giró.

—Dame un momento. —No esperó a su respuesta. Entró en el salón y se acercó a su hermana, que veía la televisión tumbada en el sofá—. Me voy, Clara. ¿Estarás bien? —Se inclinó y colocó la palma abierta sobre la frente de la chica.

—No tengo fiebre, Vega.

—Papá y mamá llegarán pronto —dijo con gesto preocupado—. Si necesitas algo antes, llámame. —No se marchaba convencida. Si no fuese porque iba a ser «la noche», no habría dejado sola a su hermana. Le examinó los ojos vidriosos, tan parecidos a los suyos, aunque de un tono más oscuro de azul.

—Deja de estudiarme y vete ya. Tengo diecisiete años y es solo un constipado, nadie se muere en el siglo veintiuno por eso —replicó la pequeña de las dos hermanas con una sonrisa.

Haciendo caso omiso, Vega, mantuvo los ojos indecisos unos segundos más sobre ella. Al final, suspiró dándose por vencida.

—Vale. Ya me marchó. —Se inclinó para dejar un beso suave sobre la mejilla caliente de su hermana y una caricia, y, tras mirarla una última vez, se alejó.

Álvaro esperaba apoyado contra el marco de la puerta del salón. Vega pasó por su lado sin dirigirle la palabra y se encaminó hacia la salida. El día había sido bochornoso y el calor ascendió desde las baldosas de barro del porche por sus piernas desnudas. En el cielo, el astro rey se hundía tras las montañas entre jirones de nubes violetas y naranjas. Se detuvo para admirar el espectáculo de color. Nunca se cansaría de verlo.

Un rugido rompió la calma y la sacó de golpe de su embeleso. Bajó la vista y frunció el ceño. La potente motocicleta desentonaba entre tanta naturaleza. Sus colores llamaban la atención como un incendio. Vega pensó que causaba la misma impresión que su dueño; ninguno de los dos conseguía pasar inadvertido, claro que esa fascinación que Álvaro solía producir en el resto, sobre todo si pertenecían al sexo opuesto, en ella se tornaba indiferencia mezclada con un pequeño punto de antipatía.



Bajó los escalones y tomó el casco que él le ofrecía. Le pareció adivinar la diversión en sus pupilas semiocultas tras la visera. No perdió el tiempo. Lo ignoró, se colocó el casco y subió a la parte posterior de aquella máquina del infierno; si era el peaje que tenía que pagar para ver a Darío, lo haría un millón de veces más.

El contacto de las manos de Álvaro sobre las suyas la sobresaltó.

—Agárrate fuerte —le aconsejó y ciñó los brazos de Vega alrededor de su cintura. Solo entonces inició la marcha.

En contra de lo que la chica pensaba, el trayecto no constituyó ningún suplicio. Todo lo contrario; lo disfrutó. Álvaro conducía tranquilo, tomaba las curvas con suavidad y el viento cálido le acariciaba la piel y la envolvía entre el suave aroma de los pinos. Parecían fundirse con el paisaje y una sensación de euforia y libertad la invadió.

Llegaron demasiado pronto al pueblo o eso le pareció a Vega, aunque nunca lo reconocería en voz alta. Álvaro se quitó el casco y lo colocó sobre el depósito. Luego, se volvió y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Cuando tuvo los pies en el suelo, tiró de ella con suavidad, alzó las manos y, con un movimiento hábil, desabrochó su cierre. Vega se dejó hacer; aunque hubiera querido, no habría podido oponerse, su cuerpo había decidido no obedecer órdenes de su cerebro. Los ojos de ambos se encontraron; los de ella, azules y confundidos; los de él, oscuros y cálidos.

—Ya estáis aquí.

La voz irrumpió desde algún punto a su espalda. Vega se giró a su encuentro y la sonrisa de Darío la trajo de vuelta a la realidad. Sus labios imitaron el gesto y esperó a que el chico llegase a su altura. Se ruborizó con placer cuando la besó en la mejilla y murmuró:

—Tenía ganas de verte. —Luego la tomó de la mano y le preguntó si lo acompañaba dentro.

Vega agitó la cabeza en sentido afirmativo, nerviosa al sentir la palma cálida de Darío rodear la suya, ahora helada. Antes de alejarse, buscó una última vez a Álvaro con la mirada. No lo encontró.

Había un único bar de copas en el pueblo y a esa hora se encontraba bastante concurrido. No poseía la sofisticación de los sitios que Vega acostumbraba a frecuentar en Madrid y, sin embargo, le gustaba por eso

mismo. Las paredes de madera, el billar al fondo y la música española, que sonaba casi de continuo, la hacían sentir cómoda. Allí, todo era lo que aparentaba.

Sin soltarle la mano, Darío la guio por la sala hasta un rincón situado al final de la barra. Vega se sintió un poco decepcionada al ver que no estarían solos. Óscar, el hermano de Darío, y su novia, Sandra, ya se encontraban allí. Se consoló diciéndose que la noche acababa de empezar; más adelante encontrarían el momento adecuado para buscar un poco de intimidad. Puso su mejor sonrisa.

El tiempo había adquirido una consistencia extraña y las horas pasaban lentas y rápidas a la vez: lentas para sus deseos, rápidas azuzadas por sus miedos. Y aunque no se aburría, la inquietud creciente que le atenazaba el estómago no le permitía disfrutar del todo. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si nunca volvía a besarla? Miraba los labios de su acompañante y el anhelo lo ocupaba todo, ahogándola. Día tras día de ese verano, los sentimientos que tanto tiempo llevaban guardados en su interior habían crecido y tomado posesión de cada parte consciente e inconsciente de su cuerpo, mente y corazón. Vega nunca había estado enamorada, no podía acudir a la experiencia para ponerles nombre a todas las emociones que se agitaban y enroscaban en su interior. Sin embargo, esa inevitabilidad, ese empuje e inmensidad que se henchían en su pecho le decían que no tenía que haberlo vivido antes para poder identificarlo, y la certeza de que tenía que ser un sentimiento compartido tomaba fuerza porque no concebía que semejante pasión no estuviera alimentada por dos corazones. Cuando se tienen veinte años todo gira en torno a los extremos, blanco o negro, amor eterno o tragedia; queda poco o ningún espacio para los grises.

Las preguntas se sucedían en bucle en su cabeza formando una espiral de dudas e inseguridad, hasta que Darío se inclinó hacia ella.

—Hay demasiada gente. ¿Damos un paseo?

Una sonrisa exultante se dibujó en los labios de Vega y la esperanza retornó con fuerza.

—Claro. Dame un momento para ir al baño y nos marchamos.

Vega recorrió el corto espacio con la sensación de flotar a centímetros del suelo. La puerta del aseo de chicas se cerró a su espalda y se quedó a

solas con los latidos acelerados de su corazón. Iba a ocurrir, pero tenía que tranquilizarse. Inspiró hasta que el aire llenó sus pulmones y exhaló despacio. Luego abrió el grifo y colocó las muñecas bajo el chorro de agua fría. Se pasó las palmas húmedas por la nuca y se sintió mejor. Le brillaban los ojos y sus mejillas y labios mostraban un color sonrosado. Resplandecía de felicidad.

Abandonó el cuarto de baño con el dulce desasosiego que produce sentir los sueños cosquillar en las yemas de los dedos. En el pasillo, una pareja se besaba amparada en la oscuridad. Ella, con las manos en los hombros de él y los ojos cerrados, disfrutaba de las caricias que los labios de su compañero repartían por su cuello expuesto, perdidos uno en el otro, ajenos al mundo. La sorprendió semejante pasión y el deseo por experimentarla en su propia piel le tensó el estómago. A medida que Vega se acercaba, algo familiar llamó su atención. Solo tuvo que desviar los ojos del conjunto y fijarlos en el chico para reconocer a Álvaro. Por un instante, le pareció que él abría los ojos y su mirada se clavaba en ella, pero estaba demasiado oscuro para asegurarlo. Sus latidos se aceleraron y un intenso rubor le cubrió el rostro.

Darío se detuvo en el comienzo de uno de los senderos que desembocaban en la laguna. Olía a pino y brezo. Bajaron del coche y recorrieron el estrecho y pedregoso camino en silencio hasta llegar a una pequeña playa acariciada por el agua. Se sentaron sobre la arena uno junto al otro. La luna bailaba al compás de la suave brisa sobre la superficie inmóvil. La piel de Vega se erizó.

—¿Tienes frío?

Vega negó con la cabeza. Los escalofríos se los provocaba su cercanía.

Charlaron un rato de música, cine, de sus planes para después del verano. Vega trataba de seguir el hilo de la conversación, pero a cada minuto que pasaba le resultaba más difícil. Solo podía pensar en la mano de Darío, que rozaba la suya sobre la arena y desde este inocente pensamiento su cabeza saltaba sin remedio a cómo sería acariciar su piel o probar sus labios.

—Se está bien aquí.

Vega asintió y pensó que no querría encontrarse en ningún otro lugar en ese momento. Volvió el rostro para decírselo. Sus palabras murieron en los labios de Darío.

Y como si ese beso no hubiese terminado nunca, transcurrieron tres

semanas, las más felices de la vida de Vega.

# 1

## El presente

«Cincuenta y cuatro, setenta y seis, ciento veintidós, diez...».

Viejos hábitos, nuevos métodos. Contar siempre me ha ayudado a templar los nervios. Ahora, enumero cifras aleatorias porque hace tiempo escuché a alguien decir que así daba mejor resultado. Nunca he sido capaz de recordar quién fue, pero el sistema suele funcionar. Y digo suele...

—Borja, cariño —susurro impaciente para que solo me escuche mi compañero, no sea que nuestro modelo de hoy se ponga más nervioso—. ¿Podrías hacer que el chucho se quede quieto de una vez?

—No fastidies, Vega, ¿crees que no lo intento? Pero es como un mastín reencarnado en un pompón de llavero —dice acercándose con precaución al pomerania que le enseña los dientes en un intento de marcar su territorio—. ¿Y si le damos un Lexatin? —murmura mientras retrocede ante el ascenso del volumen de los ladridos del perro, guion, bicho, guion, rata.

Que conste que me gustan los animales, pero el que destroza en este momento el cojín de *atrezzo* de mi estudio es una suerte de demonio con fingido aspecto de mascota adorable.

Subo la cámara y trato de encuadrar al excitado animal para conseguir una instantánea que acabe de una vez con esta tortura que dura ya una hora. Espero sin apartar la mirada del visor. Por suerte, un sonido llama su atención, termina con la masacre de gomaespuma y eso provoca que permanezca quieto los segundos necesarios para que pueda apretar el disparador una, dos, cinco veces y captar la imagen que me permite dar por terminada la sesión.

Un minuto después, el rostro de su dueña asoma por la puerta.

—¿Se puede?

—Claro, llega justo a tiempo. Hemos terminado ahora mismo —digo con una sonrisa mientras coloco mi Nikon en la mesa y me inclino sobre el

ordenador, porque a diferencia del perro, su dueña me cae bien. Es una anciana adorable, un tanto anacrónica en el maquillaje y la ropa, hoy nos deleita con un traje pantalón azul celeste con unas hombreras más anchas que las protecciones de un jugador de fútbol americano, todo ello combinado con una cantidad tan exagerada de collares y pulseras que si llegase a tropezar me temo que no conseguiríamos levantarla, pero encantadora de todos modos.

—Espero que no os haya dado demasiado trabajo.

—Ha sido un ángel —asegura Borja con un énfasis excesivo mientras mantiene la distancia con la bola peluda, que de pronto se ha transformado en un clon de Bambi y mueve la cola feliz ante las caricias de su propietaria.

—Es que es muy buena. ¡A que sí, mi chica bonita! ¡¿Quién te quiere a ti?!

Borja le da la espalda y pone los ojos en blanco con expresión de sufrimiento. Al verlo, contengo una sonrisa.

—No sé qué sería de mí sin ella. —Las pupilas de la mujer se vuelven vidriosas por un instante. Levanta al diminuto animal y lo acuna contra su pecho.

La observo mientras hunde sus nudosos dedos en el pelaje y me pregunto cuál será su historia, porque si algo he aprendido a estas alturas de mi vida es que todos tenemos una historia única e íntima, conformada por sueños, deseos, esperanzas y miedos, anhelos, expectativas, logros y decepciones. En definitiva, todas esas cosas que nos moldean en el yo que no compartimos con los demás.

—Hacen mucha compañía —declaro con complicidad y alargo la mano para acariciar la cabeza del astuto pomerania que se deja hacer con cara de no haber roto un plato en su vida o su equivalente en el mundo perruno.

—Sí que la hacen, sí —conviene la mujer con su alegría habitual ya recuperada—. Y por eso y por haber sido tan buena chica vamos a ir a dar un paseo —canturrea mientras besa con mimo la cabeza de la pequeña perra, que me mira con expresión de «os tengo comiendo en mi mano», lo que provoca que le saque la lengua, como si pudiera entenderme, en un descuido de su dueña.

—Me parece una idea fantástica. Espere, le doy el resguardo para recoger las fotografías y ya pueden ir a disfrutar la mañana.

Le entrego el recibo y, tras despedirme, las veo salir juntas por la puerta con el mismo paso renqueante, como si estuvieran sincronizadas. Una sonrisa se dibuja en mis labios sin que pueda evitarlo.

—Recuérdame por qué nos dedicamos a esto —dice Borja a mi espalda.

—Porque nos gusta hacer felices a los demás.

Arquea una ceja, poco convencido.

—Y porque tenemos la tonta costumbre de comer y vivir bajo techo —termino.

En mi caso, hay un motivo ulterior: la magia que transforma el mundo visto a través de la lente y te muestra detalles que nunca habrías imaginado encontrar.

—La próxima vez que tengamos un encargo de este tipo, recuérdame que ayunar de vez en cuando es sano y depura el organismo.

Ahora soy yo la que levanta las cejas.

—Dijo el hombre que se come las hamburguesas de dos en dos. Si tuviese que descontarte un solo día de salario, morirías de hambre.

—Eso es porque me pagas poco —añade mordaz.

—Será porque hablas más de lo que trabajas —respondo en el mismo tono y le tiro una batería que atrapa al vuelo y coloca en la estantería.

—Será porque eres poco comunicativa y tengo que llenar los silencios.

Siempre tiene que decir la última palabra. Ya estoy acostumbrada y no le contesto. Me guiña un ojo y continúa recogiendo, aunque el silencio no dura demasiado, no con Borja.

—No me has contado qué tal te fue el sábado.

Como única respuesta dejo escapar un sonoro suspiro.

—Venga, no pudo ser tan malo.

—Depende de si consideras malo —dibujo unas comillas con los dedos — que tu cita viva con su madre, diez tarántulas, tres iguanas y una pitón.

—Joder, y parecía un tío normal.

—Empiezo a pensar que el término normal está sobrevalorado.

Porque quién necesita algo corriente, común u ordinario en el amor. Yo lo quiero mágico, sorprendente, asombroso. Claro que lo que quiero y lo que necesito, en mi caso, son conceptos antagónicos. Con toda probabilidad, lo que necesito no podré encontrarlo en los encuentros esporádicos, que sé de

antemano que no irán a ninguna parte, a los que me obligo a acudir. Y lo hago impulsada por esa parte kamikaze que, de cuando en cuando, me empuja a lanzarme en barrena con la esperanza de que el destino me sorprenda y sea esa próxima persona la que me demuestre que puedo volver a enamorarme y creer en los finales felices.

—No entiendo por qué te castigas de esa manera. Tienes veintiséis años, diviértete, disfruta, practica sexo. Te lo digo así, en bonito, para que no te escandalices.

—Eres idiota.

—Y tú una mojigata.

—Viniendo de ti, me lo tomaré como un cumplido.

Lo examino con mirada crítica: desde el pelo, que lleva demasiado largo, pasando por la camiseta desgastada de manga corta que deja al descubierto la tinta que adorna la piel de sus antebrazos, para terminar en los pantalones vaqueros con las rodillas deshilachadas, y pienso que sus padres no hicieron una buena elección porque el nombre es lo único conservador que tiene Borja, y que es una pena que no nos atraigamos lo más mínimo, porque es un regalo para la vista y mi vida amorosa sería infinitamente más fácil.

Se acerca a mí y me pellizca la cintura antes de abrazarme desde atrás.

—Siempre parece cargar con el peso del mundo sobre los hombros, y en vez de arrastrarlo deberías pensar en comértelo.

Ojalá resultara tan fácil, tan sencillo como estar así, abrazados, sin esperar ni pedir nada a cambio. Sin trampa ni cartón.

—Y ya que hablamos de comer... —murmura en mi oído.

—Todavía falta media hora, zampabollos.

—Iba a preguntarte si comíamos juntos, listilla.

—Hoy no. He quedado con Clara.

Como si la hubiera invocado al pronunciar su nombre, la puerta se abre y aparece mi hermana, preciosa y perfecta, con sus pantalones pitillo de marca y su blusa de seda.

—¿Se puede? —pregunta sonriente con el mismo tono dulce que conserva desde la adolescencia.

—Claro. —Le devuelvo la sonrisa mientras observo como cierra la puerta tras de sí y se acerca.



Besa a Borja primero y luego se detiene frente a mí para hacer lo mismo, pero esta vez con abrazo añadido.

—He llegado pronto.

—No pasa nada. Estábamos terminando de recoger —digo mientras pulso el icono para guardar las fotografías de la sesión. Perderlas supondría una catástrofe, no solo por la mala imagen que daría a nivel profesional, sino porque no creo que los nervios de Borja ni los míos soportasen tener que repetirlas.

La veo mirar a su alrededor con ojos expertos y espero su veredicto.

—Me gusta mucho cómo ha quedado el estudio.

—No ha sido gran cosa. Unas manos de pintura, alguna pared menos y muebles nuevos.

—Lo digo de verdad —insiste—. La distribución resulta perfecta; da amplitud y os permite aprovechar mejor la luz.

La observo. Su expresión parece sincera. Entiendo el comentario como lo que supone, un halago y también una ofrenda de paz por la discusión que provocó mi negativa a aceptar su ofrecimiento para encargarse del proyecto de remodelación. Clara suele llevarse las cosas a lo personal. No comprende que una negativa no tiene que implicar una actitud de rechazo explícita hacia su persona o sus habilidades, en este caso profesionales, pues se gana la vida como arquitecto interiorista. Hay veces que el «no» solo tiene que ver con uno mismo.

Le dedico una sonrisa de disculpas aceptadas y ella me la devuelve con el hielo ya deshecho a nuestro alrededor.

—¿Dónde te apetece comer? —pregunto mientras cierro el ordenador.

—Había pensado que podíamos ir a Som Thai.

Es uno de mis restaurantes preferidos. Sin duda, Clara está siguiendo al pie de la letra el manual de la buena hermana. Le agradezco el esfuerzo, así que asiento y me giro para buscar a Borja, que ha desaparecido en la trastienda. Tengo que esperar unos segundos hasta que regresa cargado con unas cajas.

—¿Te importa que me vaya un poco antes?

—Eres la jefa, no preguntes —responde sin levantar la vista.

Lo miro divertida; a pesar del tiempo que hace que trabajamos juntos,

sus comentarios todavía consiguen sorprenderme.

—Entonces afirmo: me voy. —Me adelanto para coger el bolso y la chaqueta, y le doy un beso rápido al pasar por su lado.

—Ay, si tú quisieras —ronronea.

—Ay, si tú te dejases —respondo dentro de nuestra rutina habitual de provocaciones inofensivas.

Precedo a Clara hasta la puerta y una mañana de sol y cielo azul nos recibe cuando salimos a la calle. La primavera ha llegado con fuerza a Madrid y, aunque abril nos acompaña desde hace algunas semanas, el calor provoca que me sobre la ligera gabardina que me he puesto. A pesar de ello, decidimos ir a pie para disfrutar del día y porque el restaurante queda cerca; no nos engañemos, a nadie le gusta llegar a la comida sudada como una empanadilla vietnamita.

Caminamos calle abajo en silencio, una junto a la otra, y hacemos gala de esta habilidad que nos caracteriza para sortear los temas importantes sin que se note, hasta que llegamos a nuestro destino. Una vez que hemos ocupado una mesa y tras pedir la comida, mi hermana clava sus ojos en mí y la tregua se acaba.

—¿Cómo estás? —Puede parecer una pregunta inocente, pero la postura tensa de Clara me anticipa que va a suponer el comienzo de una conversación incómoda.

Me entretengo en pellizcar un pedazo de pan y llevármelo a la boca para no contestar.

—Papá y mamá están preocupados. Todos lo estamos. Hace semanas que no pasas por casa y no sabemos nada de ti.

—Estoy bien, Clara. —Odio que trate de usurpar mi puesto de hermana mayor con sus veladas reprimendas moralistas.

—Entiendo que hayas tenido poco tiempo al compaginar la reforma, el trabajo y todo lo demás, pero no creo que hacer una llamada te cueste tanto... o responderla.

—Han sido unas semanas complicadas. Acababa tarde y cansada, y lo único que quería era llegar a casa y dormir.

—Solo digo...

—Sé lo que dices —le corto—, pero si yo no fuese la hija

desconsiderada, ¿cómo ibas a ostentar tú el puesto de hija perfecta? —Me doy cuenta de lo duras que van a sonar mis palabras justo a tiempo para imprimirle a mi voz un tono ligero, casi de burla, y adornar la frase con una sonrisa final.

Da resultado. La expresión de Clara se suaviza.

—No tienes remedio. Solo digo que papá y mamá no van a estar aquí siempre. Somos una familia y tú también formas parte de ella.

—Y tú eres una exagerada, porque nuestros progenitores aún no han agotado la cincuentena y, además, si quisiera escuchar sermones iría a misa. No obstante, prometo prodigarme más ahora que todo ha vuelto a la normalidad.

—Genial, eso es lo que quería escuchar —la sonrisa de mi hermana se ensancha y el azul de sus pupilas destella—, porque el sábado vamos a celebrar el cumpleaños de Darío. Daremos una fiesta en casa y tú estás invitada.

Las palabras me golpean por sorpresa. Me esfuerzo por mantener una expresión risueña mientras alargo el brazo y me llevo la copa de agua a los labios para tragar el nudo que me oprime la garganta. A pesar de que no contesto, mi hermana toma mi silencio como una aceptación y comienza a contarme hasta el último pormenor de los preparativos.

El resto de la comida transcurre de modo parecido. Clara habla y yo asiento, y pronuncio algún que otro monosílabo para que parezca que todavía permanezco aquí, aunque lo cierto es que mi mente vaga lejos, parapetada tras un muro que impide que me alcance la pena.

## 2

# Para siempre

El *Reggaetón lento*, de CNCO, que en realidad no tengo muy claro quiénes son, pero de tanto escuchar sus canciones al final he aprendido a identificarlos, suena a todo volumen en la sala.

—Mis neuronas deben de estar muriendo en masa.

Borja me mira burlón mientras ajusta el trípode.

—Les prometimos que elegirían ellos la música.

—Ahí está la clave: dijimos música y no esta sucesión machacona de notas que tortura mis oídos.

—Te estás haciendo mayor y gruñona. —Me pincha y le enseño el dedo corazón con mucho disimulo—. Y además eres una mala influencia para los niños. ¿Así vale?

Observo la zona que hemos acondicionado a modo de estudio para hacer las fotografías.

—Está perfecto, aunque no sé si voy a utilizarlo; puede que hoy solo tome unas cuantas imágenes de los chicos mientras se familiarizan con todo este circo. Y aquí la única mala influencia eres tú, con esa pinta de tío bueno, duro, pero sensible. Creo que no hay ni una niña de esta sala que no suspire cuando te ve entrar.

Para corroborar mis palabras, Lola, una belleza rubia de trece años, piel de porcelana y ojos turquesa se acerca ataviada con una bata de médico y un estetoscopio.

—¿Estoy guapa? —parpadea coqueta y gira sobre sí misma sin dejar de mirar a Borja, y yo tengo que morderme los labios para no reírme.

—Preciosa. Pero ¿sabes qué? —Borja se agacha y clava una rodilla en el suelo cual príncipe azul. La niña lo mira como si tuviera delante a Justin Bieber, Harry Styles y los Gemeliers, todos juntos—. Aún eres más bonita aquí dentro. —Le posa el dedo índice con suavidad en la sien y la piel pálida

se sonroja.

Antes de que la magia se esfume, subo la cámara e immortalizo el instante. Borja se pone en pie y observamos a Lola alejarse con una sonrisa tan enorme que casi no le cabe en su preciosa cara.

—No creo que debas alentar sus esperanzas románticas. Es demasiado lista para ti —bromeo.

—Imagínatela dentro de unos años. Ella sola sería capaz de cargarse el estereotipo de rubia tonta; ojalá que todo lo que tiene encima no limite su potencial.

«Ojalá». Suspiro y asiento mientras la miro reír feliz y despreocupada. Aunque sé que no siempre puede comportarse como su edad dicta, cuando nos encontramos entre estas cuatro paredes todos hacemos lo posible para que sea así. Clara es huérfana, su padre falleció a causa del VIH cuando solo tenía ocho años, y su madre poco tiempo después de una sobredosis. Sobra decir que ambos eran drogodependientes. Ahora reside con su abuela y sus hermanos pequeños en un piso de dos habitaciones y sobreviven, a duras penas, con las ayudas estatales que reciben. A pesar de ello y de las obligaciones que asume al ser la mayor, siempre sonrío. Es algo que admiro de todos los niños que ocupan esta estancia, porque, por desgracia, la de Clara es solo una historia más de las que llenan las habitaciones de este centro que gestiona una ONG que lucha contra la pobreza infantil y ayuda a los menores en riesgo de exclusión social.

Ya he dicho que la fotografía me apasiona, pero no solo su vertiente estética, por llamarla de alguna manera: encontrarle una utilidad social, algo que sume, con lo que pueda aportar mi granito de arena para mejorar esta sociedad que cada vez se vuelve menos empática, le da un valor añadido que nunca imaginé que disfrutaría tanto. Y lo curioso es que no los encontré yo a ellos, sino ellos a mí una tarde mientras fotografiaba la ciudad. Me gusta pensar que el cosmos alineó nuestras energías para que fuese capaz de hallar algo que ni siquiera sabía que estaba buscando. Desde ese día han transcurrido ya dos años en los que no he dejado de colaborar como voluntaria e imparto un taller de fotografía donde pretendo que estos niños, tan acostumbrados a ver un mundo limitado y tantas veces gris, comprueben que hay muchas más versiones aparte de la que ellos aprecian. Y desde detrás

de la cámara resulta más fácil descubrir la belleza de las cosas sencillas.

No obstante, el proyecto que tenemos hoy entre manos no forma parte de nuestras clases semanales y tiene otra finalidad diferente. Vamos a trabajar con los chicos para hacer un calendario solidario que nos permita recaudar fondos. La idea de base es fotografiarlos representando las profesiones a las que desean acceder en un futuro. Ha sido toda una sorpresa ver la cantidad de sueños que tienen y yo solo espero que todos y cada uno de ellos logren alcanzarlos; ya que las circunstancias les han robado la niñez, ojalá que el karma los compense con un futuro pleno.

La música continúa sonando y me muevo por la sala cámara en mano. Ana, con una gorra de policía en la cabeza, se ríe de Jaime, que ha caído de culo contra el suelo al enredarse cuando trataba de meter la pierna en un pantalón de bombero. Laura, Sofía y Marta, las benjaminas, con diez años, trastean con peines y secadores de pelo, y juegan a maquillarse en su papel de peluqueras o quizá estilistas, a juzgar por las boas de plumas que les rodean el cuello. Luis y Adrián simplemente rebuscan entre percheros y baúles. Inmortalizo la ilusión que aflora en la luz de sus miradas, la calidez de sus sonrisas, la complicidad de sus gestos; en definitiva, la alegría, por unas horas, de sentirse solo niños con un mundo de posibilidades a sus pies. Y mentalmente les agradezco que me permitan compartirlo con ellos, porque igual que yo les enseño algo cada semana, ellos lo hacen conmigo, pero de forma exponencial con su manera de enfrentarse a la vida, y me obligan a dejar en la puerta todo lo que no sea cariño y comprensión, lo que me permite ponerme en una piel en la que me gusta sentirme.

Hago un repaso rápido de las últimas imágenes en la pantalla de la cámara y sonrío satisfecha. Todos parecen pasarlo bien. Todos menos Jota, que observa el ajetreo general sentado en un rincón. Me acerco a él y me dejo caer a su lado. Le doy un codazo cariñoso y se quita los auriculares que suele usar para aislarse del mundo.

—Eh, no te veo muy participativo. ¿Has elegido ya lo que vas a llevar en la foto?

Se encoge de hombros y señala los auriculares que le cuelgan del cuello.

—Eso se llama ley del mínimo esfuerzo. Si quieres parecer un músico, vas a tener que trabajarlo un poco más.

Sus ojos oscuros y dulces me miran, y leo en ellos una tristeza que se me clava en el corazón.

—¿Va todo bien? ¿Problemas en casa?

Niega con la cabeza y suspira. Su mirada se desvía durante una milésima de segundo hasta Lola y sus hombros parecen encogerse.

—¿Por qué no vas a hablar con ella?

—Para qué. Ni siquiera me ve, soy invisible —murmura mientras estira las mangas de la camiseta que lleva.

Intensidad adolescente en estado puro. No obstante, yo soy la menos adecuada para subestimar sus sentimientos.

—Cariño, no creo que seas invisible, pero si te escondes terminarás por pasarle inadvertido. No puedes pretender que alguien te conozca si no le permites hacerlo.

—¿Y si me rechaza? Yo creo que la quiero ¿Cómo sé si es amor? —El rubor le tiñe el rostro. Es valiente y sensible, cruzo los dedos mentalmente para que la persona adecuada sepa verlo.

Me mira con una mezcla de miedo y esperanza, como si en mis palabras fuese a encontrar la solución que disipe sus inseguridades, y no puedo decirle que a mis veintiséis años sé poco más del amor de lo que sabe él a sus quince. Solo he estado enamorada una vez y me rompieron el corazón en pedazos.

—Supongo que cuando lo que más deseas es que esa persona permanezca a tu lado para siempre.

Porque a pesar del tiempo y el corazón roto es la única certeza que conservo.

# 3

## Dancing Queen

Observo a la chica con vestido y tacones que me devuelve la mirada desde el espejo y pienso que la semana ha transcurrido demasiado deprisa, tanto que no he tenido tiempo para mentalizarme de lo que me espera esta noche. Siento la tentación de tirar los zapatos en una esquina, quitarme el vestido, el maquillaje y meterme en la cama con una tarrina gigante de Häagen-Dazs. No lo hago. Cojo el bolso y un abrigo y me dirijo a la puerta.

Tardo cincuenta minutos en recorrer un trayecto que de forma habitual me llevaría treinta y cinco, y todavía permanezco diez minutos más en el coche sin decidirme a entrar. La calle, normalmente tranquila, de zona residencial del extrarradio, se encuentra repleta de vehículos aparcados a uno y otro lado de la calzada. La pequeña reunión de amigos que me había descrito Clara no me parece tal, claro que mi hermana y yo solemos tener conceptos diferentes para casi todas las cosas de la vida. «Casi todas». Inspiro con fuerza, dejo que las últimas notas de *Photograph*, de Ed Sheeran, se desvanezcan y un silencio tranquilizador me envuelva antes de abandonar mi refugio, porque me temo que voy a necesitar este plus de calma.

Una vez en la calle, el rumor de música y voces engulle el sonido de mis tacones al golpear contra el pavimento a medida que me acerco a la vivienda. Uso mis llaves para abrir la puerta que da acceso a la parcela y evito la entrada principal a la casa. Doy un rodeo por el jardín hasta llegar a las puertas del porche; la semana ha consumido toda mi energía y pretendo pasar inadvertida el máximo tiempo posible. A pesar de mis intentos, resulta inevitable detenerme cada pocos metros a saludar a algún conocido. Cuando alcanzo la escalera, suspiro aliviada y la subo sin pararme a mirar atrás.

No se ve a nadie en el pasillo de la primera planta y la música y las voces llegan en un murmullo denso y continuo. Giro a la derecha y abro la segunda puerta. Mi habitación sigue igual que la dejé y siento como si me



transportase al pasado. Los recuerdos que despierta resultan agridulces.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre la cama, junto con el bolso, mientras paseo la mirada por esos objetos que en otro momento tuvieron significado para mí. Me acerco al mosaico de fotografías que cubre gran parte de la pared y me pierdo en sus imágenes. Muchas son de objetos o paisajes, primeras tomas de contacto con la cámara, esos inicios en los que suplía técnica con pasión. También hay retratos: mi madre, mi padre, los dos juntos, Clara, Clara y yo. Dos caras de una misma moneda. Su pelo, castaño claro; el mío, moreno. Su piel, dorada; la mía, blanca. Y los mismos ojos, la misma sonrisa.

Me detengo en una imagen mal encuadrada y más antigua que las demás. En ella aparecemos Clara, Darío y yo, en ese orden. El nudo en mi pecho se tensa para recordarme que continúa ahí.

Me encuentro tan absorta en la fotografía que no soy consciente de que ya no estoy sola hasta que alguien me habla.

—¿No eres un poco mayor para andar escondiéndote en tu habitación?

Esa voz. Me giro.

—Veo que sigues colándote en cuartos ajenos sin invitación.

Se mete las manos en los bolsillos y una sonrisa lenta curva sus labios.

—Me alegro de verte, Vega.

—Hola, Álvaro.

Nos miramos unos segundos en silencio. Supongo que no sabemos qué decir o, al menos, ese es mi caso. Nunca hemos sido amigos en el término estricto de la palabra y hace tiempo que no nos vemos. Él reacciona primero y se acerca. Se detiene junto a mí y estudia la pared con interés. Veo que sus ojos se posan en la misma imagen.

—¿Cualquier tiempo pasado fue mejor, princesa? —Lo pregunta sin apartar la vista de nuestros tres rostros sonrientes.

Ignoro el apelativo que tanto me molestaba tiempo atrás y pienso en su pregunta. Si tuviese intención de contestar, no sabría qué decir. Si, en realidad, tuviese intención de contestar, no sería a Álvaro a quien se lo contase.

El silencio se alarga y vuelve a ser él quien lo rompe.

—Te recordaba más habladora.

—Pues yo a ti igual de entrometido y diría que más guapo. Claro que las

greñas que te tapan media cara no me dejan comprobarlo. —Nunca lo he entendido, pero Álvaro saca mi vena más combativa.

Se aparta el flequillo que le cae sobre los ojos hacia un lado con un movimiento descuidado, que me hace darme cuenta al instante de lo equivocado de mis palabras, y una sonrisa canalla se dibuja en sus labios. No parece que le haya ofendido mi comentario, claro que tampoco lo he dicho con esa idea, aunque al ver su expresión pienso que quizá debiera haberlo hecho.

—¿Es que en Estados Unidos no existen los peluqueros? —contraataco. Desconozco por medio de qué mecanismo mental ha aparecido ese dato en mi cabeza, pero al parecer he acertado.

Sus ojos se entrecierran en la misma medida que su sonrisa se ensancha.

—Eso está mucho mejor. Me estaba costando trabajo reconciliarme con esta nueva versión amable.

—Lo que sea por complacerte.

Arquea una ceja con suficiencia y soy capaz de leer sus pensamientos con tal claridad que me sonrojo. «Será imbécil». No me da tiempo a contestar, porque la puerta se abre y el rostro de Darío asoma. Una sonrisa curva sus labios cuando nuestros ojos coinciden.

—Estás aquí. Me había parecido verte. —Empuja la hoja y se detiene al darse cuenta de que Álvaro se encuentra de pie a mi lado—. Ah, hola, tío. No sabía que habías subido.

Nos miramos los tres en silencio. Pasan los segundos y el ambiente se enrarece.

—En realidad, ya bajábamos —anuncio y desvío la mirada hacia Álvaro.

Sus ojos me estudian un instante antes de dar un paso atrás y proporcionarme una vía de escape. No pierdo la oportunidad; me adelanto, esquivo a Darío y salgo de la habitación sin esperar a ver si me siguen.

Bajo las escaleras y voy directa a la cocina. La noche promete y no en el buen sentido. Me sirvo tres dedos de ron en una copa y le añado Coca-Cola. Cuando estoy dándole el primer trago, entra mi hermana, se acerca y me besa en la mejilla.

—Llegas tarde —murmura y apoya la cabeza sobre mi hombro.

—Lo sé. Trabajo —digo y, de forma inconsciente, como he hecho cientos de veces cuando éramos pequeñas, le beso el pelo, que sigue oliendo a albaricoque.

—¿Qué tal va la fiesta?

—Genial. —Me quita el vaso y olisquea su contenido—. ¿Has cenado?

—Sí, mamá.

Coloca unos cuantos canapés en un plato y me lo tiende.

—Por si acaso.

Pongo los ojos en blanco, pero me meto uno en la boca. Sabe a salmón y néctar de dioses, o eso me parece. No he comido nada desde mediodía y estoy hambrienta. Mi estómago ruge pidiendo más y lo complazco con gusto. No he terminado de tragar el último bocado cuando Darío y Álvaro aparecen por la puerta.

—Aquí están mis chicas preferidas. —Darío se acerca sonriente. Primero me besa a mí en la mejilla y luego a mi hermana en los labios.

Bebo un trago.

Clara se apoya contra él, que le rodea la cintura con los brazos.

Bebo otro trago.

—¿Has felicitado ya al cumpleaños? —me pregunta.

Niego con la cabeza y articulo un «felicidades» seguido de un pequeño tirón de orejas.

—¿No le notáis algo distinto? Porque, fíjate, que yo le veo un *sex appeal* diferente ahora que es un señor mayor.

—Nena, que solo cumplo veintiocho —se queja Darío.

—Por eso. Aunque, claro, vosotros no sois imparciales, que en nada lo seguís.

Pienso en lo cierto de esa afirmación. Poco queda ya de los adolescentes que pasaban los veranos en aquel pueblo castellano. Bueno, menos en el caso de mi hermana, que todavía sigue más cerca de la veintena que de la treintena. En lo referente a mí, me siento como si cada uno de estos últimos años me pesara igual que si valiese por diez.

—Deberíamos salir; se supone que esto es una fiesta. —Clara tira de la mano de su novio y nos hace una seña para que los sigamos.

Por mi parte, preferiría quedarme en la cocina, porque los zapatos me

matan, el sujetador sin tirantes me aprieta tanto que creo que va a fisurarme una costilla y noto mis defensas emocionales más bajas de lo normal. Sin embargo, disimulo lo mejor que sé y los sigo al exterior. Los veo mezclarse con la treintena de invitados que conforman un grupo bastante heterogéneo en su procedencia. Reconozco a varios compañeros de trabajo, algunos de universidad y un buen puñado de amigos de la feliz pareja, y, sin ganas de interactuar, me quedo rezagada hasta que consigo despistarlos.

Me alejo del punto donde se congrega más gente y, con disimulo, escudriño la estancia en busca de algún lugar donde sentarme. Compruebo con alivio que hay una butaca vacía al fondo y me dirijo hacia ella. Camino todo lo rápido que me permiten mis doloridos pies y emito un suspiro de satisfacción cuando apoyo el trasero en el cojín y libero mis extremidades inferiores de mantener mi peso por más tiempo. Con cuidado, me saco los zapatos y el placer hace que un pequeño gemido trepe por mi garganta.

—Eso ha sonado muy sensual.

Levanto la vista y Álvaro se encuentra de nuevo junto a mí. Sujeta un botellín de cerveza en la mano derecha y la izquierda descansa en el bolsillo de sus pantalones vaqueros.

—No te esfuerces, no soy para nada tu tipo. Además, apuesto a que ya has conseguido que todas las solteras de la sala quieran que te metas en sus bragas. —Al menos así ocurría antes: una mirada, dos frases y otra víctima más. A veces se lo ponían tan fácil que me daba vergüenza ajena—. Tiene que resultar aburrido, ¿no?

—Recuerda que soy hombre, princesa. Mi idea de diversión es muy básica.

Como si hiciese falta una prueba, una rubia alta y estilizada con un escote que sería la envidia de la misma Monica Belucci pasa por nuestro lado y lo mira coqueta. Álvaro se limita a esbozar media sonrisa y casi puedo escuchar la ropa interior de la chica al caer al suelo.

—Por Dios. —Pongo los ojos en blanco—. Y deja de llamarme princesa.

Su sonrisa se ensancha. Al parecer, le resulto divertida.

—Pues sí, parece que ya estamos en primavera. Fíjate que es la estación más fértil... —Me explayo a gusto y le coloco una disertación de lo más

completa, que incluye todos los datos que recuerdo del reportaje que he visto a mediodía en La 2.

Álvaro me mira con los ojos entrecerrados y unas pequeñas arrugas se le dibujan en la frente.

—¿Qué? —pregunto con gesto inocente—. ¿No te divierte? Como todo lo que digo te parece tan gracioso.

La botella de cerveza queda a un par de centímetros de sus labios cuando cierra los ojos y niega con la cabeza. Vuelve a abrirlos y los clava en los míos. Me preparo para darle la réplica a lo que sin duda será un comentario mordaz y me quedo con las ganas, porque lo que escapa de su boca es una risa baja y ronca que me deja atónita y consigue que la rubia lo coma con los ojos en la distancia. Y es que, por mucho que me pese, he de reconocer que a Álvaro los años le han sentado de maravilla. No posee una belleza clásica, ni tan siquiera resulta guapo en el término estricto de la palabra. Si estudias sus rasgos por separado, no son perfectos; su nariz incluso es demasiado grande. Sin embargo, el conjunto resulta atractivo de una forma irritante.

«Idiota». Y no sé si el insulto va dirigido a él, que me mira con una sonrisa ladeada, o a mí por contemplarlo embobada como si fuese una de sus *gruppies*.

Un tintineo se abre paso por encima del murmullo y me saca de mi espiral de autocensura. Todos los rostros se giran hacia la fuente del sonido y, poco a poco, se hace el silencio en la sala. Mi hermana ha tomado posición en un extremo del salón. Sujeta una copa en la mano y Darío permanece de pie a su lado. Cojo aire y me preparo para lo que viene: la perfecta y ensayada demostración pública de amor.

—Aunque creo que ya os lo hemos dicho a todos, gracias por estar aquí hoy y acompañarnos en este día tan feliz. Sois los mejores.

Se desata una pequeña salva de aplausos y silbidos por parte de los aludidos, y yo cierro los ojos en un ruego para que termine ya esta tortura.

—El caso es que hoy no solo celebramos un cumpleaños. —Darío le rodea la cintura con uno de los brazos y mi hermana se interrumpe para mirarlo durante un instante con una sonrisa temblorosa en los labios—. Vaya, estoy hasta nerviosa. —Hace una pausa para dar un sorbo de su copa, toma

aire y continúa—. Bueno, lo que trato de decir sin mucho éxito es... ¡Que nos casamos!

La frase rebota como un eco dentro de mi cabeza, que de pronto parece rellena de algodón. El mundo se mueve a mi alrededor; sin embargo, yo me quedo paralizada. Registro como en un sueño los abrazos y las sonrisas mientras retrocedo a algún lugar lejano en mi interior, donde permanecer entera y a salvo.

Todos se divierten, todos menos yo, que me aílo confinada en las propias barreras que me autoimpongo, esclava de dos extremos entre los que me debato: desesperada por sentirme capaz de disfrutar su felicidad y a la vez deseosa de no tener que ser espectadora de ella. Me siento triste y sola, estúpida, absurda. Se me ocurre, al menos, una docena de adjetivos que podría atribuirme. Débil por no ser capaz de evitar que me duela, por no conseguir guardar cada sentimiento en un lugar tan recóndito que a fuerza de ocultarlos desaparezcan.

Me llevo la copa a los labios y de un trago apuro todo su contenido. La garganta me escuece y los ojos se me encharcan. Con este dolor sí, con él puedo lidiar. Recojo los zapatos del suelo y, con ellos en la mano, me dirijo a la cocina. Una vez allí, lleno de tequila un vaso de chupito y me lo bebo de un trago. Lo coloco sobre la mesa y repito el proceso. Ahora las lágrimas ruedan por mis mejillas; siento un incendio en el estómago y la garganta en carne viva. Mucho mejor. Me agacho para sacar unos hielos del congelador y al incorporarme el mundo da una vuelta de campana. Es muy probable que beber más alcohol no sea la decisión más inteligente, pero...

A medida que el licor se extiende por mi torrente sanguíneo, las penas pesan menos y la angustia se adormece. Escucho la música que llega desde el exterior y me entran ganas de bailar, de saltar, de cantar a voz en grito, de sacar al exterior todo lo que ya no me cabe dentro, esa bola de emociones que amenaza con ahogarme. Trato de calzarme los zapatos. Doblo la pierna y al inclinarme me tambaleo. Inspiro con fuerza, me apoyo en la isla y lo intento de nuevo, sin éxito. Decido que estaré más cómoda sin ellos, los dejo caer y, descalza, atravieso la puerta. No me fijo en nada ni en nadie. Las personas

que me rodean son una masa borrosa. Cierro los ojos y me concentro en la música. No existe nada más que las notas que me envuelven, llenan mi mente y mi alma y me hacen libre.

# 4

## La equilibrista

La claridad que entra desde la calle me saca de mi estado de semiinconsciencia. Trato de abrir los ojos, pero los párpados me pesan como si durante el transcurso de la noche se hubieran convertido en sacos de arena. Ese mínimo movimiento provoca que un latido sordo haga palpar mi cráneo. Me giro despacio y doy la espalda a la ventana en busca de una postura que mitigue mi malestar. Error fatal. El cambio de ángulo desencadena una serie de espasmos en mi estómago y una capa de sudor frío me cubre la piel.

Sé que estoy en casa, en mi cama. Ahora, cómo he llegado hasta aquí supone un misterio. Recuerdo la fiesta, los chupitos, mi cuerpo meciéndose al ritmo de la música y luego nada. El vacío más absoluto. El resto de la noche se pierde en un enorme y doloroso agujero negro. Aunque, si lo pienso bien, quizá sea lo mejor, porque la depresión postalcohol ya ha hecho acto de presencia con sus compañeros vergüenza y remordimiento, y lidiar con ellos supone suficiente esfuerzo sin necesidad de conocer más datos bochornosos.

Permanezco un buen rato en la cama lo más quieta posible y sin pensar en nada que no sea calmar el volcán en erupción de mi estómago. Cuando parece que su furia se aplaca un poco, me incorporo con lentitud hasta quedar sentada con la espalda apoyada en el cabecero y ganas de morirme. No sé qué hora es. Miro hacia la mesilla de noche en busca de mi teléfono móvil y me sorprende encontrar un vaso de agua y un plato en el que descansan una pastilla blanca, que por la forma parece un ibuprofeno, y junto a ella cuatro galletas, las cuales estoy segura de que no han salido de mi despensa.

Una imagen de Álvaro sosteniéndome contra su cuerpo mientras abre la puerta de mi piso me viene a la memoria. Me tapo la cara con las manos y murmuro una retahíla de palabrotas que haría sonrojar a un camionero. Cojo aire y cuento. Trato de mantenerme positiva; para bien o para mal, he



despejado la incógnita de quién fue el buen samaritano que me trajo a casa. Podía haber sido peor, al menos sé que con Álvaro no hice ninguna tontería. Su sola presencia surte el mismo efecto en mi libido que imaginar a Paquirrín en una playa nudista.

Me bebo la mitad del agua de un trago y me obligo a mordisquear media galleta antes de tomar el ibuprofeno; luego, reviso el teléfono. Tengo una llamada perdida de mi madre y otra de mi hermana. Devolverlas requiere que mis neuronas funcionen, al menos la mayor parte de ellas, por lo que coloco el teléfono de nuevo sobre la mesilla de noche, me termino el agua y las galletas y me acurruco en postura fetal con la esperanza de que unas horas más de sueño arreglen el desastre que es ahora mismo mi cuerpo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la luz del sol inunda la habitación. Me siento desorientada. No sé cuánto tiempo he dormido; por mi aturdimiento, podrían haber sido unas horas o un día completo. Consulto la hora en la pantalla del móvil y descubro que es poco más de la una de la tarde. Lo mejor: que el descanso extra unido a la comida y los analgésicos han dado resultado y el dolor que amenazaba con hacerme saltar la tapa de los sesos se ha convertido en una jaqueca que se puede sobrellevar.

Me bajo de la cama con el equilibrio todavía algo trastocado y arrastro mi maltrecho cuerpo hasta la cocina. Hago una parada previa en el cuarto de baño, que me sirve para horrorizarme al intentar reconocermé en el rostro demacrado de ojos hinchados que se refleja en el espejo. Lo lamentable reside en que esta no es la parte que ha salido peor parada tras la noche. Lo peor se encuentra en ese rincón bajo la piel y las costillas que siento en carne viva y me esfuerzo por ignorar.

Mi estómago protesta y un amago de náusea amenaza con tumbarme de nuevo y devuelve mi mente a pensamientos más prácticos y urgentes. Abro el frigorífico y doy gracias al ver un bol con restos de la ensalada de pasta del día anterior. Lo cojo junto con una Coca-Cola *light* y pongo rumbo al salón, donde me acurruco en un rincón del sofá bajo una manta, con el botín en el regazo.

Paso así la mayor parte del día, frente al televisor encendido, mirando sin llegar a ver, en una lucha continua con los pensamientos que asedian mi cabeza, sin permitirme entrar en el bucle de culpa y amargura que caracteriza

estas ocasiones. Porque sí, porque aunque parezca raro, estúpido e inadecuado, no es la primera vez.

La claridad anaranjada de las farolas hace rato que ha reemplazado a los rayos de sol que se colaban por los ventanales del salón cuando suena el timbre. Miro recelosa hacia la puerta. No espero compañía y me planteo ignorarlo. El sonido se repite dos veces más antes de que me dé por vencida, abandone mi refugio en el sofá y me dirija a abrir. No me sorprende encontrar a Darío al otro lado con una mano apoyada en la jamba y los ojos fijos en el suelo. Cuando levanta la vista y me mira, me tensó. Permanezco callada, aferrada al tirador.

—Hola. ¿Puedo entrar?

Tardo unos segundos, pero al final me retiro. Darío esboza una sonrisa tenue y pasa por mi lado. Lo sigo hasta el salón y me siento en el sofá; no sé si hoy tengo las fuerzas suficientes para esto. Tenerlo aquí me desconcierta, siempre me sucede, y es que resulta demasiado difícil ignorar a mi poco fiable corazón cuando el pasado aparece tras la puerta.

—¿Cómo estás?

Trato de recordar cuándo una pregunta en apariencia sencilla se volvió tan difícil de responder; o quizá no sea la pregunta, sino quien la formula lo que la complica.

—Viva y avergonzada, si es lo que quieres saber.

Niega con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa, y se sienta a mi lado.

—Lo primero me alegra, de lo segundo podemos prescindir.

Le veo entrelazar los dedos y flexionarlos. El gesto delata su nerviosismo; nos conocemos demasiado. Decido allanarle el camino y terminar cuanto antes.

—Por cierto, enhorabuena. No recuerdo si llegué a dártela.

Se pasa una mano por el pelo.

—Me habría gustado contártelo antes, pero Clara quería que fuese una sorpresa. Ya conoces a tu hermana.

—No es que importe demasiado, ¿no?

—A mí sí. Vega, somos amigos. Eres importante para mí.

Retengo un suspiro a la vez que las lágrimas que se agolpan en mis ojos.

Odio que me haga sentir frágil, odio esta delicada línea sobre la que nos movemos, en la que Darío es el jefe de pista y yo la equilibrista que se esfuerza por no caer, y odio la parte de mi corazón que se permite sentir algo hacia él, esa que deseo destruir a toda costa, pero que siempre sobrevive.

—Me alegro por vosotros. —Al menos es lo que deseo sentir.

—Gracias.

—¿Es lo que quieres?

—Sí, supongo. —Juguetea con la esquina de un cojín—. Ya sabes que no me van las bodas..., pero quiero que Clara sea feliz.

Lo sé. Sé todo eso y un millón de cosas más. La fecha de su cumpleaños; su color, comida y película preferidos; el nombre de su primera mascota; que prefiere las camisas a las camisetas y casi nunca usa deportivas; que le da pereza viajar. Lo único que ignoro es por qué me rompió el corazón. Nunca he tenido el valor de preguntarlo, quizá por vergüenza, quizá por cobardía, y Darío nunca me lo ha dicho. Él solo retomó nuestra relación como si aquellas tres semanas, las mejores de toda mi vida, nunca hubiesen ocurrido. Y yo se lo permití. Remendé como pude los jirones de mi corazón, me tragué la pena y la decepción y continué con mi vida, con la diferencia de que para mí aquellas tres semanas sí existieron y el dolor nunca ha llegado a desaparecer del todo. Cómo podría hacerlo, si la única persona que lograría consolarme es la misma que me rompió en pedazos.

## 5

# Yo, pero no tanto

Todos necesitamos escapar de la realidad de vez en cuando. Imagino que existirán tantos mecanismos como personas. A mí me basta con mirar a través del visor de una cámara, adentrarme en el pequeño mundo que acota el encuadre, en el misterio que transforma una simple imagen en emoción. Hoy es uno de esos días en los que lo único que deseo es perderme por las calles de la ciudad parapetada tras el objetivo. Una especie de resaca emocional me acompaña desde que he abierto los ojos esta mañana, agotada tras una noche de sueños inquietos y sin sentido, un halo de negatividad y tristeza que consume mi energía y no sé cómo combatir; sin embargo, continúo en el estudio.

Borja ya se ha marchado. He bajado la luz y David Garrett, su violín y el ordenador son mi única compañía. La pantalla ilumina la penumbra de la sala mientras repaso las fotografías de la última sesión. Muestran a un bebé precioso, una pequeña niña con el pelo tan rubio que parece blanco, tan chiquitina, sonrosada y bonita como recuerdo a Clara cuando mis padres la trajeron a casa desde el hospital. Una punzada de añoranza me atraviesa. Me llevo la taza a los labios. El café se ha quedado frío, frío como nuestra relación.

Consulto el reloj y descubro que son las ocho y media. Abro el primer cajón de mi escritorio y observo la cartera de cuero que descansa en su interior. La encontré anoche en el suelo, junto a mi cama. Incluso antes de abrirla supe a quién pertenece. Resulta irónico que sea él el único hombre que ha estado en mi habitación desde..., bueno, qué más da cuánto tiempo haga. Suspiro y vuelvo a cerrar el cajón.

Miro el reloj de nuevo. Trato de recordar cuál de los dos sugirió, en la breve conversación telefónica que mantuvimos —previa petición de su número y sermón de mi hermana Clara—, encontrarnos aquí. Podría asegurar

que no partió de mí; yo le habría enviado la cartera por SEUR. Me reprendo por ese pensamiento un segundo después de tenerlo. Su cartera terminó en mi habitación a causa de mi mala cabeza y una buena cantidad de tequila; lo mínimo que puedo hacer es devolvérsela en persona y agradecerle que me dejase en casa sana y salva, aunque sea lo último que me apetezca hoy. «Hoy». No es un buen día. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que me sentí así que no recordaba cómo es.

Mi cerebro busca una salida para escabullirme de esta cita indeseada y poder terminar en casa regodeándome en mi pena entre cucharada y cucharada de helado de chocolate. Sí, lo sé, soy un tópico andante, pero todos tenemos derecho a bajar las barreras de vez en cuando y dejar escapar la pena. Si no, corres el riesgo de que se enquiste y se quede para siempre en tu interior. Sé de lo que hablo.

Se me ocurre, por la hora, que quizá se le ha hecho tarde y no le importará que lo pospongamos. Me levanto esperanzada y salgo a la zona de recepción para recoger el teléfono móvil que he dejado olvidado sobre el mostrador. Me sorprende al ver a Álvaro atisbar a través del cristal de la puerta. Cuando sus ojos me encuentran, me sonrío y yo les digo adiós a mis ilusiones de postergar un momento que preveo bochornoso. Recuerdo a la perfección sus comentarios burlones de adolescente engreído. De manera inconsciente, comienzo a contar en silencio. «Quince, treinta y nueve, ochenta...».

—Perdona, se me ha hecho tarde.

Es lo primero que me dice cuando le abro la puerta, antes de inclinarse y dejar un solo beso en mi mejilla que me permite darme cuenta de que una sombra áspera de barba le cubre las mejillas y huele tan bien que me dan ganas de agarrarlo de la camiseta y hundir la nariz en su cuello.

Es una reacción visceral. De todos mis sentidos, el olfato es el más desarrollado y mantiene una conexión especial con mi cerebro. Los olores despiertan emociones y sensaciones tan vívidas que me provocan reacciones físicas. Resultado: soy muy sensible a todo lo que huele bien, y Álvaro huele muy, pero que muy bien, y ese solo hecho me molesta.

—No pasa nada. Estaba trabajando. —Me aparto con su olor todavía envolviéndome y bajo la vista al suelo.

Álvaro mira a su alrededor y lo estudia todo con ojos nuevos. No lo interrumpo. Me mantengo en silencio, orgullosa de este espacio de paredes de color blanco inmaculado repletas de fotografías, creado a base de esfuerzo e ilusión.

—Así que fotógrafa.

—Sí.

—Y con talento —lo dice con una media sonrisa enigmática que me pone en guardia.

—¿Sorprendido?

—La verdad es que no. —Desliza la mirada por una serie de imágenes en blanco y negro—. Siempre imaginé que serías brillante en cualquier cosa que te propusieras.

El halago me pilla desprevenida, aunque en realidad no sé si lo es. Sus ojos brillan con diversión. Me confunde.

—Tengo tu cartera dentro —anuncio un poco más seca de lo que pretendo y comienzo a andar sin detenerme a mirar si me sigue. Sé que lo hace porque puedo escuchar sus pasos tras los míos.

Entro en el despacho, abro el cajón y se la tiendo. Álvaro la recoge y se la guarda en el bolsillo. Muevo nerviosa el ratón del ordenador. Ha llegado el momento.

—Quería darte las gracias.

Me mira y trago saliva, mortificada.

—Por ocuparte de mí el otro día, ya sabes.

No dice nada. El silencio me incomoda, así que lo relleno con las primeras palabras que mi cerebro avergonzado envía a mis labios.

—Supongo que no es la primera vez que terminas la noche con una chica borracha en la cama. —Álvaro arquea una ceja. Dios, qué mal ha sonado eso—. A ver, no me malinterpretes. Me refiero a que seguro que otras veces habrás metido chicas borrachas en la cama. Quiero decir... —Cuanto más hablo, más nerviosa me pongo—. En fin, que gracias.

Noto la piel del rostro caliente. Álvaro me observa y no consigo interpretar su expresión. Tras unos segundos en los que deseo que la tierra se abra bajo mis pies, al fin se anima a hablar.

—¿Te apetece tomar algo?

Debo de mirarlo como si le hubiesen salido dos cabezas, porque se retira los mechones que le caen sobre la frente en un gesto rápido y esboza una sonrisa lánguida.

—Es tarde y tengo la nevera vacía.

Lo estudio con disimulo y trato de esconder mi sorpresa. No hay juegos ni dobleces en sus palabras, nada de burla o ironía. Advierto sus ojos rojos y las leves ojeras. Solo parece cansado y con ganas de tomarse una cerveza o más de una. Me concedo un instante antes de contestar; al final, sin conseguir decidir si esta nueva faceta más amable y mundana me gusta, acepto su propuesta. Ironías de la vida, se me ocurre que de todas mis malas opciones es la mejor. En mi casa solo me esperan mis pensamientos, pues acabo de recordar que el helado se ha acabado, y hoy no son la mejor compañía.

Álvaro me espera en la recepción mientras cierro el ordenador y apago las luces. En la calle, el sol ya ha comenzado a ocultarse y el cielo nos muestra toda una paleta de colores pastel. Alzo la vista un instante e imagino el encuadre a través del visor. Cuando la bajo, sus ojos oscuros me observan de una forma que me inquieta, como si viesen mucho más de lo que se muestra a simple vista. Me tenso y me concentro en guardar las llaves dentro del bolso.

Decidimos que no merece la pena coger el metro; la temperatura resulta agradable y el sitio al que vamos se encuentra a un par de calles de distancia, y nos ponemos en marcha. Caminamos sin prisa, en silencio. Me resulta difícil encontrar un tema de conversación. A pesar de que hace años que nos conocemos, me doy cuenta de que no sé apenas nada de su vida; sin embargo, Álvaro no parece incómodo.

—Echaba de menos esto.

Lo miro por el rabillo del ojo. Inspira profundo y una sonrisa satisfecha se dibuja en sus labios.

—El olor de la primavera en Madrid —aclara.

Escondo una sonrisa porque ese tipo de comentario no le pega nada.

—Vale, olvídalo. Acabo de imaginar cómo ha sonado.

—No, si yo no digo nada —añado y contengo la risa ante su gesto confundido.

—No hace falta, tu cara lo hace.

Su seguridad me resulta inquietante. ¿Y si es cierto que puede leer en mí, acceder a los rincones oscuros que trato de ocultar? Un cosquilleo incómodo me recorre el estómago. Hace demasiado tiempo que no miro hacia dentro; tengo miedo de lo que pueda encontrar.

Álvaro continúa hablando sin darle importancia a mi silencio.

—Nunca pensé que echaría de menos tantas cosas, pero el tiempo pasa y la distancia comienza a pesar.

—¿Por qué te fuiste?

Se mete las manos en los bolsillos y mira al frente como si buscara las palabras adecuadas.

—Quería salir, conocer otros países, probar suerte. Tenía muy claro a qué quería dedicarme y aquí en España la cosa estaba complicada. Así que elegí un destino en el mapa y con un macuto, muchos fantasmas y algunos ahorros me subí a un avión.

—¿Y encontraste lo que buscabas?

—Sí. —Sonríe—. Y aunque al principio no fue fácil, también fue muy divertido. La libertad, la novedad.

Siento una punzada de envidia. Admiro su valentía, su determinación a la hora de luchar por sus sueños y ser dueño de su destino. Yo me quedé en algún lugar del camino y todavía continúo estancada; no he conseguido encontrar un faro que marque de nuevo mi rumbo más allá de la fotografía.

Me detengo delante de un local con la fachada de azulejos y la puerta pintada en azul añil.

—Es aquí.

Álvaro asiente con cara de aprobación y sostiene la puerta para que pueda pasar. Nos abrimos paso entre la gente, encontramos un hueco en la barra y pedimos dos cervezas. No hablamos hasta que el camarero las coloca frente a nosotros. Álvaro se termina la suya casi de un trago.

—Perdona, estaba seco. —Me sonrío y pide otra.

Viéndolo tan relajado, mi curiosidad asoma y me pregunto quién es en realidad la persona que tengo enfrente, pero antes de que pueda preguntar nada, Álvaro retoma el mando de la conversación.

—¿Y qué hay de ti? —Clava los ojos en los míos—. ¿Has conseguido lo que querías?



—Claro. —Dibujo lo que espero que parezca una sonrisa—. Soy independiente y me encanta mi trabajo. —Es todo lo que me atrevo a decir sin comprometerme ni mentir. Mantener esa red de verdades a medias que me sostiene supone un trabajo para el que hoy no tengo energía.

—¿Hace mucho que te dedicas a la fotografía? No recuerdo haberte visto nunca con una cámara en la mano.

Su pregunta me transporta a otro lugar y época que no quiero recordar. Ahora la fotografía es mi refugio, un remanso de paz en el caos, pero no siempre fue así. Empezó siendo un escondite en el que aislarme del mundo y lamerme las heridas, llagas que cada cierto tiempo creo haber superado y que, sin embargo, nunca acaban de cicatrizar.

—Hace unos años —respondo incómoda.

Álvaro me mira serio; sin embargo, no insiste y me relajo. Pedimos otra ronda y entre trago y trago me cuenta que ha vivido en Burbank, San Diego y, los últimos años, en Los Ángeles, pero que su ciudad favorita es San Francisco.

—No has parado.

—Soy un culo de mal asiento. Unas veces me he movido por trabajo y otras por el mero placer de conocer otra ciudad. Es sencillo cuando no hay nada más que te ate que un alquiler.

—Ya veo. Puedo imaginar la estela de corazones rotos por toda la Costa Oeste.

—Tienes demasiada fe en mis encantos.

—Si ahora vas a decirme que has sido célibe todo este tiempo, no cuela.

—No, no voy a decirlo. Tuve un par de relaciones que no salieron bien, la última hace dos años. Desde entonces no ha habido nada serio.

Y cuando dice nada serio me imagino a lo que se refiere, a una interminable lista de compañeras de cama.

—Estoy seguro de que te encantaría San Francisco. Te pega. Cuando vuelva, te invito.

—¿Vas a volver?

—Es posible, todavía no lo sé. Me han ofrecido un proyecto. Si acepto, supondría regresar durante un par de años, al menos.

—Hablas mucho de tu trabajo, pero todavía no me has dicho a qué te

dedicas.

—Dibujo cómics.

Lo miro con los ojos muy abiertos y las motas doradas de sus iris oscuros brillan.

—Me tomas el pelo.

Encoge los hombros y se aparta el flequillo con ese gesto, que empiezo a entender como algo característico, mientras esboza una sonrisa torcida.

—Sí, esa suele ser la reacción. —Señala nuestros vasos vacíos y asiento. Levanta dos dedos para que los vea el camarero.

—Estás de coña. ¡Si no es un trabajo de adulto!

Una pequeña carcajada escapa de su garganta.

—Te llevarías muy bien con mi madre, ella opina lo mismo —asegura divertido.

El camarero se acerca para retirar los vasos y sustituirlos por dos llenos. En lo que dura la operación, nos limitamos a sonreír sin dejar de mirarnos a los ojos. Puedo reconocer al Álvaro adolescente en esos ojos, tan oscuros que podrían pasar por negros. Intensos e intimidantes. Lo reconozco en los ojos y en nada más. Me sorprende darme cuenta de que, lejos de despertar en mí la antipatía de antaño, me estoy divirtiendo. El rato que llevamos sentados frente a frente en este bar ha sido, sin duda alguna, el mejor de la última semana.

—No te recordaba así.

—Así ¿cómo?

—No sé... Normal, divertido.

—Bueno, a los dieciocho años se puede ser muy capullo, si es a eso a lo que te refieres. Quiero creer que he madurado, aunque no deberías dejarte engañar por esta cara de niño bueno. —Me dedica su sonrisa más canalla y le da un trago a su cerveza.

Acabo de llevarme el vaso a los labios y casi me atraganto, porque Álvaro puede tener pinta de muchas cosas, pero por simpático que se muestre nunca nadie podría confundirlo con un niño bueno.

—Tú también has cambiado. —Ladea un poco la cabeza y se pellizca el labio inferior—. Alegre, pero no tanto. Combativa, pero no tanto. Segura, pero no tanto.

Sus palabras me cogen por sorpresa y me quedo paralizada en mi asiento.

—Es como si te mirase a través de un espejo roto que difumina la imagen. Las piezas encajan, pero no de la misma manera.

Me asusta lo que dice, que haya sido capaz de acertar en el centro de la diana con tanta facilidad. Ni yo misma habría sido capaz de definirlo mejor. Hace tiempo que no me reconozco en esta versión apagada de mí misma que me saluda todas las mañanas desde el otro lado del espejo. Como ha dicho Álvaro, continúo siendo yo, pero no tanto.

Saco mi monedero y pongo un billete de cinco euros sobre la barra.

—¿Vega?

No lo miro a los ojos. No puedo. Siento sus palabras clavarse como dardos en una herida abierta y no quiero que lo vea. Me avergüenza.

—Vega, no quería molestarte...

Su voz suena preocupada. Me levanto.

—Yo..., tengo que irme.

Álvaro asiente con gesto grave, pero no me retiene.

Salgo y me confundo con la marea de personas que llena las aceras. Camino lo más deprisa que me permiten las piernas, como si alcanzar la velocidad adecuada fuera a permitirme dejar atrás la sensación de malestar que se pega a mi piel como una fina tela, como si al ir lo suficientemente deprisa pudiese conseguir que el pasado no me alcanzara.

## 6

### ¿Bendito viernes?

El metro los viernes por la tarde se convierte en una extraña y dispar jungla en la que se mezclan los trajes de chaqueta y las caras cansadas del final de la jornada con las mochilas y los grandes auriculares, y los zapatos de tacón a juego con escasas minifaldas y exceso de sonrisas. Varias subespecies de individuos coexistimos durante unos minutos en este pequeño espacio en una simbiosis curiosa que me gusta observar. Según los números que me muestra la pantalla sobre mi cabeza, son las nueve y media, y faltan dos paradas para llegar a mi destino. Conozco el recorrido de memoria a fuerza de transitarlo casi cada viernes para celebrar el inicio del fin de semana con Carolina. Y es que los viernes serían menos viernes sin tomar un «mojito cubano», según reza la carta, con mi mejor amiga.

Subo las escalinatas y, al doblar la esquina, una sonrisa se dibuja en mis labios cuando distingo los colores azules de la fachada del bar con alma de chiringuito de playa en el que trabaja Carol. Siempre he pensado que no habría podido encontrar otro lugar mejor; conjunta a la perfección con su personalidad: alegre, desenfadado y con un estilo propio. Ambos provocan en mí la misma sensación, mezcla de animación y paz, que si me hubiese trasladado al borde del mar.

Nada más entrar distingo el rubio platino de su flequillo al fondo de la barra. Cuando se gira para coger algo de la cámara, nuestros ojos chocan y me sonrío. La saludo con la mano y trepo a uno de los taburetes de madera. Mientras la espero, me entretengo en observar sus movimientos expertos con la coctelera, que hacen las delicias de los dos chicos a los que atiende.

—Presumida —murmuro cuando se acerca.

Desde su lado de la barra, coloca frente a mí un vaso adornado con hojas de menta. Sus labios, hoy del mismo color que las cabinas londinenses, se curvan con picardía.

—Las propinas también forman parte del sueldo. —Se aúpa para dejar un beso en mi mejilla—.¿Qué tal tu semana?

—En el *ranking* de semanas de porquería ocupa un lugar de honor.

—¿Ha vuelto la madre de los trillizos descendientes de Satán y te ha pedido un reportaje fotográfico de cincuenta páginas?

Doy un sorbo a la bebida y agito mi dedo índice.

—¿Borja ha rescatado del trastero los cedés de Marilyn Manson?

Sonrío al recordar la pelea que provocó su destierro a la zona más recóndita del almacén, bajo la amenaza de atarlo a él también con cinta americana y encerrarlo en la misma caja tras una semana completa de reproducción en bucle poniendo en riesgo mi cordura. Niego con la cabeza y clavo la mirada en el punto donde la pajita se hunde en el hielo picado.

—Clara se casa.

Levanto los ojos para encontrarme con los de Carol, que me miran con tristeza.

—Entraba dentro de las posibilidades, ¿no? Quiero decir..., ya llevan varios años juntos y Clara todavía vive en casa de tus padres. Es normal.

Asiento. Por supuesto que lo es. Lo que no acepto como normal es el dolor que me taladra el pecho cuando lo pienso.

—Nena, tienes que dejarlo ir. No puedes pasarte toda la vida persiguiendo un imposible.

—Lo sé. Y quiero hacerlo, pero no encuentro la manera de que no duela.

—Ya sabes que no soy el mejor ejemplo; ni siquiera he sido capaz de quitar las fotos de Gonzalo, y él, mientras tanto, se dedica a comprar muebles en Ikea para decorar su nueva vida de enamorado. No sé, dicen que el tiempo todo lo cura.

—También que el que espera desespera.

—Vale, creo que hoy necesitas algo más fuerte que ese mojito.

Coloca dos vasos de chupito sobre la barra y coge una botella de tequila. Observo el licor transparente con desconfianza.

—No sé si va a ser buena idea. La última vez que tomé uno de estos me desperté sin saber cómo había llegado a casa.

El líquido rebosa y moja la madera oscura de la barra.

—¿Sola o acompañada?

—Sola, gracias a Dios.

Pensar en la posibilidad de Álvaro desnudo en mi cama hace que coja el vaso y me beba su contenido de un trago.

—Quizá ese fuera el problema. —Mira por encima de mi hombro y, con una sonrisa misteriosa, apura el suyo sin pestañear—. ¿Y cómo lo hiciste?

—¿El qué?

—Llegar a casa.

—Del cómo no me acuerdo, solo del quién.

Carol arquea las cejas y me invita a seguir. Remuevo el hielo con la pajita.

—Fue Álvaro.

Arruga la frente.

—¿Qué Álvaro?

—El único Álvaro que no me habría gustado que me llevase ni a la vuelta de la esquina, mucho menos a mi casa borracha como una cuba.

—Vale, ese Álvaro. —Aguanta una sonrisa.

—¿Qué?

—Nada, pensaba en las vueltas que da la vida y en que resulta irónico que el villano ahora sea el salvador.

Una pareja le hace una seña desde el otro lado de la barra y mi amiga se aleja. Me quedo a solas con mis pensamientos y vuelvo a nuestro último encuentro. Quizá reaccioné de manera exagerada; Álvaro no tenía por qué saberlo. No tiene la culpa de ver más en mí con una sola mirada que muchas personas con las que comparto mi vida a diario, pero hay palabras que cortan más que cuchillas afiladas y se clavan en la piel hasta dejarte el cuerpo en carne viva, sobre todo las que mantienes confinadas dentro de tu cabeza sin atreverte a pronunciar, porque sabes que cuando rebasen los límites del pensamiento adquirirán un tinte de verdad que ya nunca podrás ignorar. Y él no tenía derecho a decirlas.

—No mires.

El susurro de Carol me devuelve al presente. Una sonrisa enigmática asoma a sus labios.

—No te des la vuelta, pero hay un morenazo al fondo del local que no te quita ojo.

Haciendo caso omiso a sus palabras, me giro un poco en el taburete y, en efecto, me topo con unos ojos que me observan sin disimulo alguno.

—¿Lo conoces?

—A él no, pero el grupo con el que está sentado suele venir de vez en cuando. Son gente tranquila. Se toman unas cuantas cervezas y luego se marchan. Por cierto, ahora vengo.

Me quedo mirando su espalda mientras se aleja. No entiendo nada. Un segundo después, alguien se coloca a mi lado en la barra. Vuelvo la cabeza y descubro que es el chico guapo de la mesa del fondo.

—Hola. —Me saluda con una sonrisa que se refleja en unos bonitos ojos verdes en los que me miro y no veo nada más que simpatía y un punto de seducción, y, por un momento, me acuerdo de Álvaro y sus ojos que todo lo ven, y pienso que me gusta esta sensación, la del anonimato, el que aquí y ahora no haya nada que me defina y no me permita fingir por un rato ser la persona que me apetezca. Sin pasado, sin presente más allá de este momento.

Me despierto de madrugada. Todavía sumida en las brumas del sueño, mi cerebro tarda unos instantes en registrar la información que le envían mis sentidos: el olor de las sábanas, la blandura del colchón, los tenues sonidos provenientes del exterior, suficiente para indicarme que no es mi cama la que ocupo. El calor de otro cuerpo a mi espalda me recuerda que tampoco estoy sola. Mantengo los ojos cerrados mientras reconstruyo en mi cabeza la noche anterior. Música, algo de alcohol, una sonrisa bonita y una conversación divertida sin pretensiones más allá del juego del cortejo. Algo más de alcohol, risas y menos distancia entre nuestros cuerpos. Su mano en mi cintura, el olor de un perfume caro y sus labios ávidos sobre los míos. Un taxi, la anticipación que burbujea en el estómago y su mano bajo mi falda. La penumbra de una habitación, piel, saliva y un bombardeo de sensaciones que saturan mi cerebro sin dejar espacio para nada más.

Retiro la sábana y el aire frío de la habitación impacta sobre mi cuerpo desnudo. Me levanto y me muevo con cuidado de no tropezar con ningún mueble mientras recupero cada pieza de ropa de la que me deshice horas atrás. Se me pasa por la cabeza la idea de darme una ducha, pero la desecho

al momento; estoy cansada y solo tengo ganas de llegar a casa. Acabo de abrochar el último botón de mi blusa cuando mi eventual acompañante abre los ojos.

—Eh, ¿te marchas ya?

Su voz suena ronca.

—Sí, perdona si te he despertado.

—No, tranquila. Prefiero saber que no has huido corriendo despavorida en medio de la noche. —Se incorpora y me dedica una sonrisa somnolienta.

Lo observo. Su sonrisa sigue siendo bonita y franca. Sus ojos verdes me miran sin rastro de incomodidad o impaciencia. Parece un buen tipo, el sexo no ha estado nada mal y, aun medio dormido, resulta atractivo. Sin embargo, nada de eso me encandila ahora, no es lo que quiero.

—Puedo prepararte un café, si te apetece.

Le devuelvo la sonrisa y niego con la cabeza.

—No gracias, tengo que irme.

Asiente y no insiste. Me mira mientras me calzo los zapatos y recojo el bolso. No dice nada hasta que me lo cuelgo del hombro.

—¿Sabes que me diste tu teléfono?

—Sí.

Nos estudiamos unos segundos. Sonríe. Los dos somos conscientes de que lo más probable es que no volvamos a vernos. No hace intención de levantarse para despedirse o acompañarme a la puerta y en mi interior se lo agradezco; resultaría incómodo. Agito la mano a modo de adiós y salgo de la habitación sin mirar atrás.

Mientras bajo en el ascensor, enrolló mi pelo en un recogido a la altura de la nuca que me dé un aspecto más presentable, aunque cualquiera que me mire con un poco de atención advertirá los restos de maquillaje y la ropa arrugada.

Cuando salgo del portal me recibe un cielo en el que los colores del amanecer comienzan a abrirse paso. Las aceras todavía se encuentran vacías sin ningún indicio del gentío que las llenará en unas pocas horas y solo unos pocos vehículos y algún furgón de reparto se atreven a interrumpir el sueño de la ciudad.

Ve acercarse un taxi y le hago una seña. A los pocos segundos, el



vehículo se detiene a mi lado. Abro la puerta y me cuelo en su interior. Mientras me acomodo en el asiento trasero, le indico al conductor mi destino. Este me dedica una breve mirada antes de arrancar y puedo leer en sus pupilas que el recogido improvisado no ha cumplido su cometido.

Una sensación desagradable me pesa en la boca del estómago. Cierro los ojos y me apoyo contra el respaldo. La inevitable pregunta se ilumina en mi mente con luces de neón. «¿Qué haces con tu vida, Vega?». Me refiero a toda la parte que atañe a relaciones, sentimientos y emociones. Lo peor es que el tiempo pasa y sigo sin encontrar la respuesta. Tiene poco que ver con haber disfrutado de una noche de sexo con un casi desconocido y mucho con haberlo hecho por el motivo equivocado, que no es otro que demostrarme que las palabras de Álvaro no tienen ningún poder y son solo eso, palabras; que puedo ser tan libre y tan yo como quiera en cada momento. Obviamente, no ha dado resultado. Miro a través de la ventanilla. Maldito tequila y maldito Álvaro.

# 7

## Todos los <<te quiero>>

Después de que el agua caliente de la ducha arrastre los rastros de la noche, me acurruco en el sofá para observar como el sábado se desliza sigiloso en un lento sopor en el que no queda hueco para los pensamientos. Me dedico a leer y ver series de Netflix sumida en una especie de letargo que el ruido del mundo que continúa girando fuera de estas cuatro paredes no consigue traspasar. No soy consciente del tiempo que permanezco dentro de mi burbuja y no reacciono hasta que mi estómago se transforma en una orquesta famélica y me veo obligada a tomar una decisión trascendental en vista de que la nevera se encuentra casi vacía: pedir comida preparada, lo cual en los últimos tiempos no le va nada bien a la talla de mis vaqueros, o vestirme y bajar al supermercado de la esquina a comprar algo más saludable, que mis caderas, sin duda, me agradecerán.

Gana la segunda opción y en quince minutos me encuentro empujando un carrito y haciendo malabares para esquivar la cantidad ingente de personas que atestan los pasillos. Cuando se cruzan dos niños a la carrera y al frenar la barra del carro se me clava en las costillas, recuerdo por qué odio hacer la compra los sábados. Cojo aire y trato de tomármelo con calma. Doy un par de vueltas mientras escojo productos de las estanterías más por impulso que por necesidad y antes de marcharme, me detengo en la zona de pastelería. Trato de decidir si ceder o no a la tentación de comprar una magdalena de chocolate que debe de tener, al menos, el tamaño del peñón de Gibraltar, cuando me doy cuenta de que soy la única entre todas las personas que me rodean que no va acompañada.

De repente y sin que pueda controlarlo, un nudo atenaza mi garganta y la lechuga, los tomates y los cereales que constituyen mi compra me parecen ridículos entre el extenso catálogo de familias que se mueven a mi alrededor con sus carros llenos a rebotar. Me entran unas estúpidas ganas de llorar que

logro controlar a duras penas mientras huyo acelerada hacia la línea de cajas.

Salgo a la calle con mi bolsa en la mano y emprendo el camino de vuelta a casa, pero a medida que me acerco entiendo que lo último que me apetece es encerrarme sola entre mis cuatro paredes. Sola. En esa sencilla palabra se encuentra la clave. Y es que la soledad física en sí no me supone un problema: disfruto de mi espacio y mis pequeños rituales y rutinas sin tener que preocuparme de que a nadie le moleste que suene el despertador cinco veces antes de que consiga levantarme o que siempre deje dos dedos de café en la taza del desayuno. A lo que no consigo adaptarme es al sentimiento de vacío que ha enraizado en mi pecho y no desaparece ni cuando me encuentro rodeada de gente. No es que esté sola, sino que me siento sola, y la diferencia resulta abismal, porque mi soledad ha ido tejiéndose a base de verdades a medias, pena, rabia y otro montón de emociones tan feas que no puedo compartirlas sin dañar a las personas que más quiero.

Antes de abrir la puerta de mi piso ya sé que no voy a quedarme. Coloco mi ligera carga sobre la encimera de la cocina, cojo una chaqueta y las llaves del coche y pongo rumbo al único sitio donde siempre encuentro mi lugar y no tengo que esconderme, el refugio que me vio romperme en pedazos cinco años atrás: la casa de mi abuela Marina.

Mi abuela vive en un pequeño pueblo de Guadalajara. Nació allí y, aunque ha pasado la mayor parte de su vida en Madrid, cuando mi abuelo se jubiló, y viendo que mi padre y mis tíos ya se habían forjado su propio camino en la vida, decidieron reformar la casa en la que mi abuela vivió su niñez y pasar los años que les restasen alejados de la contaminación, las aglomeraciones y todas esas cosas que caracterizan a las grandes ciudades y que a ellos ya les sobraban. Por desgracia, a mi abuelo no le dio tiempo a disfrutar de su retiro: un infarto repentino apagó su corazón pocos años después. A pesar de no contar ya con la compañía de su marido, mi abuela Marina decidió permanecer en esa casa donde cada rincón esconde un retazo de felicidad y que con solo adivinar su silueta en la distancia consigue alegrar mi corazón.

Aparco en una de las calles que flanquean la casa, lo más pegado posible al muro de piedra, para no obstruir el paso de la estrecha calzada, y me bajo del coche. El portón de madera, el original de la vivienda, restaurado por mi

propio abuelo, cede cuando lo empujo y un olor dulce y delicioso me da la bienvenida. Lo sigo con una sonrisa, conociendo de antemano de dónde proviene. Cuando llego a la cocina me detengo unos segundos a observar a su artífice, que tararea mientras corta con mimo pequeñas porciones doradas. Esa sencilla imagen consigue que mis hombros se destensen y el peso que me oprime el pecho se aligere.

—No puedo entender cómo en los tiempos que corren todavía hay personas que dejan la puerta de su casa abierta.

El cuchillo se detiene y una sonrisa tan dulce como los bizcochos que hornea se dibuja en los labios de mi abuela cuando alza los ojos y me ve.

—Mi preciosa Vega.

Me acerco a ella y me envuelve en un abrazo con olor a infancia, que lejos de terminar de serenarme me inunda los ojos. Me refugio unos segundos en su fuerza, en la solidez que desprende su cuerpo menudo, a pesar de sus setenta pasados, hasta que las lágrimas retroceden. Cuando nos separamos, su mano cálida se posa en mi mejilla.

—Mírate, cada día más bonita.

—Tengo a quien parecerme.

Las arrugas alrededor de sus ojos se acentúan, al igual que su sonrisa.

—Solo por eso ya te has ganado probarlos. —Levanta la bandeja de bizcochos para que me llegue el dulce aroma y recuerdo que no he comido.

No dice nada mientras trasladamos platos y tazas hasta la recia mesa de madera de castaño que ha alimentado a varias generaciones de nuestra familia, al igual que tampoco lo hizo cuando aparecí en su puerta aquel verano con los ojos llenos de lágrimas y un abismo en el pecho en el lugar donde debiera haber latido mi corazón. Me pregunto si yo alguna vez llegaré a poseer esa sabiduría vital para disfrutar de lo que me ofrece la vida sin temor y aceptar sus reveses y envites con serenidad, segura de mi lugar en el mundo. Hoy por hoy lo veo muy lejano.

Nos sentamos a la mesa con la bandeja de los bizcochos, un plato de rosquillas, una jarra de leche caliente y la cafetera llena a rebosar, y durante un rato charlamos de todo y nada especial. Nos ponemos al día mientras el sol de media tarde incide en las paredes de las casas que se ven a través del ventanal arrancándoles destellos dorados y, poco a poco, voy sintiéndome

segura, protegida, reconfortada por los aromas de esa casa que me huele a hogar, el arrullo de la voz de mi abuela y la cualidad casi mística de ese paisaje que parece sacado de un cuento de hadas, hasta que consigo relajarme.

Miro los marcos que se alinean sobre el aparador y reconozco algunas de las fotografías que tomé ese verano. Las hice con una vieja Olympus de mi abuelo que descubrí cogiendo polvo dentro de su funda al fondo de un armario. Con esa cámara, que blandía como un escudo para protegerme del mundo, tomé mis primeras fotografías y descubrí que todavía era capaz de apasionarme por algo. Recuerdo que en aquellos días pensé que quizá no estuviese todo perdido y todavía conservase algo de corazón.

Me detengo en una imagen en blanco y negro mucho más antigua. En ella reconozco a mis abuelos. Posan uno junto al otro con los brazos enlazados; jóvenes, felices.

—Estáis guapos —digo sin apartar los ojos de la sonriente pareja.

Mi abuela sigue la dirección de mi mirada y sus labios se curvan con añoranza.

—Éramos jóvenes, cariño, y estábamos enamorados. La juventud es un tesoro.

—Lo echas mucho de menos.

—Cada día, a cada hora. Cuando pasas más de cincuenta años con la misma persona se convierte en una extensión de ti mismo. Pero la vida sigue, y mientras me queden fuerzas voy a disfrutar lo que me ofrezca. —Hace una pausa para buscar mis ojos—. De cada acontecimiento que sucede podemos sacar algo positivo, cariño. Yo extraño a tu abuelo y aunque preferiría que siguiese aquí conmigo, la soledad me ha hecho conocerme mejor y me he descubierto probando cosas que a su lado no se me hubiesen ocurrido. No hay que tener miedo a dejar ir. Nada nuevo puede entrar en un lugar que ya está ocupado. —Coloca su mano sobre la mía y la aprieta con ternura—. Todo depende de uno.

Sus palabras me acompañan durante todo el viaje de vuelta. Resulta curioso cómo una palabra, un gesto, una mirada pueden encender una llama en tu interior que arroje luz a años de oscuridad, como si ese detalle hubiese activado un interruptor que acciona un mecanismo desconocido e ilumina una

perspectiva de la realidad que hasta ahora te había quedado oculta.

Con cuatro sencillas palabras mi abuela me ha otorgado un poder que hasta ahora no creía tener o quizá no estaba preparada para ejercerlo, y que hace que me sienta a merced de los acontecimientos y de mis propias emociones. De pronto, he entendido que no me encuentro indefensa ante el mundo, y quizá no pueda controlar lo que sucede alrededor o lo que siento, pero sí de qué manera lo afronto y cómo gestiono esos sentimientos. Y ha llegado el momento de enfrentarme a ellos. No puedo seguir permitiendo que las decisiones de otros dirijan mi vida.

Me levanto en paz tras dormir diez horas. Es domingo y no tengo ninguna obligación. En pijama y con el pelo revuelto, me pongo un café y meto dos rebanadas de pan en la tostadora. Mientras espero a que estén listas, recojo la bolsa del supermercado que todavía descansa sobre la encimera y saco los escasos víveres que contiene. Me sorprende al encontrar mi teléfono móvil en su interior. Imagino que con las prisas y la angustia del día anterior debí de dejarlo caer por error. Deslizo el dedo por la pantalla y esta me muestra tres llamadas perdidas y varios mensajes, todos de mi madre. Al parecer, ha organizado una comida familiar y yo no me he enterado. Mi primera reacción pasa por poner una excusa y no acudir, luego recuerdo mis buenos propósitos y tecleó un rápido «ok».

Cuando llego a casa de mis padres me vuelvo consciente de que dominar los sentimientos no va a resultar tan sencillo. Y es que los secretos te aíslan, te envuelven en una fina red y te dominan, te alejan. Levantan muros invisibles a tu alrededor a través de los que te asomas a tu vida sin llegar a experimentarla del todo por miedo a que un simple soplo de aire se cuele por cualquier rendija, derribe esos frágiles muros y la verdad quede expuesta. Cada vez que miro a mi madre a los ojos me encuentro con la sombra que proyectan mis secretos. Puedo leer la incomprensión mezclada con una chispa de pena y resignación. Esa última es, con toda probabilidad, la que más me duele.

Imagino la escena idílica que captaría una persona ajena que nos observase sentados los cuatro a la mesa este domingo como cualquier otra familia. Mis padres me enseñaron que la familia es el lugar al que siempre puedes volver, que juntos somos un todo. Yo ya no me siento parte de este todo. En mi intento por ocultarme me he alejado tanto que no creo que sea capaz de volver a encontrar el camino.

El tema de conversación que monopoliza la sobremesa tampoco me ayuda a sentirme más cómoda, y es que desde que he llegado parece que todo gira en torno a un mismo asunto: la boda. Trato de mantener un perfil bajo y me limito a escuchar sin opinar mientras doy pequeños sorbos de mi taza de café y calculo cuánto tiempo he de quedarme si no quiero ver asomar, una vez más, la decepción a los ojos de mi madre.

—¿Qué te parece la idea?

Siento sobre mí el peso de los tres pares de ojos que me rodean. Me esfuerzo por reconstruir en una frase con significado los últimos retazos de conversación que mi cerebro ha captado. Nada. Abro la boca para disculparme y pedir que me repitan la pregunta, pero Clara se adelanta.

—¿No te gusta? Yo creo que la laguna sería el marco ideal para una boda íntima. Podríamos celebrar la ceremonia en el embarcadero y el convite en el jardín de casa.

Un escalofrío trepa por mi columna vertebral. Un batallón de recuerdos descontrolados acribilla mi cerebro. No he vuelto a la casa de la laguna desde aquel verano, y el mero hecho de pensar en hacerlo me provoca sudores fríos.

—Podrías hacer un reportaje fotográfico con todo el proceso. El antes y el después —sugiere mi hermana, ilusionada.

Hago un esfuerzo por que mi voz no demuestre la agitación que se arremolina en mi interior.

—Claro, podemos pensar en algo. Lo hablaré con Borja.

—Eres la mejor hermana del mundo —dice Clara a la vez que esboza una sonrisa inmensa.

Aunque lo intento con todas mis fuerzas, solo consigo estirar los labios en una mueca tensa que a nadie parece llamarle la atención en el ambiente de felicidad que reina.

No vuelvo a participar en la conversación, abrumada por mis propios

pensamientos, y ahogo un suspiro cuando media hora después mi madre abandona su silla, recoge unos cuantos platos y se dirige a la cocina dando por terminada la sobremesa. La imito con la idea de acelerar el proceso y poder marcharme cuanto antes.

Me detengo a su lado frente al fregadero para apoyar la carga que sujeto entre los brazos y el suave aroma de su perfume me envuelve. Me quedo quieta y aspiro ese olor tan familiar que me transporta a otra época más sencilla en la que mi madre era la guardiana de mis anhelos, y sus caricias, la cura de mis males.

Se gira y me sonrío.

—Gracias, cariño. —Estira la mano en un gesto inconsciente. Leo la duda en su mirada cuando desliza la palma por mi cabello.

Cierro los ojos para disfrutar del contacto y apoyo la cabeza sobre su hombro en busca del familiar refugio de su amor.

—Me gusta que vengas a casa.

—Lo sé, mamá, pero he estado muy liada.

—No es un reproche. Solo quiero que no se te olvide.

Sus palabras me caldean el corazón y provocan un nudo enorme en mi garganta. Bajo mis párpados, las lágrimas se agolpan y por un instante me siento tentada a abrirme en canal y dejar escapar en forma de palabras la tristeza que me angustia y me hace sentir diminuta en un mundo de gigantes. Siento como si algo estuviese roto en mi interior y no sé cómo arreglarlo; como si existiese una rueda que regula las emociones y la mía se hubiese atascado sin darme oportunidad de avanzar, atrapándome en la tristeza de un sentimiento que no volverá. Y quiero enterrar la cabeza en el pecho de mi madre, empaparme de su cariño, usar la fuerza de sus abrazos para recomponerme y convencerme del «todo se arreglará» que, pronunciado desde sus labios, siempre se convierte en certeza.

—¿Estás bien, cielo? —pregunta con ternura.

Quiero hacerlo, pero no me atrevo.

—Sí, mamá. No es más que falta de sueño.

Gira el rostro y me besa en la frente.

—Márchate cuando quieras, ya termino yo.

Asiento con un leve movimiento, pero no me muevo de inmediato.



Estiro unos minutos la complicidad que tanto he añorado. Luego le devuelvo el beso y salgo de la cocina con un «te quiero» que me llena la boca y no me atrevo a pronunciar.

Cuando me monto en el coche diez minutos después, tras las despedidas de rigor, todavía puedo notar en los labios el peso de las palabras no pronunciadas. Mientras conduzco de vuelta a casa por una carretera casi vacía, me pregunto dónde irán todos los «te quiero» que nunca he dicho, los que nacieron en un lugar cálido y seguro de mi interior destinados a una persona concreta en un único momento y no fueron capaces de salir por miedo, orgullo, vergüenza e, incluso, cobardía. Me gustaría creer que esos te quiero no pronunciados no se perderán para siempre, a pesar de que el tiempo o ese momento en el que estaban destinados a ver la luz no regresen jamás, y que permanecerán guardados en un rincón de mi corazón esperando otro más propicio para transformarse y ver la luz. El problema es que se acumulan, pesan demasiado y tengo miedo de que formen un muro tan alto que ninguno de ellos consiga nunca más traspasarlo.

## 8

# La casa de la laguna

Ponerme tras el volante y recorrer kilómetros de carretera acompañada solo por el sol que se cuele a través del parabrisas, buena música y mis pensamientos siempre ha tenido un efecto sedante sobre mí. El rodar de los neumáticos, el gris de la calzada, los tonos ocre del paisaje que pronto serán desbancados por otros más verdes; el mundo adquiere una cadencia rítmica a mi alrededor y crea una suerte de realidad paralela en la que consigo desconectar del día a día e incluso de mí misma.

En medio de esta nada, con los dedos tamborileando sobre el volante al ritmo de los acordes de *Azul*, de Elefantes, con las gafas de sol protegiendo mis ojos y una sonrisa pequeña en los labios, de pronto me siento joven y despreocupada. Me prohíbo analizar la sensación; lo único importante es que me reconforta y me limito a disfrutar de ella.

A medida que avanzo, los detalles del paisaje que me rodea comienzan a resultarme más familiares y parte de esa calma se disipa. No sabría decir la cantidad de veces que habré recorrido este mismo camino compartiendo el asiento trasero del coche de mis padres con Clara, verano tras verano, desde donde alcanzan mis recuerdos. Siempre feliz, con un mundo de expectativas abierto ante mí en el que cualquier cosa era posible, diferente a la inquietud que siento ahora.

Una señal en el margen derecho de la carretera me alerta de que faltan dos kilómetros para llegar a mi destino y mantengo la vista fija al frente. Las líneas rectas de los tejados comienzan a despuntar en el horizonte y unos minutos después distingo las primeras casas; a primera vista, poco, a excepción de mí, parece haber cambiado.

Reduzco la velocidad justo antes de que aparezca el cartel que señala el camino a la laguna y las urbanizaciones que la rodean, y tomo el desvío con una sensación extraña en la boca del estómago. La carretera va estrechándose

hasta convertirse en poco más que un camino asfaltado, la vegetación se espesa. Apago la radio y abro la ventana, solo se escucha el trinar de los pájaros, el olor a pino y brezo inunda el interior del vehículo y una bofetada de pasado en forma de recuerdos me sacude. Antes de que consiga recuperarme, la casa aparece frente a mí.

Paro frente al portón de madera que custodia la entrada y bajo del coche. Me acerco demasiado consciente del peso de las llaves en mi bolsillo a cada paso que doy. Las saco y las sostengo en la palma de la mano. Esas llaves abren una puerta al pasado, a un pasado que me he esforzado en mantener aislado en mis recuerdos. Dudo. He tomado la decisión en el último momento y no me he parado a pensar en cómo me sentiría una vez aquí. Quizá no ha sido buena idea venir sola. Me enfado conmigo y con mis locos impulsos, luego recuerdo las palabras de mi abuela: «Nada nuevo puede entrar en un lugar que ya está ocupado». Me armo de valor, busco la llave correcta, la introduzco en la cerradura y giro hasta que la puerta se abre.

Subo de nuevo al coche y avanzo hasta dejar atrás el portón y la valla que delimita nuestra propiedad. Paro el motor, pero no me bajo; me quedo parapetada tras el volante tratando de procesar la imagen que tengo frente a mí. Los altos muros de piedra, los balcones pintados de verde, el rosal trepador cubierto de flores blancas. Todo continúa igual que lo recordaba, parece que el tiempo se hubiese detenido; tanto, que casi espero que Clara atravesase descalza el umbral con su larga melena rubia volando a la espalda y me veo corriendo detrás para alcanzarla hasta caer las dos riendo sobre la hierba en un enredo de brazos y piernas. Sonrío con languidez ante esos recuerdos de un tiempo feliz.

Las hojas de los árboles se agitan y una suave brisa me acaricia la piel expuesta de los brazos al salir del coche. Me los froto en un acto reflejo; ahora resulta agradable, pero sé por experiencia que cuando se oculte el sol tendré que ponerme una chaqueta, lo que me hace recordar que debo sacar las bolsas que llevo en el maletero.

Viajo ligera de equipaje, una bolsa pequeña para la ropa y otra para mi equipo fotográfico y el ordenador es todo lo que necesito para la semana que he previsto quedarme. En Madrid hay dos días festivos y le he dicho a Borja que los alargaría hasta el fin de semana. Ese fue mi pensamiento inicial; no sé

si llegaré a cumplirlo.

Me sobrecoge la quietud que me recibe en el interior. La banda sonora de mis recuerdos se encuentra repleta de conversaciones, música y risas, ahora desbancadas por el silencio sosegado de la tarde. Abro las contraventanas para permitir que entre la luz del exterior y miro a mi alrededor. Siempre me ha encantado esta casa. Los suelos de barro, la chimenea, las vigas vistas de madera en la planta superior y, sobre todo, los momentos felices que custodian sus recios muros. He tenido que volver a encontrarme bajo el amparo de estas paredes para ser consciente de que en el balance pesa más lo bueno que lo malo. Es curioso cómo un recuerdo triste puede empañar muchos que no lo fueron. Sonrío. Me alegra haber venido e incluso siento una pequeña punzada de arrepentimiento por no haberlo hecho antes.

Subo la escalera y recorro el largo pasillo solo acompañada por el leve sonido de mis pisadas. Al igual que en el piso inferior, voy abriendo las contraventanas de las habitaciones que se iluminan con los rayos del sol. Empiezo por la de mis padres, que se encuentra al final del pasillo, y retrocedo hasta llegar a la mía. Empujo la puerta y me detengo mientras mis ojos se acostumbran a la penumbra. Distingo la cama con su cabecero de forja blanco, el tocador, el espejo de caoba y el tocadiscos que descansa silencioso en un rincón. Al contrario que el resto de la casa, esta habitación levanta una oleada de melancolía que me golpea dejándome temblorosa.

Cruzo el umbral, coloco mi equipaje sobre el arcón situado a los pies de la cama y camino despacio hacia el balcón. Abro las puertas de cristal y observo las contraventanas. Sé que la vista que ocultan resulta de una belleza abrumadora, con el embarcadero y la laguna en su reposo sereno emergiendo entre un mar de vegetación y escoltada por las montañas. También sé que no soy tan valiente como para enfrentarme a los recuerdos que atraerá; todavía no. Así que suelto el pestillo y las entreabro lo justo para que las sombras que llenan la habitación encuentren la salida.

Para distraer mis pensamientos, me entretengo en colocar la poca ropa que he traído y los artículos de aseo antes de darme una larga ducha que consiga expulsar la sensación de melancolía y me reactive tras las horas de viaje. Tras quince minutos bajo el chorro de agua caliente, salgo con la piel

sonrosada y mucho más relajada. Me visto con un pantalón corto vaquero, una camiseta y mis Converse de lona. El pelo lo dejo suelto, para que se seque al viento y, sin mirarme siquiera al espejo, salgo de la habitación y bajo las escaleras al trote, como cuando era una niña.

Entro en la cocina y abro el congelador, una solitaria caja de lasaña precocinada me saluda desde el interior. La despensa tampoco me sirve de ayuda; solo algunas conservas y productos de primera necesidad se alinean en sus estanterías. El problema de las decisiones improvisadas es precisamente ese, la improvisación. Con la prisa por emprender el camino, por si la determinación me fallaba, he olvidado por completo traer algo para alimentarme. Consulto el reloj. Con un poco de suerte, la pequeña tienda de ultramarinos que hay en el pueblo todavía no habrá echado el cierre y podré comprar algunas provisiones que me permitan sobrevivir durante los próximos días. Subo al coche y observo preocupada que el sol ha comenzado su descenso en el horizonte. Piso el acelerador.

Cuando llego al pueblo, suspiro con alivio al ver que la tienda sigue abierta. Paso de largo y aparco a un par de calles de distancia, en el primer hueco libre que encuentro. En mi camino, acorto por la plaza y no me sorprende comprobar que las terrazas rebosan vida. Casi seguro, muchas familias que viven en la ciudad habrán aprovechado que el lunes no es laborable para venir a inaugurar la temporada. No tiene nada que ver con la muchedumbre que triplica la población en verano, pero, aun así, cierto aire festivo flota en el ambiente.

Entro en los ultramarinos y sonrío ante la extraña miscelánea de productos que siempre me ha llamado la atención y llena hasta el último rincón; lo mismo puedes comprar tomates recién cogidos de la huerta que unas chanclas o un cargador para el móvil. Como supongo que estarán a punto de cerrar, no me entretengo y en diez minutos me encuentro frente a la caja con una cesta llena hasta los topes. Una sonrisa cálida de reconocimiento se dibuja en los labios de la señora Carmen cuando me ve. Le devuelvo la sonrisa y pienso que ella tampoco ha cambiado un ápice: el mismo rostro sonrosado de edad indeterminada, la mirada prudente y el eterno delantal azul ribeteado en blanco.

—¡Pero bueno, maja, cuánto tiempo sin verte!

—Hola, señora Carmen. Sí, han pasado unos años. —Voy colocando los productos sobre el mostrador metálico—. Parece que no soy la única que ha pensado en hacer una escapada al pueblo —digo por dar conversación.

—El calor, que anima a la gente. Pero no te fíes, que las golondrinas vuelan muy bajo y esas intuyen la lluvia.

—Trataré de que me pille a cubierto —respondo cordial. No quiero dudar de la sabiduría de la gente de campo, pero en el cielo no se ve una nube.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —Teclea a su ritmo, más bien lento, en la caja registradora mientras introduce los productos en varias bolsas de plástico, que, por supuesto, aquí son gratis.

—Puede que hasta final de semana, no lo sé aún.

—Entonces necesitarás unas de estas —dice y mete en la última bolsa un paquete de cañas de hojaldre rellenas de crema, capricho de mis días de infancia, que por supuesto no me cobra. Me sonrío cómplice y yo me admiro de su buena memoria.

Pago el resto de la compra, me despido de la señora Carmen, que me pide que les dé recuerdos a mis padres, y me dirijo a la salida cargada con las bolsas. En la calle, el atardecer ha prendido el cielo en llamas y lo admiro absorta. Siempre me pareció algo mágico la inmensidad que adquiere lejos de los altos edificios de la ciudad. Camino tan ensimismada que no veo a la persona que en ese momento pasa por delante de la tienda hasta que su cuerpo frena mis pasos. Primero, percibo el brazo que me rodea la cintura con firmeza y me impide caer; luego, su olor, que inunda mis fosas nasales, y, por último, su voz se abre paso en mi desorientado cerebro.

—¿Esto significa que te alegras de verme?

Esa voz.

Alzo la vista y me encuentro con la mirada de Álvaro, que me estudia con cautela, y vuelvo a sentir el escozor del metafórico bofetón de realidad que me propinaron sus palabras. Presiono con las palmas abiertas en su pecho y retira el brazo que todavía me sostiene. Doy un paso atrás, aunque, en realidad, me gustaría salir corriendo, pero me contengo, no por madurez o cortesía, sino por mi maltrecho orgullo. Porque, en el fondo, sé que Álvaro no tiene la culpa de mi malestar y mi huida del bar fue injusta e infantil. No

quiero quedar en peor lugar de lo que ya lo he hecho.

—¿Vega?

—Hola —digo casi en un susurro—. No esperaba verte por aquí.

Media sonrisa se dibuja en sus labios.

—He venido a pasar unos días con la familia. Y por si te lo preguntas, yo sí me alegro de verte.

«Tocada».

—¿Y tú?

Lo miro confusa.

—¿Echabas de menos el aire puro del campo?

—Algo así. En realidad, quiero buscar localizaciones para el reportaje de la boda —dejo escapar el aire con disimulo.

—Eso suena muy profesional. —La sonrisa con la que lo dice se desvanece en un silencio pensativo que se alarga unos segundos ante mi repentino mutismo. Me mira a través de los mechones que le caen sobre los ojos—. La verdad es que quería llamarte. ¿Te apetece tomar algo?—Me observa con cara de niño castigado que espera el veredicto de su maestra para conocer la pena que le impone.

Tengo dos opciones: aceptar su oferta, enfrentarme a la conversación que sé que tendremos y exponerme más ante sus ojos o alejarme para esconder mi vulnerabilidad. Levanto las bolsas que todavía sostengo en las manos y me obligo a mostrar una sonrisa.

—Lo siento. Tengo que llevar la compra.

Si mi respuesta lo decepciona, no lo demuestra; solo mira hacia mis manos y pregunta:

—¿Tienes el coche muy lejos? ¿Quieres que te ayude?

—No hace falta, gracias. He aparcado aquí al lado.

Asiente y mete las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero. Me remuevo incómoda.

—Tengo que irme. Nos vemos.

Se aparta a un lado y sonrío.

—Seguro.

Paso por delante y me alejo con la sensación de que Álvaro me observa. Antes de doblar la esquina, vuelvo la cabeza. No me equivocaba. Continúa

parado en el mismo lugar mirando en mi dirección. Levanto la mano a modo de despedida y sigo mi camino mientras sepulto el encuentro en lo más profundo de mis pensamientos. No necesito una presencia más rondando por mi mente, ya tengo suficientes cosas que me inquietan de las que preocuparme.

La tarde se convierte en noche antes de que me dé cuenta. Me tumbo en la cama convencida de que no tardaré en conciliar el sueño tras un día tan largo, pero Morfeo se resiste a llevarme a su mundo onírico. En la quietud de la noche, solo rota por el suave ulular del viento que se cuele entre las ramas de los árboles, el canto de los grillos y el crujido de los muros de la casa, los recuerdos se alzan poderosos queriendo escapar del rincón donde los mantengo confinados. Soy demasiado consciente de la presencia del embarcadero al otro lado de la ventana y de que no podré evitarlo eternamente.



# 9

## Despedidas

El verano en el que Vega descubrió el amor llegó a su fin y con él la temida despedida. Afrontó el momento con un nudo en el estómago y los ojos encharcados. Darío la acunó entre sus brazos, le dio un suave beso en los labios y acarició su pelo. Prometieron mantenerse en contacto. Él pasaría el último curso en Dinamarca, con una beca Erasmus, y ella se quedaría en Madrid, echándolo de menos a diario.

Para Vega separarse de Darío fue lo más difícil que había hecho en su vida. Mientras el paisaje discurría veloz al otro lado de la ventanilla del coche, un dolor punzante, que no sabía cómo controlar, le horadaba el pecho. En ese instante, con el sabor de los besos de Darío todavía vivo en los labios, fue consciente de que enamorarse tiene una doble cara e igual que te hace creer invencible también puede volverte vulnerable. Esa parte no le gustó.

Las primeras semanas tras su separación fueron duras. Se encontraba tan triste y apática que llegó a pensar que alguna extraña enfermedad había invadido su cuerpo, porque no era posible que algo intangible como un sentimiento doliese tanto.

Como habían prometido, se mantuvieron en contacto. Al principio, se escribían a diario y, cuando sus respectivas obligaciones lo permitían, se conectaban por Skype. Esas ansiadas conversaciones terminaban convirtiéndose en una tortura que dejaba en Vega una sensación agrídulce, porque poder mirar su rostro y escuchar su voz no era suficiente; anhelaba el calor de sus labios, la dulce presión de sus manos sobre su piel, el latir firme de su corazón. Sin embargo, a medida que el curso avanzaba y las exigencias diarias crecían, la rutina fue ganando parcelas y sus contactos se espaciaron. A pesar de ello, el amor que albergaba en su corazón se mantuvo intacto y Vega se acostumbró a convivir con ese pellizco constante en el pecho, sustituto de la agonía de los primeros días.

El otoño dio paso al invierno y este a la primavera. Treinta y cuatro semanas exactas tachadas en rojo en el calendario y medio continente de por medio. A Vega le parecía que ningún año el verano se había hecho tanto de rogar. Añoraba muchísimo a Darío y creía estar olvidándose del olor de su piel y el sabor de sus besos. Se consolaba diciéndose que los exámenes finales se acercaban y en poco más de un mes volvería a verlo.

A medida que se acercaba la fecha, el pellizco se transformó en un anhelo creciente. Sus emociones se alternaban igual que los días de la semana, y la añoranza, el amor, la ilusión, la esperanza y el miedo se agitaban en una montaña rusa que nunca se detenía. Y es que durante todo el tiempo que llevaban separados, en el interior de Vega se habían gestado una serie de dudas a las que hasta ahora no se había atrevido a dar voz, pero que, ante su reencuentro inminente, sonaban como una alarma en el interior de su cabeza. Ocho meses de distancia pesaban demasiado. Ocho meses llenos de palabras y ninguna de amor; de preguntas y ninguna sobre ellos dos; de miradas, siempre a través de una pantalla. En esos momentos de duda, examinaba su corazón. Si sus sentimientos seguían intactos, los de Darío no tenían por qué ser diferentes. Ese pensamiento le devolvía la paz durante unos días, hasta que el miedo asomaba de nuevo sus negras fauces. Así una y otra vez, y vuelta a empezar.

Esta vez, el tiempo, que nunca se detiene, corrió a su favor y, antes de que se diera cuenta, los exámenes llegaron y pasaron. La maleta vacía esperaba junto a la cama. La casa se encontraba en silencio; su padre todavía no disfrutaba de vacaciones y había salido temprano hacia el despacho, y su madre y Clara se habían marchado ese mismo domingo al pueblo. Por fin había conseguido dominar su inquietud, el mensaje que había recibido de Darío días atrás en el que la informaba de que volvía a España, firmado con un «nos vemos en nada, tengo mucho que contarte» lo había logrado. Alzó los brazos y dejó que el ligero vestido se deslizase por su cuerpo. Luego se calzó unas sandalias planas y puso rumbo a la universidad. Comprobaría las dos últimas notas y al día siguiente podría correr a sus brazos.

El sol brillaba con fuerza en el cielo raso, que le pareció más azul e infinito que nunca. De pronto, todo era más vital y luminoso, el mundo había recuperado los colores que las dudas habían palidecido a sus ojos. Bailaba,

más que caminaba, y sentía unas ganas locas de correr, saltar, gritar. Recorrió el trayecto hasta la universidad en autobús con la mirada perdida en el paisaje al otro lado del cristal que reflejaba su sonrisa, la misma sonrisa que se quedó congelada en su rostro cuando vio los dos suspensos que la esperaban junto a su nombre en el tablón de anuncios. Dejó de percibir las altas temperaturas del incipiente verano madrileño para sucumbir a un frío invernal que le salía de dentro hacia fuera y conquistaba su piel. Conocía las reglas, sus padres fueron tajantes. Cualquier asignatura suspensa supondría retrasar el inicio de sus vacaciones. Tendría que permanecer en Madrid con su padre hasta el uno de agosto, fecha en la que este comenzaría sus vacaciones, para evitar distracciones y poder preparar los exámenes de recuperación. Un puño se cerró sobre su estómago y subió hasta su garganta. Sintió que lágrimas de frustración se agolpaban en sus ojos. Los frotó con rabia mal contenida.

Regresó a casa en metro. El día invitaba a disfrutar, la ciudad bullía de animación y olía a verano. Lo que un rato antes le pareció idílico ahora le resultaba ofensivo; prefería no verlo. Se juzgó y recriminó durante todo el trayecto. Había estado descentrada, demasiado ocupada dando espacio a sus dudas y desatendiendo sus obligaciones inmediatas, y ahora le pasaba factura, la única que no se veía capaz de asumir. Se insultó y sermoneó estación tras estación y continuó haciéndolo mientras subía la calle, abría el portal y esperaba el ascensor. Y siguió hasta que la visión de la maleta vacía sobre su cama sustituyó el enfado por la pena y rompió a llorar.

Los ojos hinchados y la nariz roja le dieron a su padre al entrar por la puerta una pista de que algo no iba bien. Consoló a su hija, pero fue inflexible ante sus intentos de indulto. Pensó que tanta tristeza era la típica exageración fruto de las últimas reminiscencias de la adolescencia. Él no indagó más allá y Vega tampoco le explicó los verdaderos motivos, pensó que no le valdría de nada. Pero no fue esa la única razón para mantenerlos en secreto. La verdad era que ese amor recién descubierto le parecía algo tan íntimo y precioso que todavía no quería compartirlo con nadie más y, así, lo había mantenido oculto durante todo ese tiempo.

Escarmentada tras el fiasco de esos últimos exámenes, no quiso cometer el mismo error y las siguientes semanas se centró en estudiar, dejando de lado cualquier otra preocupación. Llamó a Darío, pero la cobertura era casi

inexistente en el pueblo y no consiguieron mantener una conversación decente.

El último viernes de julio, cerró los libros satisfecha con el esfuerzo y segura de aprobar en la convocatoria de septiembre. Cuando su padre llegó de trabajar lo recibió con la maleta preparada y una súplica bailando en sus pupilas.

—Prométeme que irás con cuidado. —Fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que Vega se colgase de su cuello para besarlo y salir volando por la puerta. Él se marcharía al día siguiente y, puesto que irían en dos coches, no vio motivo para hacerla esperar.

Antes de arrancar, trató de hablar con Darío. Lo intentó tres veces, sin éxito, pero a cada llamada el teléfono le respondía con el mensaje de que el número marcado se encontraba apagado o fuera de cobertura. Ese detalle no consiguió ensombrecer su ánimo; colocó el teléfono sobre el asiento del acompañante y emprendió el camino.

Vega no paró de sonreír durante todo el trayecto. Cuando abandonó la autovía, bajó unos centímetros la ventana para que la cálida brisa acariciase su piel. Inspiró con fuerza, retuvo el aire unos segundos y lo soltó despacio deleitándose en ese sencillo acto. Atrás quedaban los largos meses de separación, la aflicción y los miedos. Mientras recorría el sendero que desembocaba en su casa, un único pensamiento llenaba su cabeza, uno con nombre propio y ojos color miel. Darío. Su corazón brincaba como loco en el pecho al pensar que antes de que acabase el día podría perderse entre sus brazos otra vez. Comprobó el teléfono. Él no había respondido. No la preocupó; su terminal le señaló que ya no tenía cobertura.

La casa de la laguna olía a cera para muebles, madera y hierba recién cortada. Olía a cada uno de los veranos de su vida y eso la reconfortó. Encontró a su madre en la cocina con los pies descalzos, tarareando una canción que sonaba desde un viejo transistor.

—Uhm, huele muy bien.

Su enorme sonrisa fue lo primero que vio cuando se giró, justo antes de que la envolviese en sus brazos. Vega la imitó y permanecieron unidas varios segundos. Percibió el calor de su piel y su olor tan familiar.

—¡Mi niña mayor! ¡Qué bien que ya hayas llegado! —Su madre se

separó un paso y le acarició el pelo con ambas manos—. No te esperábamos hasta mañana.

—Lo sé, pero os echaba de menos. —Y no mentía. Nunca había pasado tanto tiempo separada de Clara y de su madre. Añoraba los maratones de Nicholas Sparks acompañados de palomitas y cajas de pañuelos de papel, las conversaciones de sábado por la mañana las tres metidas en la cama de matrimonio e incluso las discusiones con Clara cuando tomaba su ropa prestada sin permiso.

—¿Qué tal el viaje? Tu hermana se muere por verte.

—El viaje bien. Yo también tengo ganas de verla. ¿Dónde está?

—Hace rato que no la veo, pero no creo que haya ido muy lejos.

Quería salir corriendo, pero se obligó a tranquilizarse y preguntar:

—¿Necesitas que te ayude?

Su madre sonrió con ternura.

—No hace falta. Anda, ve.

Vega le dio un beso y corrió fuera de la cocina. Subió la maleta a su habitación y la dejó a los pies de la cama, sin abrir; ya tendría tiempo de hacerlo después. Lo primero era buscar a Clara para darle un achuchón y luego ir a ver a Darío.

Miró en su cuarto y en el jardín sin encontrar rastro de su hermana. Salió de la casa y tomó el camino del embarcadero; era uno de sus lugares favoritos, de ambas. El sendero discurría entre los árboles. Cuando lo recorría de niña, un cosquilleo de nerviosismo se agitaba en su estómago, como si cualquier cosa fuese posible al adentrarse en esa senda que parecía sacada de un cuento. Todavía le sucedía. Avanzó en silencio mientras disfrutaba de la sensación de libertad que le provocaba estar rodeada de esa naturaleza ingobernable.

Reconoció a su hermana en la figura que le daba la espalda de pie sobre los tablones de madera. La melena, más rubia debido al efecto continuado del sol, caía suelta sobre su espalda. Advirtió el tono bronceado de su piel y sonrió por las pecas que sabía que habrían poblado sus mejillas. Y se sorprendió, después de casi dieciocho años, todavía seguía haciéndolo, de la oleada de amor que desbordó su pecho.

Dio dos pasos más antes de verlo. Se quedó inmóvil. Había deseado

tanto que llegase ese momento que le pareció mentira tener a Darío a unos pocos metros. Sus ojos lo recorrieron ávidos en la distancia: la espalda ancha, el pelo castaño, que ahora llevaba más corto, y el perfil de su sonrisa, la misma que conseguía acelerar su corazón. Quiso correr hacia él.

No lo hizo. En ese mismo instante Darío alargó el brazo y rodeó a Clara por la cintura. Sus manos la giraron con delicadeza. El cerebro de Vega no entendía qué era lo que fallaba en la imagen que presenciaba desde la distancia para que su corazón reaccionase como si una manada de caballos salvajes estuviese pateando su pecho. Hasta que se besaron.

Fue como si le sacasen el aire de golpe de los pulmones. Se dobló sobre sí misma y tuvo que apoyarse contra un árbol. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas gotearon sobre su pecho.

Sin saber cómo, regresó a casa y subió directa a su habitación. Se tumbó en la cama en posición fetal y trató de respirar. Las imágenes y los pensamientos se agitaban con tanta fuerza dentro de su cabeza que pensó que le explotaría. Tenía que tranquilizarse; seguro que existía una explicación.

Las sombras habían sustituido a los rayos de sol cuando la puerta de su habitación se abrió. Escuchó los pasos acercarse y luego el crujir del colchón. Clara susurró su nombre.

—Vega... ¿Estás dormida?

Apretó los ojos con fuerza.

—Vega —insistió.

El olor al perfume de Darío le llegó tan nítido como si estuviese en la habitación. Se mordió los labios hasta que notó el sabor de la sangre.

Su hermana suspiró.

—No importa. Total, solo quería contarte que me he enamorado — bromeó para sí.

Pudo percibir la emoción contenida e incluso la inmensa sonrisa que no veía, pero que estaba segura de que resplandecía en el rostro de Clara. Quiso gritar, descargar su ira contra ella, Darío e incluso contra el destino que los había colocado en esa situación. Se mantuvo quieta, sintiendo que las lágrimas le humedecían la piel, porque mientras las palabras de Clara se hundían en su pecho, infligiendo una herida que no sabía si volvería a cerrar, Vega fue consciente de que el principio de la felicidad de su hermana suponía

el final de la suya.

# 10

## Incluso de mí misma

El día amanece luminoso y tranquilo. Los rayos del sol no se han apiadado de mí y se cuelan por los listones de las contraventanas hasta traspasar la piel de mis párpados. Abro los ojos con una extraña sensación de irrealidad porque, durante ese etéreo instante en que sueño y despertar se confunden, me he sentido otra Vega más feliz, más despreocupada y libre, como en un reflejo de los veranos que viví aquí.

Salgo de la cama con el cansancio pegado a los huesos tras una noche de descanso insuficiente, pero con la determinación de aprovechar el día y la luz. Camino hasta el armario, lo abro y busco en su interior hasta dar con un mono sin mangas, de pantalón corto, cómodo para trabajar. No pierdo el tiempo y voy directa al cuarto de baño.

Tras la ducha, me recojo el pelo, todavía húmedo, en una trenza suelta que cae sobre mi hombro y bajo a la cocina. Antes de nada, enciendo la vieja radio que descansa en una esquina de la encimera y que mi madre nunca quiso cambiar por otra más moderna. Ahora solo sintoniza unas pocas emisoras y ninguna de música actual. Reconozco los acordes de *Sabor de amor*, de Danza Invisible, antes de que Javier Ojeda entone el estribillo, y nos veo a mi madre, a Clara y a mí en esta misma cocina, cuchara en mano, haciéndole los coros a su «labios de fresa». Sonrío con añoranza, pero no me dejo arrastrar por la melancolía. No he venido a eso, sino a enfrentarme al pasado para poder cerrar las heridas del presente. Estoy convencida de que gran parte de lo que somos reside en lo que fuimos, y tratar de rescatar las partes de mí que quedaron aquí puede ayudarme a conseguirlo.

Mientras espero a que el café suba, coloco una taza, un vaso con agua y la leche sobre la mesa. Me debato unos instantes frente a la despensa abierta sin saber si decidirme entre las tostadas de pan con tomate y aceite o las cañas de crema de la señora Carmen. Por supuesto, ganan las segundas.



Desayuno sin prisa, perdida en la calma que se respira. Cuando termino, friego lo que he ensuciado y subo a por mi equipo. Reviso las posibles opciones y al final me decanto por llevar lo imprescindible: una cámara con objetivo, dos baterías cargadas y nada más. Lo guardo todo en su bolsa y vuelvo a la planta baja.

Me sitúo en el centro del salón y giro sobre mí misma mientras estudio lo que me rodea. Demasiados pensamientos en mi cabeza no me permiten concentrarme, y es que mi voz interior no deja de susurrarme que voy a convertirme en espectadora de un sueño en el que me imaginé protagonista. Comprendo que ese sueño ya no me pertenece, el problema reside en que siempre imaginé el amor como el factor principal dentro de mi particular ecuación de la felicidad y ahora no sé dónde buscarlo.

Levanto la cámara, es mi particular forma de atajar los pensamientos incómodos. Nada más mirar por el visor, el interruptor de piloto automático se activa dentro de mi cabeza y, mientras exploro las posibilidades que me ofrecen la casa y el jardín, nada que no salga en el plano me perturba. Estudio cada rincón con ojo experto y analizo las posibilidades en función de la luz. Me abstraigo tanto que cuando termino ya es mediodía.

Paso el dorso de la mano por mi frente húmeda. El sol pica como si fuese pleno agosto. Abandono el jardín en busca del refugio que ofrecen los gruesos muros de la casa y suspiro aliviada al cruzar el umbral y sentir el frescor del interior que enfría mi piel. Lleno un vaso en el grifo de la cocina y lo vacío de un trago. Sopeso la opción de acercarme hasta el arroyo. Si la memoria no me traiciona, el agua atraviesa una zona de claro y crea una pequeña cascada natural. Si continúa siendo tan bonito como lo recuerdo, las fotografías allí quedarían increíbles.

Azuzada por la curiosidad, me cuelgo la bolsa en bandolera, cojo las gafas de sol, las llaves, y salgo de nuevo al exterior. Dejo atrás la valla que custodia nuestra propiedad y tomo el sendero que llega hasta el arroyo. Discurre perpendicular a la laguna y la vegetación aquí se vuelve más espesa, ejerciendo de parasol natural y mitigando este calor inclemente, lo que resulta de agradecer.

Camino sin prisa; no es un paseo largo y todavía tengo tiempo hasta que llegue la hora de comer. Observo las formas que dibujan los rayos de sol que

se cuelan entre las copas de los árboles, dejo que mi imaginación construya una imagen reconocible, igual que hacía cuando era niña. A medida que avanzo, los árboles se vuelven más altos y frondosos, la luz del sol se atenúa y provoca que un recuerdo perdido se deslice desde mi memoria.

—Tengo miedo.

*La mano de Clara serpentea por mi brazo hasta entrelazar sus dedos con los míos. Las sombras cubren el camino. Se le han quitado las ganas de saltar y ahora se agazapa contra mi cuerpo.*

—Estoy contigo. No hay nada que temer. —Sonrío con suavidad para infundirle ánimos—. Son solo unos metros más. Verás como merece la pena.

*Suena un crujido entre la maleza y sus dedos se clavan como garras en mi antebrazo.*

—Será un conejo.

—No lo sabes. ¿Y si es un lobo o, peor, un oso?

—¿Y si es un tigre? —digo con los ojos muy abiertos, imitando su expresión.

—Aquí no hay tigres.

—Ni tampoco lobos y, mucho menos, osos.

—Eso no lo sabes. El mal acecha en las sombras —murmura para sí.

*El frío de sus pequeñas manos me traspasa la piel y sus labios se aprietan en una fina línea. Contengo una sonrisa.*

—Te dije que no vieras esa película. Vas a estar muerta de miedo lo que queda de verano.

—Prefiero tener miedo. A los que no lo tienen, los matan primero —sentencia.

*Se escucha otro ruido y da un respingo. Sonrío abiertamente y la aprieto contra mi cuerpo.*

—No te hace falta el miedo, tienes la mejor protección del universo: a tu hermana mayor. Dejaría que cualquier animal salvaje me comiese si fuera para salvarte a ti.

—¿Y si aparece un loco con un hacha?

—Me ofrecería voluntaria para que me hiciese carne picada.

—¿Y si nos persiguiese una horda de zombis?

—Los entretendría para que pudieses escapar.

—¿Y si te infectasen y fueses tú la que me atacase?

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque nada ni nadie me impediría defenderte.

—Pero no serías tú. Estarías contagiada.

—Encontraría la manera.

—¿Y me defenderías?

—Lo haría. Siempre, en cualquier circunstancia, de cualquier cosa, animal o persona. Incluso de mí misma, enana. —La abrazo y beso su rubia coronilla.

Las sombras se disipan y la luz que impacta en mi cara espanta los fantasmas del pasado. Me detengo, coloco la mano a modo de visera sobre mis ojos, que parpadean desesperados ante la repentina claridad, y me empapo de la hermosa imagen que se despliega ante mí como una fotografía recién sacada de mi memoria. Los árboles han quedado atrás y la hierba, alta y espesa, tapiza cada centímetro de suelo. El agua fluye cristalina entre las rocas con un murmullo lento.

Como si el canto de una sirena me reclamase, camino hasta la orilla. Una lagartija perezosa duerme sobre una roca, acunada por los rayos del sol. No se inmuta cuando me siento sobre la cálida piedra. Observo el agua correr libre. El sol ha provocado que una ligera capa de transpiración cubra mi piel. La tentación resulta demasiado grande: me quito las Converse y deslizo los pies en el agua. Mi piel se eriza de inmediato; está más fría de lo que imaginaba. Pasados unos segundos, comienzo a acostumbrarme. Balanceo las piernas y el agua me hace cosquillas. sonrío y alzo la cara al cielo. Siento una felicidad que ya no recordaba y reconozco en mí un poquito de la antigua Vega. No me había dado cuenta de cuánto echo de menos esa versión de mí misma y me pregunto si todavía estaré a tiempo de recuperarla, si no se habrá perdido para siempre, y, lo más importante, si sabré hacerla volver. El tiempo lo dirá, pero creo que voy por buen camino.

Regreso a casa con una ligereza nueva en mis pasos y una pequeña sonrisa pintada en los labios, y con hambre, tanta que mi estómago ruge nada más atravesar el umbral. Como estoy sola, no me molesto en subir a la habitación. Coloco la bolsa con la cámara sobre la mesa del comedor y me

deshago de las zapatillas, que caen de cualquier manera a un lado del sofá. Descalza, me dirijo a la cocina. Adoro sentir el tacto suave de las baldosas bajo los pies. Abro la nevera, ahora llena de cosas ricas, y saco lo necesario para preparar una ensalada, que con tanto calor es lo que más apetece. Este tiempo no es normal para el mes de mayo. La humedad se pega a la piel como en pleno agosto; sin embargo, no me quejo: puede que incluso vuelva a Madrid con algo de moreno.

Enciendo la radio para que la música me haga compañía y al ritmo de *Forever Young*, de Alphaville, comienzo a cortar un tomate que huele a tomate de verdad, nada que ver con los que compro en el supermercado de al lado de casa. Se me ocurre que quizá la solución a todos mis males pase por mudarme a algún pueblo perdido siguiendo la nueva moda neorrural. Viviría en armonía con la naturaleza, cultivando mis propias hortalizas, con la compañía de unas cuantas gallinas y un perro. Suspiro. Supongo que en mi caso no funcionaría, porque sería una huida, y si de algo soy consciente es de que no se puede escapar de lo que llevas en tu interior.

# 11

## Robarte un beso

A pesar de que es martes, festivo y me encuentro a unos cientos de kilómetros de Madrid y de mi estudio, llevo, al menos, cinco horas delante del portátil. Borja dice que soy adicta al trabajo y no sé desconectar. Nunca lo reconocería con él delante, pero es probable que tenga algo de razón. La fotografía no es solo mi profesión, sino que forma parte de lo que soy. Por eso, en los apenas tres días y medio que llevo aquí, en la casa de la laguna, ya he instaurado mi pequeña rutina. No es algo que me haya impuesto; más bien he ido adoptándola de manera inconsciente en función de lo que me pide el cuerpo, y el primer punto pasa por prescindir del despertador. He redescubierto la sensación de despertarme con la caricia de los rayos de sol sobre la piel y creo que estoy volviéndome adicta. Nada de timbres estridentes. He desterrado el teléfono móvil de mi mesilla, lo que conlleva que no consiga abrir los ojos ningún día antes de las diez. Tampoco salto de la cama como si hubiese un incendio; me tomo mi tiempo para desperezarme y sentir la dulce tensión que devuelve a cada uno de mis músculos a la vida, antes de levantarme y pasarme mis buenos diez minutos bajo el agua caliente de la ducha. Los desayunos también son algo novedoso. Nada de beberme el café con leche de dos tragos y salir corriendo: todos los días preparo la mesa con esmero, lo cual quiere decir que coloco hasta un mantel, y me siento a disfrutar, sin prisa, de las tostadas y el café, arrullada por las viejas canciones que salen del transistor. Y tras todo ello, viene la parte más divertida, porque el resto de la mañana lo paso recorriendo los maravillosos rincones que la naturaleza esconde en los alrededores. Con la cámara a cuestas y una pequeña mochila, unas veces a pie y otras en coche, me pierdo por senderos, bosques y montes para hacer lo que más me gusta. Tengo que reconocer que estoy disfrutando de esta libertad inesperada, sin horarios ni obligaciones, casi como si de unas pequeñas vacaciones se tratase. No miro el reloj, vuelvo a

casa cuando el hambre o el cansancio me obligan y, tras echarme un rato la siesta, creo que no dormía tanto desde antes de aprender a andar, trabajo con el portátil unas horas.

Hoy se me ha ido el santo al cielo mientras repasaba una serie de fotografías y la espalda y los ojos me lo hacen notar. Inclino la cabeza en el sentido de los cuatro puntos cardinales y estiro los brazos hacia el techo. La luz que entra por los ventanales del salón ha perdido intensidad e imagino que no tardará mucho en ponerse el sol. Guardo los archivos con los que he estado trabajando y apago el ordenador.

Con los pies descalzos, como viene siendo costumbre, voy hasta la nevera. Estudio su contenido y decido que no me apetece nada de lo que veo. Lo que en realidad quiero es una copa de helado con tres bolas y mucha nata montada de las que preparan en la heladería del pueblo. Salivo como el perro de Paulov al imaginarla y, con el apremio que marca mi estómago, ni me molesto en cambiarme el vestido de algodón de rayas marineras, solo me calzo unas sandalias. Con el bolso en una mano y las llaves del coche en la otra, salgo de casa.

Recorro el trayecto con la ventanilla bajada. Los mechones sueltos de mi pelo se agitan y me hacen cosquillas en la cara. Lady Antebellum suenan por los altavoces. El sol se ha convertido en una esfera anaranjada y la imagen resulta de una belleza insuperable. No recuerdo haber visto nunca una puesta de sol que me deslumbre tanto como las que atesoro en mi memoria de este cielo infinito. Relajo las manos sobre el volante y comienzo a cantar.

El pueblo hoy parece más tranquilo y, aunque todavía un número de personas mayor del habitual llena las calles, ya se ven algunas mesas vacías en las terrazas de la plaza, señal de que los días festivos llegan a su fin. Las paso de largo y continúo calle abajo con un destino fijo; sin embargo, a mitad de camino escucho un rumor de música que me pinta una sonrisa en la boca y me obliga a detenerme. Miro hacia el lugar de donde proviene y, de forma espontánea, mis pies se ponen en marcha y en vez de continuar recto giran a la derecha.

Me sorprende que con la cantidad de tiempo que ha pasado siga habiendo un único *pub* en el pueblo y sea el mismo de siempre. Me detengo frente a la puerta y estudio el lugar. Reconozco la antigua fachada de madera,

ahora barnizada en un color más oscuro, y el cartel sobre el dintel de la puerta, que apostaría a que es el mismo de antaño. No podría decir la cantidad de noches de verano que habré pasado en el interior de este local. La puerta se abre, dejando escapar una ráfaga de música, y una pareja que no conozco sale al exterior. Dudo un segundo antes de dejar que la curiosidad me pueda.

Como me sucede con cada lugar que guarda algún significado para mí en este pueblo, cuando cruzo el umbral parece que hubiese vuelto atrás en el tiempo; todo continúa igual. La música española, la barra en ele, los taburetes de madera, las placas con marcas de cerveza que llenan las paredes, el billar en una esquina. Incluso los ojos llenos de cariño que me observan desde detrás de la barra y no se han apartado de mí desde que he aparecido por la puerta. Sin dejar de sonreír, camino hacia ellos. Alberto cruza los brazos sobre el pecho y me estudia con el ceño fruncido.

—Buenas tardes, forastera. Me recuerdas a alguien que conocí. —Hace una pequeña pausa y añade—: Menos mal que no eres ella.

—¿Y eso por qué? —pregunto sentándome en uno de los taburetes.

—Porque, entonces, tendría que echarte una buena bronca por desaparecer del mapa y olvidarte de los amigos.

—Pues sí va a ser una suerte que no sea esa forastera —respondo.

Nos aguantamos la mirada un segundo con la risa bailando en los labios antes de que Alberto salte, de manera literal, la barra y me envuelva en un abrazo de oso.

—¡Niña, dichosos los ojos! —dice cuando se separa—. Casi ni me lo creía cuando te he visto entrar. ¿Es que te has perdido camino a casa?

—Sí, doblé la esquina y aparecí a unos cientos de kilómetros de Madrid. Ambos reímos. Luego se sienta junto a mí y me mira serio.

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

—Sí, todo estupendo. Solo necesitaba aislarme unos días alejada del mundanal ruido.

—Pues has elegido el sitio adecuado. —Me guiña un ojo—. Porque mañana, a estas horas, quedaremos en el pueblo los cuatro gatos de siempre.

—No te quejes. Sé que te encanta.

—Qué te voy a decir, me va la vida tranquila. No entiendo cómo podéis

vivir en ese infierno de ruido y contaminación.

—¿Has oído el dicho «de Madrid al cielo»?—Bla, bla, bla. Eso es lo único que escucho cuando habla el orgullo madrileño.

Le dedico una mirada amonestadora y en respuesta me besa en la mejilla.

—¿Qué quieres tomar? Aprovecha para pedir antes de que te ate al taburete y te someta a un tercer grado en toda regla.

—Cerveza. Y te puedo hacer un resumen en pocas palabras. Fotógrafa, soltera, sin hijos y sin compromiso a la vista.

—¿Ningún secreto oscuro? ¿Unos quintillizos escondidos? ¿Un amante ruso?

Niego con la cabeza; no tiene sentido explicar que mi vida sentimental se puede definir en poco más que inexistente.

—Lo siento. Lo que ves es lo que hay.

—Siempre fue suficiente con eso. —Me pellizca la barbilla y regresa a su lugar detrás de la barra, esta vez, caminando como las personas normales.

Como nos encontramos solos, a excepción de un pequeño grupo que juega al billar, podemos aprovechar para charlar un buen rato entre cervezas y sonrisas mientras recordamos episodios compartidos de nuestra infancia y adolescencia. Alberto tiene una memoria prodigiosa para los momentos bochornosos y no deja títere con cabeza. Me duele el estómago. Creo que hacía años que no reía de esta manera.

Un ruidoso grupo de veinteañeros entra en el local y llama la atención de mi anfitrión, que se disculpa y acude a atenderlos. Me estoy secando las lágrimas, que todavía humedecen mis pestañas, cuando alguien se sienta a mi lado. Giro la cabeza y me topo con el perfil de Álvaro. Este pueblo empieza a parecerme más pequeño que nunca. Como no despego los labios, apoya los codos sobre la barra y dice con expresión ladina:

—Voy a pedir una cerveza. Estás a tiempo de salir corriendo.

Me lo he ganado. Reconozco que me he comportado como una adolescente inestable, pero, en mi defensa, he de decir que la noticia de la boda me ha sacudido con tanta fuerza que llevo semanas tratando de volver a tocar suelo. Hay heridas que nunca terminan de cerrarse y la piel bajo esa costra, que se arranca una y otra vez, se vuelve tan fina que hasta el más



mínimo roce te hace gritar.

Cuando Alberto se acerca con un botellín de cerveza abierto y lo coloca frente a Álvaro, le hago un gesto para que me ponga otro a mí. Mi vecino de taburete me mira de reojo y arquea una ceja, pero no dice nada. Según parece, la pelota ahora está en mi tejado.

—Tú también te has resistido a regresar a la jungla de asfalto —afirmo, por lo obvio de tenerlo sentado a mi lado. Con seguridad no es mi frase más original, pero espero que sirva para romper el hielo.

—Es lo bueno de no estar sujeto a un horario ni a un lugar fijo de trabajo.

Trato de imaginarlo con traje y corbata, confinado en una oficina de nueve a seis, y todo me chirría en esa composición, quizá porque Álvaro respira libertad. Son pequeños detalles. Puede que sea la pinta de macarra bohemio o su actitud, o más bien una mezcla de las dos cosas. Lo grita su costumbre de fruncir el ceño y observar sin pudor, como si estuviese analizando todo lo que mira; la seguridad con la que esboza su sonrisa canalla; el pelo, que no lleva largo ni corto y que juega a esconder sus ojos, o la camiseta desgastada de los Ramones.

Me mira con ojos entrecerrados.

—Dilo.

Empiezo a odiar ese exceso de intuición que me hace parecer transparente a sus ojos.

—No te pega nada el papel de ejecutivo agresivo.

Sus labios se curvan en una sonrisa abierta y un poco torcida.

—Te asombrarías. —Gira la botella entre sus dedos—. En realidad, estudié Administración y Dirección de Empresas; de hecho, llegué a trabajar durante varios años en una multinacional.

Me sorprenden tanto el dato como el hecho de no recordarlo.

—Me costó un tiempo decidirme a luchar por mis sueños. Salir de tu zona de confort, aunque sientas que no eres lo feliz que desearías, da mucho vértigo.

Sus ojos se enlazan con los míos y una extraña tensión nos envuelve.

—¿Quién quiere un chupito?

Alberto aparece con tres vasos, que coloca sobre la barra, y una botella

de tequila en la otra mano. La miro compungida. Últimamente existe una correlación preocupante entre el tequila, mi persona y las situaciones incómodas.

—Piensas demasiado. —Álvaro empuja el vaso hacia mí y coge el suyo.

—Por los reencuentros —dice Alberto.

—Por los reencuentros —repetimos y vaciamos el licor de un trago.

Dos lágrimas escapan de mis ojos a la vez que el líquido me arrasa la garganta. Entre aspavientos, busco la botella de cerveza y bebo un trago.

—El primero es el peor —asegura Alberto, que levanta la botella para llenar de nuevo los vasos.

Mi cara debe de ser un poema cuando extiendo la palma a toda velocidad para impedir que me sirva, porque los dos estallan en carcajadas.

—Quién te ha visto y quién te ve, Veguita —Alberto se burla y vuelve a marcharse con los vasos en una mano y la botella en la otra.

—¿Estás bien? —pregunta Álvaro.

—Sí. No es más que una pequeña incompatibilidad transitoria entre el tequila, mi sentido del ridículo y mi dignidad.

Levanta las cejas y sonrío burlón.

—Vaya, vaya. Estoy tentado de pedirle que deje la botella.

—Puedes hacerlo, pero te aseguro que yo no pienso tomar ni una gota más de esa bebida del infierno.

—Es una pena, porque te vuelves mucho más... accesible.

Y el tono en el que lo dice me pone sobre alerta.

—Otra botella de tequila, un cumpleaños...

—¡Para! No quiero saberlo. —Levanto un dedo admonitorio antes de que una palabra más salga de su boca. Álvaro lo envuelve con su palma y presiona con suavidad hasta que nuestras manos unidas reposan sobre la barra. Advierto unas leves manchas negras que tiñen su piel y supongo que serán restos de tinta. Observo los dedos largos, la palma ancha que cubre la mía. Es una mano fuerte, masculina. Sin embargo, adivino que también puede ser diestra y delicada. Antes de que me dé cuenta, la pregunta de qué será capaz de hacer Álvaro con esas manos cruza fugaz mi mente produciendo un cosquilleo inesperado en ciertas partes de mi anatomía.

—Te aseguro que no es tan malo como imaginas. —Mueve su pulgar

dos veces sobre el dorso de mi mano antes de retirar la suya y me descubro mirando el lugar como tonta—. Al menos, logré que no te subieras a bailar encima de la mesa del comedor.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla sin decir nada, aprieto los párpados y apoyo la frente contra la barra.

—No te preocupes, no creo que lo hubieras conseguido. —Sonríe—. Fue peor convencerte de que no te quitaras el vestido.

Lo miro con pánico.

—Te parecía muy buena idea darte un baño en la piscina.

—No quiero saber más. No sigas. —Lloriqueo y dejo que mi frente rebote contra la barra en una pequeña serie de suaves cabezazos.

—Para, vas a hacerte daño.

—Perfecto. Y si cae un rayo y me fulmina ahora mismo, mejor que mejor.

Coloca las manos sobre mis hombros y tira de mí hasta que vuelvo a sentarme erguida.

—Toma. —Me acerca la botella de cerveza y, cuando la cojo, choca la suya contra la mía—. Por dejarse llevar. Y, ahora, bebe.

—Dime que no hice nada bochornoso.

—Nada que yo no hubiese hecho, si te sirve. Estabas muy graciosa y bastante locuaz. Resulta interesante saber que piensas que me sobra pelo y soy demasiado guapo para meterme dentro de una categoría de la que no soy capaz de recordar el nombre, pero que, según me explicaste, son los tíos que tienen que dejarse barba para que les tape la cara y así no parecer tan feos. — Se lleva la botella a la boca, pero no consigue ocultar la sonrisa.

—Ya. He tenido suficiente.

—Venga, princesa. No fue para tanto. Te emborrachaste. ¿Y qué? Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Bailaste, reíste y me hiciste reír. Nos divertimos. No pasa nada por soltarse un poco de vez en cuando. — Se inclina hacia mí y retira un mechón de pelo, que sujeta tras mi oreja.

Contengo la respiración porque, de pronto, una escena muy parecida a esta escapa del agujero negro de mi memoria. Me recuerdo sentada en uno de los taburetes de mi cocina. Álvaro hace amago de alejarse para traerme agua, pero me tambaleo y me agarra de la cintura. Un bombardeo de emociones me

asalta al revivir el momento. La presión de sus manos sobre mi carne, la caricia cálida de su respiración, que choca en suaves oleadas contra la piel de mi rostro, y la humedad de sus labios. Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Te besé?! —La voz me sale en un chillido estrangulado.

Asiente con cara de inocente y una sonrisa enorme.

—Al parecer el grado de humillación al que soy capaz de someterme es infinito —musito avergonzada—. No sabes cuánto lo siento.

Se inclina y le resta unos cuantos centímetros a la distancia que nos separa.

—¿Por qué? ¿Me has oído quejarme?

No sé si se refiere al beso o al conjunto de mis actos en general, pero consigue que me sonroje. Nos miramos a los ojos, estamos cerca y respiro su olor. Un cosquilleo inquieto se instala en mi estómago.

—Creo que es hora de irme —murmuro—. Suficiente alcohol y —muevo la mano en un gesto nervioso— de todo por esta noche.

Sin apartar la mirada, Álvaro regresa a su posición inicial y me devuelve mi espacio personal, que estaba demasiado lleno de su mirada, su olor, su calor.

—¿No te tomas otra conmigo? —Lo pregunta con tono de niño bueno y una expresión de abandono que me hace reír. Niego con la cabeza y me pongo en pie.

—¿Algún día conseguiré que no te escapes?

—Hoy no lo hago. Solo me marchó —replico con suavidad y nos mantenemos la mirada unos segundos, antes de que me aleje con la esperanza de que me retenga y a la vez me deje ir, porque si insiste tendré que reconocer que quiero quedarme.

# 12

## Primeras veces (Álvaro)

La primera vez que la vi fue como si toda la fuerza de la gravedad del planeta se concentrase bajo mis pies y los mantuviese anclados al suelo. Allí estaba ella, preciosa y perfecta, con una sonrisa inocente en unos labios voluptuosos que no conseguía dejar de mirar. Parecía la versión siglo xxi de Blancanieves, con la melena negra suelta enmarcando un rostro de piel pálida e inmaculada, una jodida princesa sacada de un cuento. Incluso con la ceguera transitoria que ofrece la adolescencia para todo lo relacionado con los sentimientos, me di cuenta de que con un chasquido de dedos podría convertirse en mi punto débil. Jamás una chica me había impactado tanto y ninguna otra ha vuelto a hacerlo.

A mis dieciséis años, ya estaba acostumbrado a recibir la atención femenina sin buscarlo. Nunca le di demasiada importancia, siempre he sido más de preocuparme de la opinión que tengo de mí frente a cómo me ven los demás. Sin embargo, con Vega delante, por primera vez me pareció algo útil que podría explotar. Sonreí y esperé el momento en que nuestras miradas se cruzasen.

La primera lección real de humildad de mi vida la impartieron sus ojos de mar cuando pasaron sobre mí sin pena ni gloria y me di cuenta de que: 1) estaba jodido porque en solo un minuto había conseguido despertar en mí una curiosidad que preveía imparable, y 2) también estaba decepcionado. No supe cuánto de ambas hasta que la vi junto a Darío. Por primera y única vez en mi vida deseé ser otra persona, una a la que ella hubiese elegido, pero como nunca ha ido conmigo lo de dramatizar, ni siquiera cuando las hormonas me respaldaban para hacerlo, me lamenté en silencio por la mala suerte de no haberla conocido yo primero y me aparté.

Fueron años divertidos. Salí, entré, tuve novias, rollos y algunas otras experiencias que no caben en ninguna de esas categorías. Crecí, experimenté,

padecí algún leve desengaño, aprendí y disfruté. Nunca me enamoré.

Con el tiempo, descubrí que no solo no impresionaba a Vega, sino que la sacaba de sus casillas y, va a parecer extraño, me gustó. Creo que, de alguna forma retorcida, mi ego interpretó esa emoción como positiva; mejor eso que la indiferencia. Así que, durante unos años, me hice adicto a los rubores, las miradas de ojos entrecerrados y sus mohines de fastidio. Nunca supe si ella no sabía disimular o yo, a fuerza de observarla, había conseguido leerla como un libro abierto.

Cuando Darío, al fin, me confirmó que sentía interés por Vega, me alegré por ellos; no de inmediato, pero sí justo después de los dos minutos que tardé en lamentarme, por segunda vez en mi vida, de mi mala suerte por no haberla conocido antes y mi cabeza en recordarme el tiempo transcurrido desde entonces. Ese fue el último verano que coincidimos todos juntos en el pueblo. Nunca más volví a ver allí a Vega.

La primera vez que quise golpear a mi mejor amigo fue por ella. No lo hice, por supuesto; me conformé con utilizar todos los insultos que fui capaz de recordar y tener una de las conversaciones más serias de todas las que Darío y yo habíamos mantenido y mantendríamos. No me corresponde a mí juzgar sus motivos; solo quise asegurarme de que había sido una decisión meditada y que nadie sufriría, de forma innecesaria, más daño del que ya estaba hecho.

Después de eso, Vega salió de mi vida como había entrado: de golpe y de la mano de Darío, y poco a poco fue convirtiéndose en un recuerdo.

En los siguientes años estudié, trabajé, me perdí, me encontré, me marché de casa con la idea de perseguir mis sueños y los alcancé. También me enamoré. De pies a cabeza, con la inconsciencia del que lo hace por primera vez. Y sufrí cuando todo se fue a la mierda. O ella lo mandó allí, porque decidió que era otro y no yo quien la convenía. Emociones feas, dolorosas y tan intensas que dejaron un rastro indeleble. Y lo superé. Me rehíce y continué con mi vida, mi trabajo, mis amigos, los polvos de una noche y las relaciones de unos pocos meses. Disfruté y volví a enamorarme, esta vez de una forma más serena y sosegada, quizá demasiado, pues la ruptura más que dolorosa fue triste por no poder conservarnos el uno al otro; nos desgastamos a fuerza de rutina y la única manera que encontramos de no

perdernos del todo fue a través de la amistad, una sana y sincera que alimentamos, mimamos y mantenemos a base de sinceridad y cariño.

Después de todo lo vivido, ahora me encuentro en un momento de paréntesis. Tengo decisiones importantes que tomar que afectarán a mi vida y por eso he vuelto a España. Necesito tomar distancia y descansar para verlo con mayor perspectiva, regresar a mis raíces y disfrutar del cariño de mi familia y amigos mientras tanto.

Observo sus caderas balancearse bajo el vestido mientras se aleja y siento que la ley de la gravedad vuelve a hacer de las suyas. Abre la puerta y espero a que sus ojos cumplan esta nueva costumbre, de la que apostaría que no llega a ser consciente, y me busquen de esa manera entre curiosa y confundida en la que lo hacen. La veo dudar un instante y luego atisbar sobre su hombro para dedicarme una última mirada y una sonrisa. Y menuda sonrisa, de las que le suben hasta los ojos y los transforman en dos estrellas fugaces (y te hacen pensar comparaciones *moñas* que nunca osarías pronunciar delante de tus amigos), de las que recuerdo en sus labios hace una eternidad, de las que me gustaría verle en una cama con las sábanas revueltas. Mierda. El recuerdo de su boca contra la mía provoca estragos en zonas de mi anatomía que parecen tener vida propia. Me acomodo sobre el taburete, me aparto el pelo de los ojos y mis labios se curvan sin que pueda ni quiera evitarlo. Al parecer, hay cosas que no cambian, y que Vega se convierta en mi punto débil con solo una mirada debe de ser una de ellas. Después de tantos años, me bastó con observarla durante un minuto perdida entre las fotografías que adornan la pared de su habitación para darme cuenta de dos cosas: que sigue siendo preciosa, incluso más que antes, y que estoy jodido, porque la curiosidad imparable que despierta en mí continúa intacta, más en días como hoy en los que me deja vislumbrar la luz que siempre fue su seña de identidad, esa luz que ahora permanece velada y a ratos oculta y que me muero por ver brillar sin barreras.

—Bien jodido —murmuro tras una carcajada resignada.

—¿Dices algo, tío? —pregunta Alberto, que pasa por delante con una botella de ron Brugal en la mano.

Niego con la cabeza y le hago un gesto para que me cobre. Dicen que la curiosidad mató al gato y puede que sea cierto; todos sabemos que el

refranero popular es muy sabio. Por otra parte, está también lo de que quien no arriesga no gana. Siempre me sonó mejor el segundo y ahora más que nunca, porque me muero de ganas de verla divertirse, averiguar qué la hace reír a carcajadas y dejar de lado esa tristeza que a veces asoma a sus ojos.



# 13

## Una visita inesperada

Me despierto enredada en las sábanas con una losa de angustia sobre el pecho. Solo ha sido una pesadilla; sin embargo, la sensación de pérdida resulta tan real que asusta. Me froto los ojos y achaco el desbarajuste onírico a haberme acostado solo con unas cuantas cervezas y un chupito en el estómago. Me digo que tengo que dejar de beber alcohol por el bien de mi cordura.

La cara que me devuelve el espejo del cuarto de baño, por el contrario, no refleja ni un ápice del desbarajuste mental de la noche; excepto por unas leves bolsas bajo los ojos, que en el último año he asumido que son marca de la casa, me encuentro guapa, como hace mucho que no lo hacía. Mi piel se ve tersa y con luz, y el sol ha acentuado las pecas que me salpican la nariz y coloreado mis mejillas. Mi abuela diría que tengo cara de salud y para ella eso va de la mano de la tranquilidad interior. Sonrío a la Vega que me mira desde la superficie pulida de cristal. Observo cómo se curvan mis labios, todavía hinchados por las horas de sueño, y presiono dos dedos contra ellos. Pienso en Álvaro y, sin saber cómo, de pronto, me encuentro tratando de rescatar las sensaciones imprecisas que flotan en mi memoria: la presión de su boca contra la mía, el sabor de su saliva. Frustrada, me digo que ni siquiera recuerdo si me devolvió el beso.

Parpadeo un par de veces saliendo de mi ensueño y gruño enfadada cuando me doy cuenta del rumbo que han tomado mis pensamientos. No sé en qué realidad paralela he empezado a formar parte de la legión de *fans* que va dejando Álvaro a su paso; lo que sí sé es que no va conmigo.

Me deshago a tirones del pijama y la ropa interior, entro en la ducha y acciono el grifo, que deja caer un chorro de agua helada sobre mí. La impresión me hace chillar, pero consigue mi objetivo, que no es otro que sacar a Álvaro fuera de mi cabeza.

Entro en la habitación con el pelo goteando sobre la piel desnuda de mi espalda. Aunque no es ni mediodía, un calor denso y pegajoso flota en el ambiente y presagia una jornada de bochorno. Demasiados grados para esta primavera con tintes de verano. Abro el armario y elijo un vestido vaporoso de algodón que deslizo sobre mi cuerpo y, con el pelo suelto y los pies descalzos, bajo las escaleras.

Lo primero que hago al entrar en la cocina es abrir las ventanas de par en par con la esperanza de crear algo de corriente, que el aire se mueva un poco y enfríe el ambiente. Luego pongo la cafetera al fuego, enciendo la radio y me concentro en preparar las tostadas mientras tarareo las canciones que hoy le ponen banda sonora a la mañana. Un timbre estridente se eleva sobre la música que llena la cocina y doy un salto que casi consigue que me eche el tomate con aceite por encima. Tardo un par de segundos en comprender que es mi teléfono, olvidado hace días sobre el aparador del recibidor. Apoyo el cuenco sobre la encimera de mármol y corro. Llego a tiempo de cogerlo antes de que se corte la llamada.

—Bueno días, bomboncito.

Me sorprende que haya cobertura y, a pesar de que no es muy buena, imagino que debemos darle las gracias a la torre de telefonía con la que me topé en una de mis excursiones días atrás. Aunque entrecortada, distingo la voz de Carol.

—Espero que no tengas planes para hoy, porque voy en un autocar camino de ese pueblo en medio de la nada en el que te ha dado por perderte, y tienes que venir a buscarme. —Lo dice de un tirón, sin parar a coger aire.

—¿Cómo?

—Tengo el día libre y te echo de menos.

Su voz va y viene. Insistimos, pero es imposible mantener una conversación; al final, garabateo rápido en un papel la hora de llegada y nos despedimos con la promesa de encontrarnos en un rato.

Dos horas después, espero parada en la acera de la estación de autobuses a que mi amiga se decida a abandonar su asiento. Casi todos los pasajeros han bajado ya, pero ella, a pesar de encontrarse sentada en una de las primeras filas, todavía no se ha movido. Comienzo a preocuparme conociendo su tendencia a marearse y me siento tentada de acercarme cuando, al fin, la veo

ponerse en pie y bajar las escaleras. Lo que me sorprende es que no lo hace sola. Baja seguida por un chico que no conozco: cerca del metro ochenta, pelo castaño y liso, delgado. No distingo mucho más en la distancia, pero en conjunto parece mono. Hablan durante un par de minutos y se despiden con dos besos antes de que Carol se gire y venga directa hacia mí. Cuando la tengo delante, la euforia por vernos toma el control y nos abrazamos con fuerza.

—No recordaba lo lejos que está esto.

—Pues no parecía que tuvieras muchas ganas de bajar del autocar. ¿Quién es él?

Sus ojos se iluminan y esboza una sonrisa coqueta.

—Se llama Mario, tiene familia en un pueblo por aquí al lado y hemos quedado para tomar algo esta noche.

—Vaya, pues sí que te ha cundido el viaje.

—No te importa, ¿verdad? —Me pone ojitos y me río.

—Claro que no, tontina, pero si os ponéis cariñosos me largo, que ya no tengo edad para sujetar velas.

Entrelaza su brazo con el mío y nos dirigimos al coche.

—¿Y tú qué tal por aquí?

—Tranquila.

—Pues te sienta bien, porque estás guapa.

Desbloqueo las puertas con el mando y abro el maletero. Carol levanta un *trolley* que no te dejarían llevar en la cabina de ningún avión y lo coloca dentro.

—¿Cuántos días dices que te quedas?

Me saca la lengua y, acompañada de mi risa, abre la puerta del copiloto.

Tardamos quince minutos en llegar y cuando aparco el coche frente a la casa, Carolina mira con los ojos muy abiertos lo que la rodea.

—Guau. No la recordaba así, tan bonita.

Saco la llave del contacto y abro la puerta.

—Hace diez años que no vienes. —Me acuerdo porque estaba sentada junto a mí el día en que Darío y yo nos besamos por primera vez. Suspiro.

Entramos y, a medida que caminamos hacia las escaleras, voy refrescándole dónde se encuentra cada estancia. La habitación de invitados

ocupa el único cuarto abuhardillado de toda la casa.

—¿Ves? De esto sí que me acuerdo. —Señala el ventanal en el techo desde el que, por las noches, si abres la persiana, se pueden observar las estrellas.

Nos tumbamos en la cama y contemplamos las nubes algodonosas que adornan el cielo.

—¿Qué te apetece hacer?

—Ponerme un bikini y tumbarme al sol, a ver si dejo de parecer la hermana rubia de Morticia Adams.

Nuestras risas llenan la habitación y traen de vuelta buenos recuerdos que quiero que se queden conmigo.

Una hora después, me estiro sobre una toalla bajo la ardiente caricia del sol. Observo a Carol: lleva en la misma postura desde que hemos llegado a la laguna. La empujo con un dedo, pero no se mueve.

—Carol —susurro.

—¿Qué? —Una voz de ultratumba sale desde debajo del sombrero que le cubre la cara.

—Tengo que ir a hacer pis.

—Pues hazlo.

—Voy a tardar un rato, el chiringuito está a un paseo.

—¿Y no puedes hacerlo en el agua, como todo el mundo?

La pellizco y se revuelve.

—No. Y tú tampoco.

—Vale, ¿quieres que te acompañe?

—No, no hace falta. Solo quería avisarte de que te quedas sola.

Hace un gesto vago con la mano y vuelve a convertirse en una estatua.

Camino por la orilla y el agua me moja los pies. Me alegra que Carol haya venido, le añade un punto de color a todo lo que la rodea. Me admira su forma plantearse la vida y me da tranquilidad. La toma con calma, con la creencia de que todo pasa y todo llega si le das su debido tiempo; ese es su lema. Desde su ruptura con su ex, un idiota de tomo y lomo que estuvo engañándola durante un año con la que ahora es su mujer, he pensado muchas

veces en tratar de emparejarla con Borja; sin embargo, me ha demostrado que es muy capaz de velar por sus intereses a nivel emocional. Como muestra un botón o, lo que es lo mismo, el chico del autobús.

Cuando regreso, Carol ha abandonado la postura de estatua y la encuentro sentada, con la mirada al frente, parapetada tras sus gafas de sol. Me dejo caer sobre la toalla a su lado y le pongo una botella de agua en el regazo.

—Gracias, eres un amor.

—Lo sé y no hay de qué. —Me apoyo sobre los antebrazos y levanto la cara para recibir los rayos del sol.

—Vega.

—Uhm...

—¿Ese que está ahí no es Álvaro?

Abro los ojos y sigo la mirada de mi amiga hasta que, en efecto, me topo con el perfil de Álvaro. Habla con un chico junto a la caseta de alquiler de *kayaks* y no nos ha visto. Un cosquilleo, que no me paro a analizar, burbujea en mi estómago ante su inesperada presencia.

—Sí.

—Pues explícame tú si es que el aire de este pueblo lo mejora todo, porque mis recuerdos no le hacen justicia —asegura mi amiga, que se ha levantado las gafas de sol y estudia cada milímetro de piel que el bañador verde, que se pega a sus muslos, no cubre.

Lo observo mientras, ajeno a nuestro escrutinio, sonrío y se echa el pelo húmedo para atrás con las dos manos. Parpadeo varias veces, sorprendida cuando me doy cuenta de que me lo estoy comiendo con los ojos; a excepción del anuncio de Dolce & Gabbana en el que aparece David Ghandy en bañador, es la primera vez que me ocurre; mi estilo es más la típica mirada disimulada de «qué chico más mono». A pesar de ello, no desvío la vista. Ninguna lo hacemos.

—Solo una duda.

—Dime —murmuro.

—¿Cómo te ha podido pasar desapercibido un tío así durante todos estos años?

Cojo aire y niego despacio con la cabeza. A pesar de que siempre he

sabido que Álvaro le resultaba atractivo al resto del sexo femenino y puede que incluso al masculino, para mí este hecho siempre supuso un misterio sin resolver. Ahora lo que me parece un enigma es no haber sido capaz de ver lo sexi que es en realidad, más todavía porque ni siquiera lo intenta, sino que resulta algo natural en sus movimientos, sus gestos y expresiones, la manera que tiene de mirar y la seguridad que acompaña a cada cosa. Tal vez el problema no estaba en él y sí en mi nula capacidad para ver a mi alrededor, y en el reducido mundo que yo sola creé, en el que solo había cabida para Darío y mis sentimientos hacia él. Me doy cuenta de que quizá esos sentimientos constituyeran una cárcel de oro en la que me encerré y me pregunto cuánto habré sacrificado por el camino.

—¿Y qué te parece ahora?

Hasta ahora he evitado hacerme esa pregunta. Si no lo conociera de nada, puede que su físico me atrajese e, incluso, me pareciera divertido o hasta amable. Sin embargo, es Álvaro y la desconfianza innata que me provocaba todavía aflora sin control.

—No sé qué contestarte. Es guapo, sí, pero una cara bonita no lo es todo.

—Y un cuerpo, no puedes olvidarte de ese cuerpo —apunta.

Le doy un codazo para que no señale, me devuelve un pellizco y rompemos a reír.

—Vale, una cara y un cuerpo bonitos no lo son todo —recalco con una sonrisa—. Yo busco más, alguien que me sostenga, que me haga reír y que esté a mi lado siempre, que se comprometa. Y Álvaro no es de los que se quedan.

—Nena, tú lo que quieres es enamorarte, curar un desamor con otro nuevo amor, y no funciona así.

—No, yo lo que quiero es alguien en quien pueda confiar.

—A ver, que tampoco te estoy diciendo que te plantees una vida de futuro con él. ¿Por qué no experimentas, te diviertes y punto?

Me encojo de hombros.

—No me van los rollos de una noche.

—Vale.

Doy la conversación por terminada y me tumbo bocabajo para que me

dé el sol en la espalda. Entierro la cara entre los brazos y cierro los ojos. Nadie puede culparme por querer buscar una certeza antes de exponer de nuevo mis sentimientos.

Un instante después, escucho a Carol ponerse en pie y alejarse hacia la orilla. A pesar del calor, el agua está fría y me giro para reírme un rato a costa de mi amiga y sus aspavientos cuando lo descubra. Oteo entre las pocas personas que se encuentran junto a la laguna, pero no la encuentro. Miro a mi alrededor y el corazón me salta en el pecho cuando la descubro charlando con Álvaro. Los veo sonreír e incluso, en un momento dado, Carol me señala. Me pregunto de qué hablarán. Dudo si debo unirme a ellos. Álvaro mira hacia mí y me saluda con una inclinación de cabeza, pero no se acerca. Me molesta que no lo haga y en un arrebato bastante adolescente, que no sé de dónde sale, me tumbo de nuevo y simulo que los ignoro, aunque me muero por levantarme e ir a su encuentro.

A los pocos minutos, Carol regresa y se tumba junto a mí. Espero, más ansiosa de lo que me gusta reconocer, a que me cuente de qué han hablado. La observo de reojo mientras toma despreocupada el sol con los ojos cerrados. El tiempo pasa y llego a la conclusión de que no piensa decir ni una palabra. Como no soy capaz de morderme la lengua ni un segundo más, pregunto yo.

—¿Qué? ¿Conspirando con el enemigo?

—Mira que eres dramática. —Esboza una sonrisita sin abandonar su postura—. Si quieres saber algo, solo tienes que preguntarlo.

La estudio con los ojos entrecerrados. La conozco suficiente para saber que está disfrutando y no va a ceder. Me tumbo de nuevo con la cara sobre los antebrazos. «Diez, veinticinco...».

—Vale, tú ganas. —Me siento de un salto y cruzo los brazos sobre el pecho.

La sonrisa de Carol se ensancha.

—Hemos quedado esta noche.

—¡¿Cómo?!

—Que ya tienes acompañante para no sentirte una... ¿sujetavelas, dijiste?

La miro atónita. No sé si enfadarme con ella o comérmela a besos,

porque no puedo ignorar el cosquilleo de expectación que me recorre el estómago.

—Eres una lianta.

Hace un mohín y se encoge de hombros.

—Yo solo he hablado de tomar unas cervezas. El resto es cosa tuya. —  
Me guiña un ojo y se coloca el sombrero sobre la cara para volver a su estado inicial de semiinconsciencia, mientras yo doy vueltas en la cabeza a las posibilidades a las que ha abierto la puerta.



## Te doy media noche

Cuando entro en la habitación, Carol está terminando de aplicarse el rímel. Desliza despacio el cepillo, dos veces seguidas, por las espesas pestañas que le enmarcan los ojos, lo introduce en el bote y lo coloca sobre el tocador antes de darse la vuelta y mirarme.

—Guau. Estás cañón, cielo.

Llevo un vestido largo palabra de honor en tonos azules que acentúa el color de mis ojos, conjuntado con unas cuñas de esparto, y me he dejado el pelo suelto en ondas suaves sobre la espalda. No me he puesto maquillaje, solo un poco de máscara de pestañas y el sol ha hecho el resto; parezco más joven y, sí, también me veo guapa. Me he esmerado más de lo habitual, aunque me autoengaño diciéndome que solo lo he hecho por sentirme bien conmigo misma, porque trato de convencerme de que no tengo ninguna intención de acercarme a Álvaro y no quiero complicarme la vida con historias que no van a ningún sitio. Sin embargo, y he aquí la dualidad en la que me muevo, un principio de curiosidad acerca de cómo sería tenerlo en distancias cortas asoma tímido cuando bajo la guardia.

Salimos de casa con diez minutos de retraso, lo habitual cuando Carolina entra en la ecuación, y, aunque la conozco, sé que la puntualidad y mi amiga son incompatibles, y además es ella quien tiene la cita. Conduzco agobiada y sin quitar ojo al reloj del salpicadero mientras la escucho tararear feliz, con la vista fija en el paisaje que se ve a través la ventanilla.

El sitio en el que hemos quedado con Mario es un restaurante nuevo que han abierto en la plaza. Se llama Zabor y la única palabra que se me ocurre para definirlo es *cuco*, bastante diferente a lo que se estila por aquí. No nos cuesta encontrarlo sentado solo, con una cerveza que apoya sobre la mesa en el instante que nos ve. Cuando nos acercamos, se levanta y nos saluda con dos besos a cada una antes de preguntarnos qué queremos tomar.

En el primer vistazo ratifico mi apreciación inicial. Mario es mono, muy mono. Mono de manual: no muy alto, pero con buen cuerpo; con los ojos castaños, pero bordeados de unas pestañas muy espesas y oscuras; con una boca bonita y una sonrisa entre traviesa y aniñada. Por eso no me extraña el brillo que detecto en las pupilas de Carol cuando lo mira. Además, parece que conectan, se los ve cómodos en su conversación, una en la que yo participo poco, porque no dejo de mirar alrededor mientras busco una cara conocida, sin éxito, ya que no hay rastro de Álvaro.

Mario es un encanto y la cena resulta amena; sin embargo, no consigo relajarme. Cuando llegan los cafés, la anticipación que me apretaba el estómago se ha convertido en enfado, uno que me hace querer darme de cabezazos contra la pared por permitir que Carol me enrede con su palabrería para luego terminar sintiéndome tonta de remate, como ahora mismo, y a la vez imaginar todas las formas de tortura posibles que podría infligirle a Álvaro por haberlo provocado dándome plantón.

Decido que la noche ya ha durado demasiado para mí y cuando la futura pareja, porque estoy segura de que de aquí saldrá algo, propone que nos sentemos en una de las terrazas para tomar una copa, pongo una excusa, recojo mi dignidad herida y me despido para darles la privacidad que sus gestos piden a gritos, aunque no sean conscientes de ello.

Cruzo la plaza a paso rápido en dirección a la calle donde he aparcado, con ganas de llegar a casa, cambiarme el vestido y las cuñas por una camiseta cómoda y olvidarme de todo con un libro entre las manos, con seguridad un *thriller* sangriento, que es el tipo de lectura que combina mejor con mi estado de ánimo. Doblo la esquina con la vista fija en el interior de mi bolso en busca de las llaves del coche y me empotro, de forma literal (mi cara queda aplastada contra su pecho), con la persona que viene a toda prisa en dirección contraria.

—Joder... —mascullo molesta por la tendencia que tengo desde niña a chocarme con otros peatones en los momentos más inoportunos.

—Tenemos que dejar de vernos así.

Alzo la mirada y me encuentro con el rostro sonriente de Álvaro a solo unos centímetros del mío. Mis ojos se congelan en sus labios y durante unos segundos me olvido de todo, hasta del enfado.

—¿Te vas? —Arruga la frente, confuso, mientras observa la llave del coche, que sujeto en la mano.

—Yo... —Trato de disimular mi disgusto; tampoco es que tenga un motivo lógico para sentirme ofendida—, me duele un poco la cabeza —termino con una verdad a medias, porque tengo una leve jaqueca provocada por su ausencia y mi tendencia a formularme preguntas en bucle para las que no tengo respuesta.

—No, lo entiendo. Llego tardísimo. Hemos tenido que esperar al cirujano plástico...

Pestañeo mucho y muy rápido.

—Sí, ya sabes, para que le quede la menor cicatriz posible; la brecha está en medio de la frente. Cuando te mandé el mensaje todavía no lo sabíamos.

Abro el bolso, rebusco entre el millón de cosas que lo llenan y saco el teléfono. El globo rojo en la pantalla me advierte de que tengo mensajes sin leer. Consulto los chats y *voilà*, allí está.

*«Me parece que voy a retrasarme. Mi sobrino se ha caído y tienen que darle puntos. Voy volando en cuanto los deje en casa. Lo siento. Un beso».*

Solo letras. Sin emoticonos.

Sonrío compungida, me siento un poco culpable.

—No lo había visto. Dentro del bolso no he escuchado el aviso. —Tampoco se me ocurrió mirar el móvil ni contemplar la posibilidad de que algo ajeno a su voluntad le hubiese impedido venir—. ¿Y cómo está? Tu sobrino, me refiero.

—Bien, tiene la cabeza dura —dice con desenfado y luego me mira—. Y ya que hablamos de cabezas, tengo un remedio infalible para la tuya, si es que no te vas, claro. —Se inclina hacia mí y el flequillo le cae sobre la frente. Se lo aparta con la palma abierta en un gesto muy masculino—. ¿Qué me dices?

Vacilo, no porque no sepa la respuesta, sería hipócrita fingir que no me apetece hacer cualquier cosa que me proponga cuando llevo toda la noche esperando a que aparezca, sino porque de pronto nos veo con otros ojos, unos que buscan indicios que crean expectativas.

—¿Ese remedio tuyo incluye alcohol?

—No. Solos tú y yo, sin aditivos.

No lo dice en un susurro, ni siquiera se encuentra suficientemente cerca para que el aire que escapa de su boca me roce la piel y, a pesar de ello, la noto erizarse con cada palabra. Descaradas y traicioneras expectativas.

A pesar de que nos cuesta ponernos de acuerdo en la logística para trasladarnos, pues Álvaro ha venido en moto y yo me niego a que todo el pueblo me vea pasearme con la falda remangada enseñando las vergüenzas, terminamos cediendo un poco cada uno y resolvemos llevar mi coche a casa y desde allí ir a pie.

—Estás muy callada. Al final, voy a arrepentirme de no haber traído el tequila.

Caminamos por uno de los senderos que bordean la laguna. Se escucha el cantar constante de los grillos y la luz de la luna se filtra entre las copas de los árboles e ilumina la pista de tierra.

—¿Piensas recordarme esa noche durante mucho tiempo?

—El suficiente para que deje de avergonzarte.

—Tener sentido del ridículo no es nada malo.

—Sí, si te impide ser tu misma y divertirse.

—¿Y quién dice que no me divierto? —respondo a la defensiva; empiezo a hartarme del dichoso verbo.

—¿Lo haces? Perfecto, demuéstalo. Imagina que cualquier cosa que sucediera esta noche cuando saliese el sol se borrara como si no hubiera ocurrido.

—¿Me estás vendiendo el argumento de alguna de tus historias?

—Ya sabes, deformación profesional. Pero no te desvíes y contesta.

—Esto es una chorrada.

—Puede; sin embargo, sigues sin contestarme. ¿Qué harías?

«Dar la vuelta por donde hemos venido hasta llegar a mi cama y terminar lo que empecé con aquel beso». La idea aparece sola, como por arte de magia, brillando con luces de neón en mi cabeza.

—¿Y bien? ¿Ya se te ha ocurrido algo? —Me estudia con los ojos entrecerrados y sonrío.

Canalla lee mentes...

—En realidad, sí.

Se acerca un paso.

—Puedes decírmelo al oído si te avergüenza —se burla—, aunque ten presente que mañana no nos acordaremos.

Me elevo un poco sobre las puntas de mis zapatos, una de sus manos se apoya en mi cintura y susurro pegada a su oreja:

—Prefiero demostrártelo —respondo sin amilanarme. A este juego podemos jugar dos.

—Tú mandas, princesa —y pronuncia el apelativo de tal manera que pasa de sonarme ofensivo a íntimo y cálido.

Nos ponemos en marcha de nuevo. Álvaro no pregunta, pero sus ojos se posan sobre mí cada pocos pasos. Caminamos unos metros y el claro que forma la playa aparece iluminado por la luna.

—Por aquí —anuncio y antes de alcanzarlo nos desviamos a la izquierda. Álvaro me mira con las cejas alzadas, claramente intrigado, pero sigue mis indicaciones sin rechistar.

—Ya hemos llegado.

Todos los veleros de alquiler, ahora que la tienda se encuentra cerrada, se alinean amarrados frente a nosotros.

—Quiero ir a contar estrellas. —Y señalo un punto indeterminado dentro de la laguna.

Álvaro me mira con una sorpresa genuina pintada en la cara, se pasa la palma abierta por el mentón y suelta una carcajada.

—Vaya, eres una caja de sorpresas. Si llego a saber que ahí dentro escondes una delincuente en potencia, me lo hubiera pensado dos veces antes de hacerte la propuesta.

—Dijiste que podía elegir lo que quisiera y quiero esto. —Me encojo de hombros.

Desde que era una niña me he preguntado cómo sería dejarse mecer por la marea bajo un cielo plagado de estrellas igual que el de esta noche, y aunque la idea ha empezado como un juego de distracción, ahora que estamos aquí no quiero echarme atrás.

—Vale, lo dices en serio.

Asiento. Nos mantenemos la mirada un instante y una sonrisa se abre paso con lentitud en el rostro de Álvaro hasta cruzarlo de lado a lado.

—Está bien, entonces vamos allá. —Me tiende la mano con la palma hacia arriba. La observo un segundo antes de entrelazar nuestros dedos sin poder contener una sonrisa inmensa que combina de maravilla con la suya—. Eso sí, si nos pillan, pienso delatarte a la primera oportunidad. —Se afianza en la cubierta y tira de mí para ayudarme a subir.

—¿Serías capaz? —Mis pies se posan en el suelo de la pequeña embarcación.

—Nunca. —Su pulgar acaricia mi pómulo. Me quedo muy quieta—. Además, ¿quién me creería al ver tu cara de ángel? —Me guiña un ojo, se aleja para soltar las amarras y, despacio, dejo escapar el aire que no sabía que retenía.

Álvaro me da indicaciones y se mueve por el barco como un experto, y a pesar de que le he visto hacerlo decenas de veces junto a Darío, esta noche no me parece igual; de hecho, todo me resulta diferente desde que nos reencontramos en la fiesta de cumpleaños, es como mirar dos imágenes de «busca las siete diferencias» donde se esconden detalles que, hasta ahora, me habían pasado inadvertidos y dejan una sensación cálida en mi interior a medida que voy descubriéndolos.

Poco a poco nos alejamos de tierra. Lo hacemos en un silencio cómodo, acompañados del rumor del agua al abrirnos paso. Nos detenemos cuando no somos capaces de distinguir la orilla. La oscuridad, solo mitigada por la luz de una luna enorme que reina en la altura rodeada de miles de puntitos brillantes, hace que el cielo y la laguna se fusionen en uno solo. Me doy cuenta de que nos encontramos en medio de la nada, rodeados de agua, y un leve temor apaga un poco la euforia inicial. La suave brisa atraviesa la tela de mi vestido. Me abrazo el cuerpo.

—¿Tienes frío?

—Un poco, creo que no he traído la ropa adecuada para navegar — bromeo.

—Espera un momento. —Álvaro abre una especie de arcón y saca dos mantas. Extiende una en el suelo y se tumba sobre ella—. Ven aquí.

Me acerco y me tiendo junto a él, que nos tapa con la otra manta.

—¿Qué tal así?

El espacio es reducido y nuestros cuerpos se tocan. Siento el calor de su

piel traspasando la mía. Suspiro.

—Mucho mejor.

—Me alegro. Y ahora, mira arriba.

La imagen resulta tan sobrecogedora y hermosa a la vez que el miedo se esfuma y una sensación de calma lo sustituye. Todo desaparece y solo queda espacio para nosotros y el cielo infinito.

Permanecemos en silencio, arrullados por el sonido del agua al chocar contra el casco. Tras un rato, empiezo a notar la dureza del suelo y me remuevo incómoda en busca de una postura que no torture mi espalda. Álvaro lo nota, pasa el brazo bajo mi cuello y me atrae hacia su cuerpo. Me resulta tan natural que me coloco de lado y me recuesto sobre su pecho. Su olor. Inspiro para llenarme de él. Sin duda, se ha convertido en uno de mis preferidos en el mundo, porque Álvaro me huele a libertad, a ganas, a mariposas en el estómago y cosquillas en la piel.

Algo cambia de manera sutil en el ambiente. Su nariz acaricia mi pelo y sus dedos trazan círculos sobre mi cuello y espalda desnudos. Mi cuerpo reacciona a sus caricias. Se despierta con cada terminación nerviosa alerta, ansiosa de su contacto. Mi mano se cuela bajo su camiseta y, con timidez, recorre su abdomen. Los dedos de su otra mano aprietan mi cintura y su pecho sube y baja con rapidez. Siento como los límites se desdibujan, y no me importa.

Alzo el rostro y nuestros ojos se encuentran. Los suyos bajan hasta mis labios y solo puedo pensar que quiero que los sustituya por su boca. Nuestras respiraciones agitadas se mezclan y descubro que Álvaro también huele a besos, a besos por dar, que descubrir y amontonar. Las ganas me pueden y, cuando inclina la cabeza, mis labios se entreabren en una clara invitación. Cierro los ojos y un segundo después sus labios se posan sobre mi frente.

Siento el beso como una bofetada, reconozco el sabor amargo del rechazo y la humillación. La burbuja ha explotado por sorpresa y me ha lanzado contra el suelo a toda velocidad. Me deshago de su abrazo y me incorporo con brusquedad.

—Vega...

—Se ha hecho tarde. Deberíamos marcharnos. —Mantengo una expresión neutra y me pongo en pie. Álvaro me imita.

—No te enfades, deja que me explique.

—No hay nada que explicar. —Recojo las mantas y me entretengo en doblarlas para evitar su mirada—. Las ilusiones pueden llegar a confundir y llevarte a lugares donde nunca pensarías ir en el mundo real. —Lo digo con una sonrisa y una seguridad e indiferencia que me encuentro lejos de sentir.

Álvaro me observa con una expresión indescifrable. Le sostengo la mirada sin titubear hasta que asiente y comienza a maniobrar para llevarnos de regreso a tierra firme.

Navegamos en un silencio tenso y tampoco hablamos en el camino de regreso. Para cuando nos detenemos frente a la casa, solo quiero entrar, perder a Álvaro de vista y olvidarme del bocado de realidad que me amarga en la lengua con sabor a desilusión. Estoy a punto de despedirme y dar media vuelta cuando un dedo sobre mis labios me impide hablar.

—Es mi turno —advierte con suavidad y toma aire—. Lo he pasado muy bien.

Frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre el pecho. Lo miro con desconfianza; si ahora vienen las excusas, no me apetece escucharlas. Como si me leyese el pensamiento, esboza una pequeña sonrisa y acaricia mis brazos con suavidad.

—No hagas juicios de valor sin conocer todos los motivos. —Entrelaza nuestros dedos y deshace el escudo imaginario que protege mi corazón—. ¿Quieres saber qué habría elegido yo para esta noche?

Da un paso y puedo notar su calor.

—Tumbarme contigo y mirar las estrellas en medio de una laguna rodeada de montañas. Disfrutar de esos raros silencios que no necesitan ser llenados porque dicen más de lo que las palabras podrían. Abrazarte cuando tuvieras frío. Pegarte a mi cuerpo y pensar que el vestido te queda de muerte, pero que prefería que no hubiera nada de ropa entre los dos. Querer mucho más que un abrazo porque hueles a pecado y me pueden las ganas de tocar cada parte de tu piel. Desear que tu mano no se quede en mi cintura. Y besarte, de todas las maneras que en algún momento he imaginado. —Su mirada acaricia mis labios. Trago saliva con dificultad—. Habría elegido eso y mucho más, pero nunca lo haría con la excusa de una ilusión de supuesto olvido.



Nos miramos a los ojos. La tensión condensa el aire a nuestro alrededor, que se carga de anhelo. Álvaro lleva nuestras manos unidas a mi espalda. Nuestras bocas quedan tan cerca que con solo alzar la cabeza se tocarían.

—Vale. —Resopla y da un paso atrás—. Ahora creo que es mejor que me vaya.

—Claro, es tarde —digo sin lograr disimular la decepción.

Álvaro sonrío y sus dientes pellizcan su labio inferior. Mis ojos se quedan anclados en su gesto.

—Joder, Vega, no me mires así. —Agita la cabeza y su frente se arruga como si estuviera sufriendo.

El silencio se alarga mientras nuestros ojos no se apartan de la cara del otro.

—Creo que debería entrar.

—Sí, es una gran idea. —Se mete las manos en los bolsillos y me sonrío—. Buenas noches.

—Buenas noches, Álvaro.

Tardo un instante en conseguir que mis pies se muevan y me obligo a avanzar sin volver la cabeza.

—¡Vega!

Dejo de caminar y me giro. Álvaro acorta la distancia que nos separa en tres zancadas. Se detiene frente a mí y rodea mi cintura con uno de sus brazos. Sus ojos dibujan mis rasgos hasta clavarse en mis labios. Nuestros pechos suben y bajan acompasados en su urgencia. Su mirada se dulcifica, sus labios se curvan y su pulgar empuja mi barbilla con suavidad.

—¿Vas a besarme?

—Sí.

Sus labios suaves y cálidos buscan decididos los míos y un indisciplinado gemido de alivio sube por mi garganta. Mis manos se enredan en los mechones de su pelo y las suyas bajan hasta mis caderas. Nos besamos con ganas, con la sorpresa del descubrimiento bailando en la boca del estómago en un beso largo y profundo que rebasa todas las barreras de mi contención. Es Álvaro quien le pone fin. Da un paso atrás, apoya su frente contra la mía y cierra los ojos.

— Acabas de contradecirme —murmuro abrumada.

—Ahora ya sabes que no soy de fiar... no tengo tanta fuerza de voluntad. —Inspira profundo y me besa la punta de la nariz —. Pero sigo pensando que hoy no es el día adecuado.

—¿Eso quiere decir que habrá uno que lo sea?

—Eso espero —dice críptico y se aparta rompiendo el contacto de nuestros cuerpos. Sus dedos colocan un mechón que aletea contra mi mejilla —. Que descanses, princesa.

Es la señal para que me vaya.

—Tú también.

El ruido de un motor que se aleja rompe el silencio de la noche. A salvo en el refugio de mi casa, me apoyo contra la puerta y cierro los ojos. Al parecer, no es solo el tequila lo que me hace perder la cabeza cuando me encuentro con Álvaro.

## Posibilidades

Carol se ha marchado esta mañana. Se ha levantado con el tiempo justo para comerse unas tostadas, darse una ducha rápida y que pudiésemos a llegar a la estación de autobuses. Para eso y para suspirar corazoncitos y arcoíris durante el trayecto. Según me ha contado, la noche con Mario fue mejor que bien. No lo pongo en duda, por su sonrisa y porque ha debido de aparecer casi de madrugada.

No la oí llegar. Contra todo pronóstico, me dormí en el mismo instante en que mi cabeza tocó la almohada. Sin embargo, el despertar ha sido otro cantar. ¿No os ha ocurrido alguna vez que de pronto algo que no eres consciente ni de que existe se vuelve una necesidad y te obsesionas hasta tal punto que tu cabeza no obtiene descanso hasta que lo consigues? A mi madre le pasó con la Thermomix. No fue consciente de que la necesitaba hasta que una vecina le mostró un «mundo nuevo» (palabras textuales) de posibilidades en la cocina. Se pasó una semana con sus días y casi noches enganchada a Google en busca de información y recopilando todas las recetas que pudo encontrar. Se volvió una *yonqui* de esas posibilidades que su imaginación adornaba y engordaba. No la recuperamos hasta que mi padre apareció por la puerta con el dichoso electrodoméstico, y con todo, durante una semana no conseguimos sacarla de la cocina mientras cocinaba plato tras plato y trataba de averiguar si la realidad se correspondía con esas posibilidades que su imaginación había creado.

Algo parecido me está ocurriendo a mí con Álvaro. Llevo las sensaciones de la noche anterior pegadas a la piel como si las hubieran tejido en un jersey fino que se adhiere al cuerpo, y no consigo dejar de pensar que podría no quedarse solo en eso, que quizá Álvaro es lo que necesito para soltar lastre y crear recuerdos nuevos, esa diversión que todos me recomiendan. Algo sencillo y sin complicaciones, sin implicaciones

emocionales ni riesgo de que alguno acabemos con el corazón roto.

A cada hora que pasa la idea toma más fuerza. Hay un foco en mi memoria que centra la atención en el recuerdo de nuestro beso. Las imágenes pasan en bucle una y otra vez por mi cabeza. Fue intenso, cálido, perfecto y quiero repetirlo. Ay... Mierda. No sé cómo reconocirme en ese pensamiento y creo que es lo que me retiene para no marcar su número.

El día pasa muy lento. Cuando siento que la casa comienza a encoger, eso o que mis pensamientos van ocupando demasiado espacio, cojo la cámara y salgo a dar un paseo. La terapia de distracción surte efecto. Me pierdo por los senderos, fotografío el paisaje y cualquier otra cosa que llame mi atención. A medida que la tarde empieza a caer, los colores del atardecer despuntan en el cielo; es uno de mis momentos preferidos del día. Me acerco hasta la laguna, me siento cerca de la orilla y coloco la cámara en mi regazo; prefiero observar con mis propios ojos cómo el agua se tiñe de colores imposibles mientras el sol prende fuego a las montañas.

Permanezco allí hasta que el astro rey se oculta del todo y luego emprendo el camino de regreso. Ando despacio sin prestar atención a la dirección que toman mis pasos, con la belleza del espectáculo que acabo de ver grabada en la retina, tan distraída que no reparo en que Darío se encuentra parado en medio del sendero.

*Cierro el portón con el estómago encogido; todavía insegura de que los recuerdos de la noche anterior no sean en realidad el sueño más bonito que haya tenido en mi vida. Recorro parte del perímetro del muro que bordea la casa y cuando doblo la esquina lo veo allí, apoyado sobre el capó de su coche, con la mirada perdida en la distancia. El corazón golpea contra mis costillas sin control y mis pies dudan, hasta que me mira y sus labios dibujan una sonrisa enorme que es solo para mí. El pudor desaparece y corro hacia él, que me recibe con los brazos abiertos y una carcajada.*

*—Ya veo que me has echado de menos.*

*—Nada, apenas. ¿Quién dices que eres?*

*—Conque esas tenemos... —Sonríe y frota su nariz contra la mía—. Veamos si esto te lo recuerda—. Sus labios se posan sobre los míos y apoyo las palmas sobre su pecho para sostenerme. Puedo sentir el palpitar rítmico de su corazón y cómo mis latidos, hasta ahora erráticos, se desaceleran para*

*acompañarse a su ritmo. Me planteo la posibilidad de que mi propio corazón lo reconozca como una parte de sí mismo.*

—Vega.

Mi nombre en su boca me trae de golpe a la realidad y siento el traspie que da mi corazón siempre que él entra en escena, como si todavía no se hubiese enterado de que ya no le pertenece sentirse así. Me enfado. Mucho. No sé si es este lugar, que lo trae todo de vuelta, pero, de pronto, regreso a ese verano cinco años atrás. Me siento la misma niña frágil y desvalida. Todas las emociones feas que guardo en mi interior pugnan por salir y sé que no voy a poder controlarlas, porque necesito desahogarme y sacar todo lo que llevo guardado dentro tanto tiempo.

—¿Qué haces aquí, Darío? —Lo miro y me duele—. ¿Qué quieres?

—Te estaba esperando. He pensado que podría echarte una mano. —Me regala una sonrisa extrañada.

—No. —Muevo la cabeza despacio—. Me refiero a qué quieres de mí, por qué estás aquí.

Su expresión se vuelve cautelosa; ha notado que esta no es una conversación normal.

—¿Qué pasa, Vega?

Quiero gritarle con todas mis fuerzas lo que me pasa, dejar que la rabia salga. Logro controlar mi tono de voz; sin embargo, mi postura tensa resulta más explícita que cualquier chillido.

—No te ha importado los últimos cinco años, no creo que tampoco lo haga ahora —murmuro sin poder ocultar el rencor que esconden mis palabras. Odio sentirme así, pero no puedo evitarlo. Las compuertas se han abierto y las emociones emergen descontroladas.

—Vale, vamos dentro. —Trata de colocar su mano en mi espalda y yo lo esquivo.

Atravesamos el portón y llegamos a la puerta de entrada. La llave me tiembla en la mano al introducirla en la cerradura. Dejo la cámara y voy directa al salón. Me acurruco en una esquina del sofá con un cojín entre los brazos y las piernas cruzadas al estilo indio sobre el asiento. Darío enciende algunas luces y se sienta en la mesa de centro, frente a mí.

—¿No vas a decir nada?

—No sé qué decir. —Se inclina para apoyar los antebrazos sobre sus muslos y entrelaza los dedos de ambas manos, que caen sin fuerza en el espacio que queda entre sus piernas.

—Eso ya lo hemos probado y no nos ha ido demasiado bien, al menos a mí.

—Lo siento —lo dice bajito, después de un silencio que me parece eterno, y sus ojos buscan los míos.

—¿El qué exactamente? ¿Haber jugado con mis sentimientos, haberlos pisoteado o no haber tenido el valor suficiente para darme una explicación?

Inspira con fuerza y se pasa las manos por el pelo. Leo la culpabilidad en su mirada.

—Siento haberte hecho daño de cualquier manera posible.

Me armo de valor y formulo la pregunta que lleva tanto tiempo pesándome en los labios y el corazón.

—¿Por qué?

Darío mira al suelo; luego, a algún punto indeterminado en la distancia y, por último, a mí.

—No creo que haya una única respuesta. Porque era un crío con veintitrés años que no sabía ni dónde tenía la mano derecha, porque ese verano estabas preciosa, porque en la distancia no sentí tu ausencia, porque me querías demasiado y yo aún no había descubierto ese tipo de amor, porque íbamos a equivocarnos... —Se le va apagando la voz.

—Hablamos durante meses, tuviste decenas de ocasiones para decírmelo —le recrimino.

—Y lo hice, pero por omisión. No te prometí nada, Vega, no hubo palabras de amor. No quería perderte. Pensé que podríamos arreglarlo, seguir siendo amigos. Iba a hablar contigo, a explicártelo. Quería hacerlo bien, no a través de una pantalla a cientos de kilómetros.

—Hacerlo bien —repito incrédula—. No pudiste hacerlo peor. Joder, Darío, es mi hermana. Mi hermana, ¿lo entiendes? No solo me rompiste el corazón, me dejaste desvalida y robaste mi capacidad para decidir: no pude llorar arropada por el cariño de los que más quiero ni tampoco alejarte para sanar las heridas. —Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin control, el enfado escapa con ellas y solo deja lugar para la tristeza.

—No es excusa, pero no pude elegir. —Hace una pausa y se humedece los labios. Me mira y el pesar en sus ojos me advierte de que lo siguiente que escuche me va a doler—. Me enamoré.

Un silencio atestado de palabras, las antiguas y las nuevas; las que escaparon de nuestros labios y las que no hemos conseguido hacer trepar por la garganta; las que duelen y las que hacen daño, se extiende por el salón. Permanecemos callados mucho rato. La claridad que entra por las ventanas proviene de la luna, que ya ocupa su lugar en el cielo cuando Darío se pone en pie. Se frota el rostro, cansado.

—Voy a preparar algo de cena.

—Prefiero irme a la cama, no tengo hambre.

Me mira con tristeza y asiente. Por hoy todo está dicho.

Me cuesta un esfuerzo sobrehumano llegar a mi habitación. Un cansancio infinito me pesa en el cuerpo y noto la cabeza embotada. Utilizo las últimas energías que me quedan para desnudarme y meterme en la cama. Puedo escuchar a Darío en la planta de abajo. Sus pasos quedos sobre el suelo de la cocina, el sonido de los armarios al cerrarse, el correr del agua del grifo del fregadero y luego silencio. No oigo sus pisadas al subir la escalera e imagino que entre los dos acumulamos suficientes fantasmas para que no quepan en una sola planta.

Llevo rato despierta cuando la claridad de la mañana comienza a entrar por las contraventanas entornadas de la habitación. He dormido poco y mal. A pesar del cansancio, salgo de la cama y me visto.

Ningún sonido altera el reposo silencioso de la casa y se me ocurre que la tristeza se ha debido de escapar por la ventana y hasta a los pájaros les ha quitado las ganas de cantar. Me asomo al salón y veo a Darío, que duerme estirado en el sofá. Lo observo unos segundos y me pregunto qué queda en nosotros de las personas que fuimos en el pasado. Nada, ahora lo sé.

Salgo de la casa sin hacer ruido y me dirijo hacia el único sendero que hasta este momento no me he atrevido a recorrer. Los árboles que lo bordean son enormes, más de lo que los recordaba, y la maleza, densa. Mi corazón anticipa lo que encontraré al final del camino y late acelerado a medida que me acerco a mi destino.

Los tablones crujen al sentir mi peso. La brisa que viene de la laguna

eriza mi piel o quizá sean los sentimientos que despierta en mí este lugar. Me acerco al borde del embarcadero y me siento con las piernas colgando sobre el agua. Las vistas desde aquí son preciosas; ahora recuerdo por qué era uno de mis sitios favoritos. Mis ojos se pierden en el horizonte y yo en mis pensamientos. Pensé que sería liberador, que encajar las piezas del puzle conseguiría que todo volviese a su lugar. No ha sido así. Esta noche me he dado cuenta de que hace tiempo que acepté que hay viajes que nunca se repetirán y trenes que estamos destinados a perder. Eran la rabia y el rencor los que alimentaban el dolor, y ahora que han salido solo siento el vacío que deja el desengaño.

El olor a café me recibe cuando entro por la puerta. Dejo las llaves en el mueble del recibidor y me dirijo a la cocina. Darío está sentado a la mesa con una taza entre las manos. Tiene el pelo alborotado y unas pronunciadas ojeras. Me mira con cautela cuando paso por delante.

—Hay tostadas recién hechas.

Asiento y saco una taza del armario. Me sirvo un café con leche.

—Ya está. ¿Va a ser así para siempre?

—No lo sé. Me gustaría decir que no, que con las disculpas es suficiente, pero no lo siento de esa forma. En realidad, no sé lo que siento. Estoy enfada contigo y también conmigo. Creo que llevo tanto tiempo sintiéndome así que ya no sé cómo no estarlo. —Hago una pausa y continúo con más calma—. No quiero ser mezquina, solo sincera. Necesito que no me llames ni aparezcas por sorpresa. Necesito el espacio que me negaste hace cinco años.

Se gira en la silla y me observa pensativo.

—Vale. —Asiente resignado y se revuelve el pelo—. Si es lo que quieres...

—Es lo que necesito. —Me acerco y coloco la mano en su hombro con suavidad—. Lo siento.

—Yo también. —Y sé que es sincero.

Lo oigo irse media hora después. Me acurruco sobre la cama y miro por las ventanas abiertas de par en par. Me encuentro triste y cansada, pero por una vez en mucho tiempo siento que tengo el control de mis sentimientos.



# 16

## La calma

Hace mucho calor. Alzo la cabeza, miro hacia el sol, que brilla en el cielo sin una sola nube que le estorbe, y me recoloco el sombrero de paja que evita que sus rayos me achicharren la piel. Hoy está siendo un día extraño. No he salido a descubrir nuevos rincones, no he cogido la cámara y tampoco me he sentado delante del ordenador. He pasado la mayor parte de la jornada libro en mano tumbada al sol en el jardín. Una extraña sensación de calma me acompaña desde que he abierto los ojos esta mañana, casi como si mi cuerpo estuviese preparándose para hacer la transición que mi cabeza ya ha logrado al entender que no voy a dejar de sentirme engañada o dolida de un día para otro, pero que me encuentro en el camino para que en algún momento ocurra. Ahora lo siento como una certeza.

Inspiro hasta que el aire llena el último rincón de mis pulmones y ensancha mi caja torácica mientras me estiro con pereza en la tumbona; me noto sedienta y acalorada. Alargo el brazo y taneo el suelo en busca del vaso. Me lo llevo a los labios para descubrir que el hielo se ha deshecho y el agua parece caldo. La imagen del helado que llevo días anhelando aparece en mi cabeza como una tentación y, sin pensarlo dos veces, me pongo en pie con la firme intención de ir a buscarlo.

Mientras espero frente al mostrador, una brisa cargada de olor a lluvia se cuela por la puerta abierta de la heladería. En los escasos diez minutos que tardo en emprender el camino de regreso, el cielo se vuelve del color del hormigón y unas nubes densas confinan los rayos del sol que nos ha calentado sin piedad durante todo el día. Un fuerte viento, que ha comenzado de la nada, zarandea las ramas de los árboles como si quisiera despojarlos de sus hojas y me obliga a subir la ventanilla. Elevo la vista a través del parabrisas; parece que al final la señora Carmen va a tener razón y las golondrinas sí anunciaban tormenta.

Suspiro aliviada cuando veo la señal que indica el desvío a la laguna; cinco minutos más y encontraré cobijo bajo el recio tejado de la casa. Un relámpago ilumina el cielo. «Un segundo, dos segundos, tres segundos...». La tormenta se encuentra muy cerca. Aprieto el volante y el acelerador ante el estruendo del trueno que queda unos instantes vibrando en el aire, pero el coche no coge velocidad. Piso el embrague para bajar una marcha y un desagradable olor a quemado inunda el habitáculo mientras una nube de humo escapa del capó y me obliga a detenerme. «Mierda».

No sé nada de mecánica, pero mi sentido común me dice que mover el coche no es una opción. Pienso en bajarme y levantar el capó. ¿A quién quiero engañar? Tampoco valdría de nada; viera lo que viese, no sabría qué es ni para qué sirve. Para terminar de desesperarme, la pantalla del móvil me indica que justo en este preciso punto no hay cobertura. Una gota del tamaño de una canica se estrella contra el parabrisas y por mi mente desfilan Murphy y toda su descendencia.

La única alternativa que me queda pasa por recorrer el resto de camino a pie. No me emociona, pero quedarme en el coche a punto de caer la noche me resulta menos halagüeño que caminar varios kilómetros bajo la lluvia, o eso creo. El cielo se enciende de nuevo y esta vez el trueno no se hace esperar. Una nueva gota en el cristal me apremia. Saco la llave del contacto, cojo el teléfono, el bolso, el helado y salgo del coche.

Camino todo lo deprisa que puedo. El viento huele a humedad y me obliga apartarme constantemente de la cara los mechones sueltos. Una gota impacta sobre mi mejilla; a continuación, otra lo hace sobre mi brazo y en cuestión de segundos una cortina de lluvia cae sin piedad sobre mí. Siento la tentación de darme la vuelta y resguardarme de nuevo en el vehículo, pero antes de que consiga decidirme escucho el sonido de un motor y al instante un motorista se detiene justo a mi lado. No hace falta que se quite el caso para que reconozca a Álvaro.

—¿Te llevo? —Levanta la visera y sonrío tranquilo a pesar de la lluvia que nos empapa.

Frunzo el ceño mostrando a las claras que la pregunta sobra; en estas circunstancias me montaría hasta con uno de los jinetes del Apocalipsis si así consiguiera ponerme a resguardo, y Álvaro se ríe, de mí, por supuesto. Lo

ignoro, porque con este aguacero no es momento de ponerme digna. Cojo su mano para ayudarme a subir a su espalda, me acerco por inercia en busca de su calor y emprendemos la marcha.

No tardamos más de unos minutos y, aun así, cuando nos detenemos frente al portón de la casa los dos estamos calados por el agua, que no deja de caer con furia sobre nuestras cabezas. Álvaro saca la llave del contacto a toda prisa, me tiende la mano para ayudarme a bajar y no me suelta hasta que nos detenemos bajo el soportal de la entrada principal para que pueda buscar las llaves. Ese pequeño gesto consigue dibujarme una sonrisa.

El calor acumulado nos recibe con una bofetada cuando abro la puerta. Apoyo mi carga sobre el sillón bajo el perchero y Álvaro coloca su casco al lado. Extiende el brazo y aparta los mechones húmedos que se me pegan a la cara. El contacto inesperado de sus yemas calientes contra mi piel húmeda me sorprende. Me quedo muy quieta mientras sus dedos se deslizan por mi frente, mis pómulos, mi mentón; hipnotizada por sus ojos, que siguen el recorrido de sus manos y continúan más allá, hasta mis labios. Cuando acaba su escrutinio, mis latidos van un poco más rápido.

—Mucho mejor así —asegura. Nos miramos y sonreímos. Luego desvía la vista y carraspea—. Deberías cambiarte, vas a coger un resfriado.

Echo un vistazo a la camiseta que se me pega al cuerpo y marca, en toda su plenitud, mis pechos contenidos por el sujetador. La ahueco y no se me escapa la sonrisa canalla que esboza sin ningún pudor.

—Tú también deberías. —Alzo las cejas y, en respuesta, recorro con descaro cada porción de piel que se transparenta bajo su camiseta blanca.

Ríe con suavidad y asiente.

—*Touché.*

Subimos las escaleras, previo paso por la cocina para guardar el helado en el congelador, y lo dejo en el cuarto de baño mientras busco algo seco en el armario de la habitación de matrimonio. Regreso con una camiseta y un pantalón corto de mi padre que creo que le pueden valer, entreatro la puerta y los cuelo por una rendija. Escucho un «cobarde» acompañado de sus carcajadas y sonrío. Si él supiera hasta qué punto ha acertado... porque ahora mismo soy demasiado consciente de todas esas posibilidades que mi cabeza ha imaginado, posibilidades que me inquietan por lo poco que tienen que ver

con mi forma de ser y lo mucho que me atraen.

Recorro el pasillo con la cabeza atestada por el ruido que hacen mis pensamientos y entro en mi habitación para deshacerme de la ropa húmeda que se pega a mi piel. Cuando salgo con unos pantalones cortos secos y una camiseta de tirantes, tengo que frenar de golpe para no chocar contra Álvaro, que espera en el pasillo apoyado contra la pared, justo al lado de mi puerta. Me mira muy de cerca, tanto que siento la necesidad de dar un paso atrás; sin embargo, no lo hago, aguanto su escrutinio con la respiración contenida.

—Me gustan. —Señala las pecas que el sol ha coloreado—. Siempre me han gustado. —Sus dedos acarician mi piel con suavidad.

Me sonrojo y evito su mirada. Las luces parpadean y amagan con apagarse. Un trueno retumba sobre nuestras cabezas y disminuye la tensión, que no desaparece por completo.

—Creo que hay velas en la cocina —informo conteniendo mis manos, que quieren perderse entre su pelo.

Álvaro se aparta y señala la escalera con una sonrisa colgando de los labios.

—Tú primero.

Las llamas de las velas oscilan con suavidad y crean sombras sobre la madera oscura de la mesa. La luz ha terminado por dejar de funcionar tras la segunda amenaza y en el salón solo se escucha el repiqueteo de la lluvia al impactar contra el tejado. Álvaro, al otro lado del sofá, juguetea con la esquina de la etiqueta de la botella de cerveza y alterna su atención entre sus manos y yo, que trazo dibujos con la cuchara en los restos de helado mientras disfruto de este juego de miradas.

—Si alguien me hubiera dicho hace años que ibas a convertirte en un príncipe de brillante armadura me habría dado la risa.

—¿Eso soy? —se burla.

—Ya me entiendes. Me salvaste de hacer el ridículo en plena borrachera y hoy me has librado de caminar unos cuantos kilómetros bajo la tormenta. —Me inclino para apoyar el tazón sobre la mesa—. ¿Adónde ibas cuando me has encontrado?

—A rescatar princesas en apuros.

—Eres tonto del culo.

—¿Y esa expresión? —Se ríe con ganas.

—Vas a conseguir que coja complejo de payaso.

Se echa a reír de nuevo y las dagas que escapan de mis ojos lo traspasan.

—Aunque suene a tópico, no me río de ti, sino contigo.

—Yo no me estoy riendo —refunfuño.

—Pues deberías. —Cruzo los brazos sobre el pecho y levanta las palmas, conciliador—. Vale. Contigo no, pero tampoco de ti. Me pareces divertida.

Me quedo muda. Parpadeo. Parpadeo.

—¿Estás bien?

—Sí. No. Es solo que no me lo esperaba. Todo esto es... raro.

—Define raro.

—Diferente, inesperado. Nos conocemos desde hace años y no sé quién eres, nunca hemos cruzado más de tres frases si no ha sido para sacarnos de nuestras casillas, y ahora, míranos, haciendo una fiesta de pijamas.

—¿Vas a hacerme trenzas?

—Podría. Tienes que cortarte el pelo.

Se pasa una mano por los mechones desordenados y da un trago a su cerveza antes de apoyarla sobre la mesa. Me observa de esa forma tan suya que me desnuda el alma y siento que me encuentro en inferioridad de condiciones.

—Puedes preguntar lo que quieras —dice haciendo uso de sus dotes de adivino.

La habitación se encuentra en penumbra y la llama de las velas crea claroscuros sobre su piel. Repaso el eterno pliegue que se dibuja entre sus cejas; la intensidad que, aun sin apenas luz, emana de su mirada; los dedos que pellizcan con descuido la barba que oculta parte de su rostro. Lo miro y trato de aislar los detalles que se encuentran a la vista, lo que me cuentan de él, y me doy cuenta de que no es suficiente; quiero más, arañar la superficie para desvelar todo lo que se oculta.

—¿Me dejas hacerte una foto? —Me levanto y cojo la cámara de la bolsa que está en el recibidor.

Alza las cejas inquisitivo y cuando se gira hacia mí presiono el disparador.

—¿Ahora es cuando me pides que me quite la ropa? —Una sonrisa descarada se dibuja en sus labios y vuelvo a disparar.

Me acerco sin apartar la mirada del visor. Se frota el mentón y sus ojos me siguen.

—Puedes intimidar un poco cuando te pones en plan profesional, ¿nunca te lo han dicho?

Me echo a reír porque no imagino un universo en el que Álvaro se vea intimidado por alguien, menos si yo soy esa persona. Me muevo a su alrededor, tomo un par de fotografías más, primeros planos de su cara y pienso que está increíblemente guapo. No noto el brazo que me rodea la cintura hasta que tira de mí y con un gritito caigo entre el respaldo del sillón y su cuerpo en un ángulo raro.

—¿Por qué? —me quejo entre risas e intento incorporarme, pero Álvaro me lo impide. Se aparta para dejarme hueco y me acomoda sobre su hombro.

—No me gustan las fotos, así que lo menos que puedes hacer es salir conmigo en ellas. —Toma la cámara de mi mano y la alza sobre nosotros—. Sonríe.

El *flash* se dispara dos veces seguidas y Álvaro baja la cámara para comprobar el resultado. Estudio la imagen y me cuesta reconocermé en la chica de ojos brillantes y sonrisa arrebatadora que me mira desde la pantalla.

—Mírate. Eres preciosa —susurra en mi oído.

Sus dedos acarician mi pelo con suavidad, se deslizan despacio entre mis mechones y resbalan hasta mi nuca. Cierro los ojos y me concentro en los latidos acompasados de su corazón. Noto sus yemas trazando círculos sobre mi piel y esa emoción extraña que crea un vacío sobre la boca de mi estómago cuando me toca.

—Todavía no me has dicho adónde ibas cuando me has encontrado.

—A buscarte.

—¿Por qué? —pregunto cautelosa.

—Porque tú no has venido a buscarme a mí. Ya te dije que si se trata de ti no tengo fuerza de voluntad.

Son solo palabras, unas tan sinceras que me desarman. Alzo el rostro y

nuestras miradas se encuentran. Se inclina y sus labios rozan mi frente. Mis párpados se cierran y me concentro en su tacto suave al posarse sobre mi sien, mi nariz, mis pómulos. Siento el calor de su respiración sobre mi boca y abro los ojos.

—¿Sin tequila ni fantasías?

Asiento y me regala una sonrisa.

—Perfecto, porque esto no es algo que quiera que olvidemos. —Sus manos tiran de mí y me colocan sobre su cuerpo.

Siento sus labios sobre los míos, cálidos y seguros, moviéndose despacio, y le devuelvo el beso, que me sabe a expectación, a nuevo, a ganas de saborear cada segundo con calma para disfrutarlo de verdad, y a algo más, a esas posibilidades que crecen incontrolables, porque es demasiado fácil, demasiado perfecto. Lo es cómo encajan sus manos en mis caderas y la forma en la que sus mechones se deslizan entre mis dedos; la manera en la que se estremece mi piel cuando desliza su nariz por mi cuello y su olor a emociones bonitas, que aspiro al hundir mis labios en el suyo y oírlo gemir; la sonrisa de críos emocionados al descubrirse por primera vez cuando nos deshacemos de la ropa y nos desnudamos más allá de la propia piel; la forma en que sus ojos se llenan de mí mientras acaricia hasta el último rincón de mi cuerpo y los míos de él cuando lo imito; cada roce de nuestros labios con el que se escapan el desengaño, la soledad y todos los sentimientos feos que se agitan en mi interior; la pasión de su boca en mi pecho, en mi estómago, en el vértice de mis piernas; sus dientes en mis caderas, los míos recorriendo su espalda; el placer de sentir su piel húmeda pegada a mi propia piel, su sexo adentrándose en el mío, nuestros dedos entrelazados contra el colchón; mi nombre en sus labios, que adquiere un significado diferente. Y más físico, más terrenal e igual de perfecto; más placer que estalla incontrolable y arrasa con todo a su alrededor.

Su respiración acaricia mi pelo y sus dedos se mueven perezosos por mi espalda. Llevamos rato así y he perdido la noción del tiempo. Fuera ha caído la noche hace rato y la tormenta se ha convertido en una cadencia suave sobre nuestras cabezas. Demasiada intimidad y calidez revolotean a nuestro alrededor; me resultan extrañas. La realidad ha arrasado con las expectativas. Ha sido bonito, natural, especial, un todo al que no estoy acostumbrada. Sus

labios se apoyan sobre mi sien, inspiro contra su cuello y me dejo llevar.

Su boca suave acaricia mi piel y abro los ojos. Álvaro se ha puesto el bóxer y me mira con ternura agachado frente a mí.

—Vamos a la cama, te estás quedando dormida —murmura y besa mis labios.

Me tiende la ropa interior, que deslizo sobre mi cuerpo; me ayuda a ponerme en pie y subimos las escaleras en silencio, con los dedos entrelazados y un millón de mariposas kamikazes aleteando en mi estómago. Abre la cama y espera a que me acomode para tumbarse a mi lado. Sus brazos rodean mi cintura y suspiro. El calor de su cuerpo me acuna y mis párpados se cierran de nuevo. Un susurro se abre paso a través de mi cerebro adormecido.

—Así... es perfecto.

Me duermo con una sonrisa y el calor de sus palabras.



## Aprendiendo a divertirme

El sol entra a raudales por la ventana de mi habitación cuando me despierto. Estoy sola en la cama y, por un momento, pienso si no lo habré imaginado todo. Me giro sobre el colchón y el olor de Álvaro que impregna las sábanas, unido a las quejas de mi cuerpo, poco acostumbrado a ciertas actividades, corrobora que no fue un sueño. Los sonidos que provienen de la planta de abajo terminan de confirmarlo.

Los recuerdos de la noche desfilan por mi mente y traen consigo parte de las sensaciones vividas. Un cosquilleo se extiende por mi piel y me dibuja una sonrisa que termina en carcajada. Me siento bien, tanto que no entiendo que mis pies sean capaces de tocar el suelo cuando me levanto.

La cocina huele a café recién hecho. Álvaro está de espaldas, lleva puesta su ropa y tiene los pies descalzos. Me detengo en el umbral y lo contemplo a placer mientras se mueve por mis dominios con la misma seguridad que si fuesen suyos. Sigo pensando que toda esta situación es rara y a la vez no me resulta incómoda; me gusta que siga aquí, que se haya quedado.

—¿Piensas estar mucho rato espionando desde la puerta?

Esa voz grave y profunda susurrándome palabras apasionadas al oído. Los recuerdos me sonrojan de pies a cabeza. Siento la tentación de acercarme y abrazarlo por la espalda. Suspiro. Me recompongo y entro.

—Buenos días. Huele muy bien.

—Hay café, huevos revueltos y tostadas. —Aparta la sartén del fuego, vuelca su contenido en un plato y se gira.

Sus ojos me recorren despacio, de abajo arriba, hasta encontrarse con los míos.

—Buenos días. —Me sonrío de esa manera tan suya y siento que se abre el vacío sobre mi estómago. No puede estar más guapo con los mechones

desordenados, los labios un poco hinchados y los ojos brillantes.

—¿Tienes hambre? —Pasa por mi lado y coloca el plato sobre la mesa, frente a mí.

—Mucha. Me has hecho el desayuno —digo en una especie de balbuceo tímido.

—Lo he hecho para los dos, pero como eres peor que la Bella Durmiente, me he tenido que tomar el mío. Es tarde y todavía tengo cosas que hacer.

Me escondo tras la taza de café para ocultar el aguijonazo de decepción que siento al saber que se marcha. Aunque, con toda probabilidad, sea mejor dejarlo así, en un recuerdo bonito.

—Me voy.

—Adiós. —Lo miro de reojo al ver que no se mueve.

—¿No vas a levantarte?

—La llave está puesta en la puerta, solo tienes que girarla.

Sonríe y juro que podría hacerme adicta a sus sonrisas. Tira de mí y me acerca a su cuerpo.

—Quiero mi beso de buenos días.

Lo miro confundida y me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos. Inclina la cabeza y sus labios se apoyan sobre los míos en un beso sensual, intenso, dulce y breve, todo a la vez.

—Te recojo en una hora. Mejor ponte vaqueros. —Me guiña un ojo y sale de la cocina, donde me quedo sin entender qué ha pasado, con el corazón acelerado y ganas de más.

El viento cargado de los aromas de la naturaleza acaricia mi cuerpo y el paisaje se desliza con fluidez a medida que avanzamos. Los altos árboles se alinean creando una muralla a los lados de la carretera, que se funde en un caleidoscopio de verdes de una belleza que intimida. Me aprieto contra la espalda de Álvaro y disfruto de la solidez de su cuerpo contra el mío. Me siento libre.

Atravesamos la zona de pinares y un pueblo con unas pocas casas antes de desviarnos por un camino que parece desembocar en ninguna parte. Nos

detenemos en un claro y Álvaro se quita el casco, que coloca sobre el depósito. Lo interpreto como una señal de que hemos llegado a nuestro destino y lo imito. Me sujeto en sus hombros para desmontar y apoyo mi casco sobre el asiento. Mis piernas se quejan por lo desacostumbrado de la postura y hago una mueca cuando mis pies tocan el suelo.

—Ven.

Me acerco y sus palmas masajean con suavidad mis músculos doloridos.

—¿Mejor? —pregunta con sus ojos fijos en los míos.

Asiento y me besa en los labios con una naturalidad a la que todavía no me he habituado.

A nuestro alrededor, el bosque se espesa con árboles de grandes troncos cubiertos de musgo cuyas ramas apuntan al cielo compitiendo en altura. Se respira tanta paz y la atmósfera resulta tan mágica que es como si nos hubiéramos trasladado a otro mundo.

—Parece un bosque de cuento.

—¿De princesas y caballeros de brillante armadura?

—Más bien de hadas y elfos.

Álvaro se ríe, murmura algo sobre no saber muy bien en qué lugar le deja la comparación y me tiende la mano. Observo su palma extendida; luego, la densa vegetación, y dudo: la idea de perderme en un bosque de un lugar aislado no me resulta demasiado tentadora. Se acerca un paso y su otra mano se apoya en mi cintura.

—¿Confías en mí? —En su boca hay una leve sonrisa; sin embargo, sus pupilas destilan intensidad.

Me pierdo en sus ojos. Sí, confío en él. No se lo digo, me limito a coger su mano y seguirlo a donde quiera llevarme.

Nos adentramos en el bosque por un sendero que se estrecha e inclina a medida que vamos avanzando. No hablamos apenas y la mayor parte del tiempo solo se escucha el rumor de las hojas y nuestras respiraciones. Álvaro se gira cada poco para comprobar que voy bien y regalarme una sonrisa de ánimo. Caminamos cerca de cuarenta y cinco minutos antes de detenernos.

—Ya hemos llegado.

Miro a mi alrededor sin saber muy bien qué decir. El bosque nos rodea igual de espeso que antes. Me muerdo los labios y pienso alguna frase

educada. Álvaro me mira divertido y tira de mí con suavidad.

—Conmigo no tienes que disimular —murmura cerca de mi oído—. Aquí no. Allí. —Señala un punto unos metros por debajo de nosotros, donde una serie de cascadas escalonadas rompe en una especie de poza o piscina natural de aguas turquesa iluminadas por el sol.

Es tan bonito que no puedo apartar la vista. Álvaro me abraza desde atrás.

—¿Te gusta?

—Muchísimo. —Me giro entre sus brazos y nos miramos. Se humedece el labio inferior en un gesto rápido y esboza media sonrisa. Mis ojos se quedan prendidos de su boca. Los segundos pasan y la tensión crece.

—¿Vas a besarme? —murmura risueño.

Su tacto, su olor, su sonrisa. Lo imposible sería no hacerlo.

—Sí. —Asiento y por primera vez soy yo la que lo beso. Álvaro responde con ganas, me pega a su cuerpo y nos perdemos sin preocuparnos de nada que no seamos él y yo.

Nos separamos con la respiración acelerada y los labios calientes y húmedos.

—Será mejor que bajemos o no me hago responsable de mis actos. —Lo susurra tan cerca que su aliento choca contra mi piel. Me besa la punta de la nariz y sonrío.

La bajada no es demasiado empinada y descendemos sin dificultad. Mientras Álvaro busca un lugar donde acomodarnos, me acerco a la orilla e inspiro con fuerza, empapándome de la belleza que me rodea. Lo oigo acercarse. Se detiene junto a mí.

—Es precioso.

—Sí, tanto que deja sin aliento —coincide, pero cuando me giro es a mí a quien mira.

Una emoción imprecisa flota entre los dos, algo que siento frágil, que se construye con cada mirada, con cada roce o palabra, que se anuda en la boca de mi estómago, mezcla de entusiasmo e inquietud.

—He traído unos sándwiches, ¿tienes hambre? —Su pulgar me acaricia la curva del hombro.

Asiento, perdida en el cosquilleo que el contacto de sus dedos provoca

en mi piel, y permito que tire de mi mano para llevarme hasta una roca plana donde ha extendido una manta. Comemos arrullados por el sonido del agua al caer. Cuando acabamos, Álvaro comienza a quitarse la ropa.

—¿Qué haces? —pregunto entre sorprendida e intimidada.

—No voy a bañarme vestido. —Su ropa se va amontonando a sus pies—. Deberías meterte conmigo.

—Si quieres verme desnuda vas a tener que inventarte otra excusa.

—Primero: ya te he visto desnuda, aunque de eso no creo que me canse nunca. —Me sonrojo, como una colegiala, y él sonríe—. Segundo: debe de ser pecado estar en un sitio así y no aprovecharlo. —Deja caer el bóxer al suelo y, sin perder un segundo, se mete en el agua.

—¡Vamos, Vega! ¡No es ni la mitad de divertido si no te bañas conmigo!

Me acerco a la orilla, cautelosa y más tentada de lo que debería.

—No me mires así.

—Lo estás deseando.

—Eres una mala influencia.

—Pero soy divertido. Vamos, disfruta de la vida. De vez en cuando, está bien hacer algo estúpido e impulsivo solo por el mero placer de hacerlo —me reta.

El brillo divertido de sus ojos y su media sonrisa de niño travieso terminan de convencerme. Pero, sobre todo, el hecho de compartir ese momento con él sin preocuparme de las posibles consecuencias. Me desnudo a toda prisa y sin pensar, porque si lo hago puede que me eche atrás.

—¡Dios, está helada! —Braceo como un perrillo y trato de entrar en calor.

Escucho las carcajadas de Álvaro a mi espalda.

—Eres demasiado blandita. Ven aquí. —Se acerca, me sujeta por la cintura y, como si tuviesen vida propia, mis brazos rodean su cuello—. ¿Mejor? —Sus palmas abiertas recorren mi espalda y mis dedos se enredan en los mechones de su nuca.

—Mucho mejor —digo con énfasis.

—Te estás volviendo una desvergonzada.

—Creo que siempre lo fui, pero se me había olvidado —aseguro

resuelta.

Le rodeo la cintura con las piernas y bajo sus manos hasta mi trasero.

Álvaro sonrío y me acomoda mejor contra su cuerpo.

—Tienes la piel de gallina. —Besa el nacimiento de mis pechos y se me escapa un gemido. Su mano sube y baja por mi columna vertebral. Apoyo la cabeza en su hombro.

—Vega. —Sus labios dejan besos cálidos por todo mi cuello.

—¿Sí?

—Me parece que para no aguantarnos nos gustamos demasiado.

## On fire

Carol está sentada sobre la alfombra y revuelve entre las fotografías esparcidas a su alrededor. Yo la observo desde el sofá. Suena Birdy de fondo.

—¿Qué te parece esta?

Me muestra una imagen en la que salimos las dos riendo a carcajadas sobre la arena de la playa, con el mar a nuestra espalda. La hicimos en Menorca, pocas semanas después de que Gonzalo y ella rompiesen. Fue un fin de semana agri dulce, pero cualquiera que mire esta fotografía no lo imaginaría.

—Me gusta —digo. Y no por su calidad o lo favorecidas que salgamos; es por su significado, porque muestra que incluso en los peores momentos existe algún motivo para sonreír, y eso tiene mucho que ver con el carácter de Carol.

—Vale, se queda. —La mira una última vez, sonríe y la coloca sobre una pequeña pila junto a su rodilla derecha.

—¿Qué vas a hacer con todas aquellas? —Señalo el montón de las repudiadas. Las fotografías que hasta hace unas horas llenaban los portarretratos, ahora vacíos sobre la mesa, y exhibían una felicidad que ya pasó.

—Quemarlas.

—Lo dices de broma.

—Lo digo en serio.

—A mí me daría pena.

Carol se encoge de hombros.

—¿De qué me vale dejarlas olvidadas en un armario? Si algo mereció la pena durante el tiempo que estuvimos juntos, no me hacen falta las fotografías para recordarlo. Para bien o para mal, Gonzalo ya no forma parte de mi vida.

—Para bien, no lo dudes. —Mi posición es inamovible en este tema.

Carol me dedica una sonrisa agradecida y continúa armando montoncitos a su alrededor. Me inclino, cojo el teléfono móvil que descansa sobre la mesa y lo desbloqueo. Lo giro y las mariposas del fondo de pantalla mueven las alas.

—Sabes que también puedes llamarlo tú, ¿verdad?

—Solo miraba la hora.

—Ya.

Han pasado cuatro días desde que Álvaro me dejó desnuda entre mis sábanas revueltas, con nuestro olor flotando en la habitación y su sabor en la boca. «No saldría nunca de esta cama». Le acaricié el pelo y nos besamos despacio, con el cuerpo lánguido de tanto sentirnos. «Yo tampoco». No lo dije. Nos desenredamos y entró en el cuarto de baño. Salió con el pelo húmedo y una toalla alrededor de las caderas. Lo observé vestirse desde la cama. Terminó de atarse las zapatillas y se acercó. Alargó el brazo y entrelazamos nuestros dedos. Se inclinó y nos besamos de nuevo hasta que notamos los labios arder. Tocó mi frente con la suya, cerró los ojos e inspiró. Sonrió, besó mi nariz, mi frente, la comisura de mi boca y se marchó. Mis ojos lo persiguieron hasta que desapareció escaleras abajo. Me quedé dentro de nuestra burbuja, una extraña en mi propia piel, con la sensación de haber descubierto algo nuevo a lo que todavía no sé ponerle nombre.

Por eso no lo he llamado.

Carol coloca la última fotografía y mira satisfecha a su alrededor. La ayudo a recoger todos los montoncitos y pedimos comida china. Mientras cenamos, me habla de su fin de semana. Me cuenta que un actor muy de moda estuvo en el bar y el revuelo que se armó. Llegamos a la conclusión de que la fama es un arma de doble filo. También hay espacio en la conversación para Mario; se han visto un par de veces y se mantienen en contacto a través de llamadas y mensajes. Está ilusionada, lo veo en su sonrisa y el brillo de sus ojos.

—¿Sabes lo que más me gusta? Que me mira de esa forma en la que miras algo por primera vez con la certeza de que lo que vas a descubrir vale la pena de verdad.

—Tiene buena intuición; no se equivoca.



—Lo sé, pero aun así es bonito.

Me marcho una hora después con la promesa de vernos al día siguiente, como todos los viernes. Hago el trayecto en metro. Cuando salgo a la calle en mi parada, las farolas se han encendido. Camino los diez minutos que me separan de mi portal y me empapo del ambiente que comienza a agitar la ciudad con la cercanía del fin de semana. Entro en casa y voy directa a mi habitación. Al ver la cama tan grande y vacía no puedo evitar acordarme de Álvaro. Me pregunto qué estará haciendo y si también mantiene esta absurda discusión consigo mismo sobre si debe llamarme. Saco el móvil del bolso. Dudo y lo dejo sobre la mesilla de noche. Me desvisto, me pongo el pijama y me tumbo con el portátil para ver alguna serie de Netflix. No recuerdo nada más.

Un zumbido me llega amortiguado. El sonido va subiendo en intensidad y se cuela en mi subconsciente. Hago un esfuerzo por ubicarlo. Es un claxon que se eleva nítido desde la calle. Abro los ojos. La luz del sol llena la estancia y me golpea de lleno en la cara. No sé qué hora es. Alargo el brazo y cojo el teléfono móvil. Las diez y media, me he dormido. Me incorporo de un salto y corro hacia el cuarto de baño. Me doy una ducha rápida, me pongo el primer vestido que encuentro en el armario y salgo disparada por la puerta.

Entro en el estudio con la respiración acelerada de la carrera que me he pegado desde la parada de metro. Odio llegar tarde. Borja levanta la vista de la pantalla del ordenador y alza una ceja.

—Ya, ya. Lo siento, de verdad. No he oído el despertador o no ha sonado o yo que sé. —Cuelgo el bolso del perchero y voy recogíendome los mechones en una trenza suelta mientras enciendo mi ordenador—. ¿Algo importante?

—No, solo ha venido la mamá de los mellizos para cambiar la hora de la sesión y ha llamado Ana, del refugio de animales, para concretar fechas.

Coloca un café con leche sobre mi mesa y me besa la coronilla.

—Relájate.

Obedezco, me apoyo en el respaldo y me llevo la taza a los labios.

—Uhm...Qué bueno ¿Estás seguro de que no quieres casarte conmigo?

—No juegues con mis sentimientos. —Se lleva la mano al pecho de manera dramática—. No soportaría ser el otro.

—Eres tontín. No tenía que habértelo contado.

—Me habría dado cuenta, tengo un radar para saber cuándo alguien ha fo...

—¡Borja!

—¿Echado un buen polvo?

Niego con la cabeza y le reprocho su boca sucia, pero aun así sonrío. Mi teléfono se ilumina, he recibido un mensaje de Carol. Es una fotografía de un recipiente de metal ¿prendido en llamas? El texto dice:

I'm on fire. 😊😊. Dile a Borja que se venga, esta noche quemamos Madrid. 😈👧👄

Me da la risa floja. Borja se asoma por encima de mi hombro y sus carcajadas se unen a las mías.

—Loca pirómana. Me apunto.

La pantalla vuelve a iluminarse. Pongo los ojos en blanco. No quiero pensar qué nueva locura se la habrá ocurrido a mi amiga. Cuando leo el nombre de Álvaro en la pantalla, los dedos se me vuelven de gelatina y el teléfono salta de mis manos. Lo agarro al vuelo antes de que caiga contra el suelo.

Me estoy haciendo el difícil, pero te habría llamado veinte veces.

El comentario me dibuja una sonrisa tonta en los labios.

¿Vuelves a tener fuerza de voluntad?

En absoluto, me muero por verte. ¿Quedamos?

Mariposas aleteando en mi estómago en tres, dos, uno.

Tengo planes con unos amigos

Dejo de teclear.

Vente

Pulso el botón de enviar y espero sin despegar los ojos de la pantalla. *Escribiendo...* El minuto que tarda en responder me parece una eternidad.

No lo dudes, princesa

Me despido después de enviarle la dirección y suelto el teléfono sobre la mesa.

—¿Algo interesante? —Borja chasquea los dedos delante de mis ojos, que continúan fijos en el teléfono.

—Era Álvaro. Hemos quedado luego —digo en tono neutro.

Borja mira mi mano, que mueve el ratón en círculos de forma errática, y lanza una carcajada.

—La noche promete.

Paso el resto del día con un humor extraño, emocionada como una cría y, a ratos, intranquila, como si tuviera a dos *miniyos* susurrando en mi cabeza, uno que me recuerda la curiosidad, las ganas, la conexión, y el otro, el error que supone abrirse a una persona que no sabes si se quedará.

—Estás muy callada. Suéltalo.

Borja hace rodar su silla hasta quedar a mi lado.

—¿Crees que soy cobarde?

—No exactamente, creo que te cuesta salir de tu zona de confort. ¿Y lo preguntas por...?

—No sé si hago bien viendo a Álvaro.

—¿Dónde está el problema? Qué yo sepa solo folláis.

Le lanzo una mirada de desaprobación y se ríe.

—Sí, pero no sé. Hay algo. Puedo sentirlo cuando estamos juntos, y me gusta, me gusta mucho.

—Quizá deberías replantearte qué quieres de esa relación.

—Primero: no es ninguna relación, y segundo: si supiera lo que quiero, no estaría hablando contigo.

—Pues solo te queda una opción: déjate llevar.

—No —digo tajante.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque ese cuento ya sé cómo acaba.

Borja agita la cabeza y me atrae hacia su pecho. Me acomodo en el hueco de su cuello y le rodeo la cintura con los brazos.

—¿Por qué no puedo ser como tú? Tenerlo tan claro. Saber que es solo sexo y disfrutarlo.

Sonríe y me acaricia el pelo.

—Me temo que no tengo ningún mérito. Simplemente todavía no he dado con la persona que me haga dudar.

Permanecemos unos segundos en silencio con las palabras flotando a nuestro alrededor.

—El amor es un asco.

—¿Ahora es amor? —dice burlón.

—No hablo de Álvaro, sino del concepto en general. —Me desenredo de su abrazo y me concentro en la pantalla del ordenador.

Noto los ojos de Borja fijos en mí. Lo miro por el rabillo del ojo; está sonriendo.

El bar está hasta los topes cuando llego. El buen tiempo llama a los madrileños como un canto de sirena y parece que nadie ha querido quedarse en casa. Me paro en la puerta y escudriño entre el mar de gente hasta que doy con Borja, que espera solo en una esquina de la barra. No veo rastro de Álvaro y asumo que no ha llegado todavía. Tras la charla automotivadora que me he dado mientras me arreglaba, me encuentro más tranquila. Es una reunión de amigos y Álvaro es uno más. Nos hemos acostado, sí, pero no tenemos por qué repetir. O sí, si a los dos nos apetece. Y eso no nos compromete a nada. No traigo ideas preconcebidas sobre lo que va a deparar la noche, excepto pasarlo bien.

Me abro paso con paciencia y tras algún pisotón y codazo involuntario llego hasta mi amigo. Lo beso en la mejilla y agito la mano en el aire para saludar a Carol, que me sopla un beso desde la otra punta de la barra. Dos minutos después, aparece frente a nosotros con una sonrisa pícaro, un mojito en una mano y una botella de Jägermeister en la otra. Que Dios nos coja confesados, porque seguirle el ritmo a Carol, que bebe igual que un inglés de vacaciones en la Costa del Sol, tiene su mérito.

Apuramos la ronda de chupitos y, al bajar el vaso, distingo a Álvaro cerca de la entrada. Me pongo de puntillas y muevo la mano en alto para hacerme ver. Sé que lo he logrado, porque me sonrío. Lo sigo con la mirada mientras se mueve entre la gente y acorta la distancia que nos separa. Esquiva al último grupo y viene directo hacia mí. Sin darme tiempo a pensar, me agarra de la cintura y me besa en los labios. Cuando nos separamos, me sonrío. El Jägermeister ya debe de campar a sus anchas por mi torrente sanguíneo, porque, lejos de molestarme, me gusta su descaro y, más que eso, lo insoportablemente sexi que está cuando me mira con los ojos chispeantes de diversión.

—Hola.

Lo dice tan cerca de mis labios que siento la tentación de besarlo de nuevo. Le susurro un «hola» y me contengo al recordar que no estamos solos. Carol y Borja no se cortan y nos miran con sendas sonrisas burlonas que decido ignorar.

Álvaro se separa de mí y se inclina sobre la barra para saludar a Carolina. Luego, sin perder la sonrisa, se gira hacia Borja y extiende la mano.

—Hola, soy Álvaro, terror de su infancia —me dedica una mirada de reojo— y me temo que también de este momento.

Borja me mira y se parte de risa.

—Borja. Esclavo de nueve a siete de lunes a viernes y amigo todo el tiempo. —Se dan un apretón y yo los miro con los ojos abiertos de par en par, fascinada por la facilidad que tienen los hombres para conectar cuando hay una barra de bar cerca.

Carol aprovecha que ya estamos todos para servir una nueva ronda de chupitos. Brindamos por «quemar Madrid» y la apuramos de un trago. Borja y Álvaro sueltan un taco y yo me seco las lágrimas. Como sigamos con este ritmo, Madrid va a arder, pero por la cantidad de alcohol que llevamos dentro.

Las siguientes horas pasan entre conversaciones, risas y copas que Carol repone a medida que van vaciándose. Los chupitos los hemos vetado al ver la soltura con la que los reparte. La noche va mejor de lo que habría imaginado. Me alegra haber invitado a Álvaro, me gusta tenerlo cerca y sentir el roce casual de sus dedos en mi espalda o mi pierna mientras habla con Borja.

Parecen viejos amigos. Los observo charlar y bromear, y una sensación cálida me llena por dentro.

Alrededor de las dos, Carol termina su turno y decidimos ir a otro sitio donde se pueda bailar. Terminamos en un local a tres calles de distancia. Conoce al portero y nos deja pasar sin esperar la cola, que se alarga interminable tras el cordón de terciopelo.

*Reggeaton* a todo volumen y luces de colores nos envuelven al cruzar la puerta. Borja pasa por mi lado y me guiña un ojo. Antes de que pueda abrir la boca para quejarme, Carol tira de mi mano y me lleva hasta la pista, y aunque no es mi música favorita, me dejo llevar. Bailamos. Bailamos sin descanso. De vez en cuando miro hacia la barra y me encuentro a Álvaro observándome. Las luces se vuelven más suaves, y la música, más lenta. Una mano se posa sobre mi vientre y no tengo que darme la vuelta para saber que es él. Su olor, la forma en la que pega su cuerpo a mi espalda, la electricidad que activa mis terminaciones nerviosas cuando lo tengo cerca. Cierro los ojos y me dejo llevar. Sus labios se apoyan sobre mi cuello y suspiro de placer.

—Vente a dormir a casa.

Siento su susurro hasta en los dedos de los pies y soy incapaz de decirle que no.

A las cuatro de la madrugada, con los pies doloridos y un zumbido constante en los oídos, nos despedimos de Carol y Borja. Los observamos andar calle abajo cogidos del brazo. Cuando desaparecen tras la esquina, me giro y me encuentro con los ojos de Álvaro, que me arden en la piel.

—¿Y ahora qué?

Cogemos un taxi en la misma calle, que en diez minutos nos deja frente a un portal en el barrio de Chamberí. Apenas hablamos durante el trayecto, nos limitamos a entrelazar nuestros dedos mientras Madrid discurre silencioso a nuestro alrededor. El hechizo de la noche nos envuelve en el eco de todas las emociones bonitas que han ido construyéndose entre risas, bromas y cariño.

Subimos los tres pisos abrazados, mi cabeza sobre su hombro, su cuerpo sosteniendo el peso del mío, que ya no soporta los zapatos. Álvaro abre la puerta y me guía al interior. Mi mano sigue en la suya. La claridad anaranjada de las farolas nos permite llegar hasta la cocina sin encender ninguna luz.

—¿Te apetece comer algo?

—No, solo un poco de agua.

Llena un vaso para mí y otro para él. Nos lo bebemos sin quitarnos ojo. Me inclino para dejarlo en el fregadero y nuestros cuerpos se rozan. Una tensión conocida se construye a nuestro alrededor. Álvaro tira de mí con suavidad y me coloca entre sus piernas.

—Lo he pasado muy bien. —Sus dedos acarician mi cintura.

—Y yo.

Sonríe y mis labios siguen a los suyos.

—Me gusta verte reír. Me gusta cuando no te escondes.

Me sonrojo y desvío la mirada. Los dedos de una de sus manos suben por mi espalda y me acarician el cuello. Sus ojos buscan los míos y, sin palabras, nos decimos todo lo que importa en este momento.

—Vamos. —Me tiende la mano y la cojo sin dudar.

La habitación se encuentra en penumbra. Avanzamos hasta el borde de la cama y Álvaro me obliga a sentarme. Se aleja para encender una pequeña lámpara que emite la luz suficiente para que podamos percibirnos entre sombras. Vuelve, se arrodilla frente a mí y me quita los zapatos. Masajea con suavidad las plantas doloridas de mis pies y un suspiro de placer escapa de mi boca.

—¿Te gusta?

—Demasiado.

Escucho su risa baja y un poco ronca y pienso que se ha convertido en uno de mis sonidos preferidos del mundo. Se pone en pie y lo observo deshacerse de los zapatos y el jersey. Antes de que sus manos lleguen al cinturón, me levanto y las sustituyo por las mías. Álvaro sigue mis movimientos con los ojos entrecerrados mientras lo desabrocho y continúo con los botones del pantalón. Mis dedos rozan la piel caliente de su vientre y una ráfaga de aire caliente revolotea por mi cuello.

—Joder... —Da un paso atrás y termina de quitárselos junto con la ropa interior—. Ven...

Sus manos se enredan en el borde de mi blusa y la deslizan por mis brazos para dejarla caer en el suelo junto a sus pantalones. Sus ojos dibujan la curva de mis pechos, que se aprietan contra la tela del sujetador con cada

inspiración. Sus pulgares hacen el mismo recorrido y bajan por mis costados hasta encontrar la cinturilla del pantalón. Desabrocha el botón sin dejar de mirarme a los ojos e introduce las manos entre este y mi ropa interior. Los baja por mis piernas y me ayuda a quitármelos. Sin incorporarse, tira con suavidad de mis braguitas y me las quita a la vez que yo me deshago del sujetador. Se pone en pie y nos miramos a los ojos. Alargamos el momento. Solo se escuchan nuestras respiraciones.

Nos besamos con hambre, con toda la que llevamos reteniendo desde que nuestros labios se han rozado por primera y única vez esta noche. Y ya no existe la calma. Nos perdemos entre besos, caricias y palabras susurradas al oído. Nos volvemos necesidad de sentirnos, de explorarnos, de entregarnos; nos perdemos hasta encontrarnos el uno en el otro, hasta que el placer nos eleva para dejarnos rendidos sobre el colchón.

Amanecemos desnudos y enredados. Su pecho contra mi espalda, su mano abierta sobre mi vientre y una de sus piernas entre las mías, como si nuestros cuerpos fuesen dos polos que se atraen sin remedio. Álvaro me susurra que va a preparar el desayuno, que duerma un poco más. Me quejo al sentir la pérdida de su calor, se inclina y me besa con suavidad en los labios. «Shh, duerme, princesa».

El olor a café recién hecho y bollos me despierta. Abro los ojos y lo veo sentado a mi lado sobre el colchón.

—Buenos días, Blancanieves. —Sus labios se posan sobre los míos.

—Creo que te has equivocado de cuento. —Lo miro con ojos somnolientos mientras me desperezo como un gatito.

—En absoluto, en el mío solo hay una princesa capaz de volver loco al príncipe. —Tiene el pelo mojado, echado hacia atrás y huele a gel. Los ojos le brillan y una sonrisa curva sus labios. Está guapo de quitar el aliento—. ¿Tienes hambre? —Señala una bandeja llena con dos tazas, un plato de cruasanes, dos vasos y una jarra de zumo que descansa sobre la cómoda.

La miro y pienso que en mis veintiséis años es la primera vez que me traen el desayuno a la cama. Pienso que desde que nos hemos reencontrado, Álvaro ha llenado mi vida de primeras veces. De pronto, todo me resulta demasiado íntimo, demasiado intenso, demasiado complicado, demasiado.

—Vega, ¿estás bien?



Me muerdo los labios. Siento la tentación de levantarme de la cama y salir corriendo. Álvaro se mueve y se sienta más cerca. Coloca su pulgar en mi barbilla y sus ojos oscuros bucean en los míos. Su mirada me hace sentir más desnuda que el hecho de no llevar ropa.

—Cuéntamelo, por favor.

—No es nada.

—Algo es.

—Puede que sí, no lo sé. —Tomo aire y lo suelto de una vez antes de hablar de nuevo—. Es que es todo demasiado fácil, demasiado cómodo.

Sonríe y las arrugas de su frente se relajan.

—Y eso te parece un problema.

—Sí —respondo con sinceridad.

—No debería serlo. Vega, no somos dos críos que se dejan llevar sin entender el alcance de lo que hacen; somos dos adultos que se gustan y pasan tiempo juntos. No hay más conflicto ni drama.

Entiendo la lógica de su razonamiento, pero yo sí me siento un poco como la adolescente insegura que fui.

—¿De qué tienes miedo? ¿De mí?

Me muevo incómoda sin saber qué contestar, porque sí, tengo miedo. Miedo a implicarme demasiado; a que lo que siento cada vez que me toca o me mira, como lo hace en este instante, me engulla; miedo a perder el control de mis sentimientos, a defraudarme a mí misma por abrirme, de nuevo, a la persona equivocada y volver a sentirme tonta y utilizada; miedo a que hagan pedazos las piezas apenas recompuestas de mi corazón.

—Yo nunca te haría daño —dice serio.

Por desgracia, he aprendido que por sincera que sea la intención en eso nunca hay garantía. Muchas veces no hace daño quien quiere, sino quien tiene la capacidad.

—Vale —respira hondo—. Sin etiquetas, sin presiones, tú pones los límites. ¿Qué te parece así?

Me siento tonta al escuchar sus palabras; puede que me haya puesto un poco paranoica. Tampoco es que hubiera una propuesta de matrimonio entre los cruasanes.

—Perdóname —suspiro—. Es solo que me pone nerviosa. No estoy

acostumbrada a esto. —Hago un gesto que nos abarca a los dos y la habitación.

Arquea las cejas y sonrío.

—Déjame pensar. Seguro que se me ocurre una manera para conseguir que te relajes. —Se inclina sobre mí y sus labios recorren mi cuello.

Me recuesto sobre la almohada y cierro los ojos.

—¿Bien? —susurra, burlón, en mi oído. Asiento y sus manos tiran de la sábana, que se desliza hasta mi cintura—. Pues prepárate, porque todavía puedo hacerlo mejor.

—Fantasma.

—Calla y ven aquí. —Sonrío y me besa mientras me demuestra que sí puede hacerlo mucho mejor.

Al terminar, nos quedamos tumbados mientras nuestras respiraciones recuperan el ritmo normal. Álvaro coge el teléfono móvil de la mesilla de noche y abre una lista de reproducción en Spotify. Una melodía suave llena la habitación. Me atrae más cerca y coloca su mano en la parte baja de mi espalda. Dibuja círculos en mi piel con los ojos cerrados y su pecho sube y baja con suavidad. Observo su expresión serena y me imagino que la mía debe de ser igual. Me siento en paz.

—No creas que estoy disfrutando nada de nada —susurra con una pequeña sonrisa.

—No, por supuesto.

—No pienses que me gusta tenerte aquí.

—No, a mí tampoco me gusta estar aquí.

## Abriendo puertas (Álvaro)

No estaba pensando en amor, no. Mi curiosidad me pedía que me acercase. Quería conocerla de verdad, no solo lo que dejaba entrever; que me mostrase sus sueños, sus miedos; descubrir qué la hacía reír a carcajadas y también cómo borrar esa tristeza que a veces se colaba en su mirada; compartir sus recuerdos y esperanzas; despertar sus ganas de acercarse a mí; que destapase al Álvaro bajo la piel, el que no habita en su memoria.

Tampoco pensaba solo en sexo, con Vega habría sido imposible. Desde la primera vez que la besé supe que con ella todo adquiriría otra dimensión. Demasiada conexión, demasiadas ganas, demasiado de todo alborotando alrededor. Y mi predicción se cumplió. No fue solo sexo. Y decir esto es simplificar demasiado, rara vez una sola palabra puede definir algo tan complejo. Sexo puede ser un intercambio de placer, un follar bonito o la explicación del amor; la piel despejando las dudas.

No buscaba ni amor ni sexo, pero no le cerré las puertas a ninguno. Cada momento que pasaba con ella me volvía más codicioso. Sabía que debía tomármelo con calma, pero me moría de ganas de pisar el acelerador. Quería que confiase en mí y dejase de alejarme; me sentía capaz de derribar sus barreras una a una si eso era lo que necesitaba.

La miro dormida en el sofá de mi salón. El mechón oscuro que le cae sobre la mejilla, la curva de sus pestañas, sus labios entreabiertos. Soy incapaz de quitarle los ojos de encima mientras me pregunto qué tengo que hacer para no dejarla marchar, y no me refiero solo a este fin de semana.

## Los límites

Alegre y ligera, así es como me siento después de pasar el fin de semana con Álvaro. Al parecer, cuando se trata de él, yo tampoco tengo fuerza de voluntad. También como una adolescente a la que todo lo que descubre le parece diferente, único y especial, y eso me lleva a preguntarme si mis sentimientos por Darío no me mantendrían encerrada en una especie de burbuja que me aislaba de las emociones sanas.

—Despierta, Vega. —Borja chasquea los dedos frente a mis ojos con la misma sonrisa burlona que lleva dedicándome desde el viernes por la noche —. ¿Vas a contármelo?

—Ni en sueños. —Le sonrío con malicia y continúo preparando las cámaras.

—Al menos, tendrás que darme el teléfono de Álvaro.

Lo miro interrogante.

—Para darle las gracias por ponerte de tan buen humor.

—Eres idiota. —Pero se lo digo con una sonrisa.

—Y a ti solo te falta estornudar purpurina.

Le saco la lengua, como las niñas pequeñas, y se ríe.

—¿Ves? A esto me refiero.

No replico, porque tiene razón, en eso y en que me cuesta concentrarme en algo que no sea el olor del gel de baño de Álvaro, que todavía puedo percibir en mi piel y que me lleva de vuelta a la intensidad de su mirada, su voz grave, su risa, a los besos inesperados y las caricias inconscientes, a ese algo que se crea entre nosotros dos que me hace sentir bien, libre y en paz.

La puerta se abre y el alboroto que siempre acompaña a los chicos cuando están juntos me trae de vuelta a la realidad. Vamos a hacer las primeras fotografías para el calendario y todos miran nerviosos las sombrillas y los focos, pero en cuanto ponemos un poco de música y los más pequeños

comienzan a posar jaleados por Borja, el ambiente se relaja y todos empezamos a disfrutar.

Dos horas después, cansados y satisfechos, damos por terminada la sesión. Borja comienza a desmontar mientras yo guardo el equipo. Los chicos recogen la ropa y el material de *atrezzo*. Todos colaboran. Lola trata de doblar, sin éxito, una pieza de tela. Veo a Jota observarla en la distancia; duda, pero al final se acerca. Se sonríen y no se separan hasta que salen por la puerta.

—¿Qué miras con esa carita? —Borja se acerca y coloca un rollo de cable en la maleta.

—Que el mundo es de los valientes.

—Sabia reflexión. —Se inclina y deja un beso en mi coronilla—. ¿Nos vamos?

Llego a casa y lo primero que hago es darme una ducha y vestirme con ropa cómoda. Mientras me coloco cada prenda, no le quito ojo a mi teléfono móvil, que descansa sobre la mesilla de noche. Después de pasar todo el día pensando en él, siento la tentación de llamar a Álvaro, aunque solo sea para escuchar su voz, pero me digo que eso sería desdibujar los límites.

De camino al salón, escucho el timbre del portero automático. Descuelgo ilusionada, pensando si es posible que la capacidad que tiene Álvaro de leerme el pensamiento llegue hasta este punto. Pero no es su voz la que responde.

—Abre. Soy yo.

Espero en la entrada con la puerta abierta hasta que el ascensor se detiene en mi planta y se baja mi hermana. Viene hacia mí con sus andares de bailarina y nos damos dos besos y un pequeño abrazo.

—Hola. No sabía si estarías en casa.

—Acabo de llegar. —Me retiro para que pase y nos dirigimos al salón.

Clara se sienta en el sofá y yo me quedo de pie. Verla aquí me causa la misma sensación que no encontrar atasco a hora punta en la M-30; es extraño y poco habitual.

—Son bonitas. —Señala una serie de seis fotografías que, agrupadas en la pared, forman una panorámica de la luna llena suspendida en el cielo sobre la laguna.

—Gracias. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Tienes café?

Voy a la cocina y regreso con una taza de café solo para ella y una Coca-Cola para mí. Me siento en el otro sofá y dejo el refresco sobre la mesa de centro.

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien? —La noto inquieta y empieza a preocuparme que les haya ocurrido algo a mis padres y no sepa cómo decírmelo—. ¿Papá y mamá se encuentran bien?

—Sí, claro que están bien; de hecho, iban a salir a cenar con unos amigos. —Da un pequeño sorbo de su taza y me mira con sus ojos, iguales a los míos, aunque de un tono más oscuro de azul—. ¿Por qué ya no hacemos nada juntas, Vega?

La pregunta me coge por sorpresa.

—Comimos juntas hace unas semanas.

—Porque yo te lo propuse. Soy yo la que llama siempre, la que se molesta en verte. ¿Sabes? Me acuerdo de la primera vez que me caí con la bicicleta, fue en el pueblo. Hacía apenas dos semanas que papá me había traído una bici nueva, más grande, y todavía me sentía algo inestable. Tú ibas a ir hasta el río con tus amigos y yo me empeñé en acompañaros. Trataste de disuadirme, me explicaste que el camino tenía demasiados desniveles, pero no te hice caso. En la primera cuesta la rueda delantera se metió en una rodada y salí despedida. Me arañé la barbilla, el brazo y parte de la pierna. Me dolía muchísimo. Uno de los chicos me cogió en brazos y, de una carrera, me llevó de vuelta a casa. No dejaste de agarrarme la mano durante todo el camino y de decirme que no pasaba nada, y yo te creí, porque si estabas tú conmigo era imposible que nada malo pudiera ocurrirme. —Me sonríe con tristeza.

—Me acuerdo perfectamente, estaba muerta de miedo. Cuando llegamos a casa y mamá te curó, me encerré en el baño y estuve llorando media hora.

—Siempre he asumido que la distancia que interponías era una fase más en tu paso a la edad adulta, que la diferencia de edad era la que abría el abismo entre nosotras y que en algún momento pasaría y volveríamos a ser las mismas de siempre. No entendía bien por qué debía ser así, pero les ocurría lo mismo a algunas de mis amigas con sus hermanos mayores. Lo que

nunca pensé es que yo fuese la culpable de que te alejaras. —En la última frase su voz baja una cuarta.

No es necesario que ponga en palabras lo que ambas estamos pensando, pero aun así lo hace.

—Darío me lo ha contado.

Suspiro.

—¿Por qué ahora? —Es lo único que se me ocurre preguntar.

—Creía protegernos; sin embargo, todos estamos sufriendo de alguna manera. —Hace una pausa—. Debiste decírmelo. Si lo hubiera sabido...

—Habríamos sufrido las dos. ¿Qué sentido tenía? Nadie puede controlar de quién se enamora.

—¿Me odias?

La miro y veo a la niña rubia que me volvía loca con su cháchara interminable, que se metía en mi cama si había tormenta, que me pedía que le hiciese las trenzas porque me salían más bonitas que a mamá.

—Nunca podría. ¿Me odias?

—Nunca podría.

Nos sonreímos cohibidas.

—Yo solo quiero recuperar a mi hermana.

—Y yo, pero no sé cómo ser la persona que era.

—A mí me vale con que me dejes conocer a la persona que eres ahora. —Extiende la mano, coloco la mía encima y entrelazamos los dedos. Sonreímos cuando nos damos cuenta de que ambas tenemos las mejillas húmedas.

Clara se marcha un rato después. Hemos hablado de todo un poco y nos hemos puesto al día. Yo, por primera vez en demasiado tiempo libre de secretos, sin coraza ni escudo ni temor a mostrarme. He vuelto a sentir esa conexión que da la sangre, pero sobre todo el amor, a la que no dejaba espacio para que no doliese su falta, pero que, ahora me doy cuenta, lo hacía igual. Incluso hemos hablado de Álvaro. En palabras de Clara, es «un tío que merece mucho la pena». También me ha recordado que fue él quien la llevó de vuelta casa cuando se cayó con la bicicleta camino del río. Condenado

príncipe azul.

Cojo el teléfono, deslizo el dedo por la pantalla y abro el chat que compartimos.

¿También ayudas a las viejecitas a cruzar la calle y bajas gatos de los árboles?

Uhm... ¿Es una pregunta trampa?

Recuérdame por qué no te soportaba, ahora no se me ocurre ningún motivo

Lo siento, princesa, pero no voy a lanzar piedras contra mi propio tejado

Me lo imagino sonriendo y mis labios se curvan hacia arriba.

¿Qué haces?

Escuchaba música

¿Y qué escuchabas?

Tarda unos segundos en contestar.

Empiezo a sentirme un poco adolescente. Espera.

Me envía un enlace de YouTube y lo pulso intrigada. Suena Supersubmarina, *De las dudas infinitas*. Escucho y la piel se me eriza:

«Pequeña de las dudas infinitas, aquí estaré esperando mientras viva. No dejes que todo esto quede en nada porque ahora estés asustada».

¿La has escuchado?

Sí



¿Y?

Me gusta

Me recuerda a ti

*Por favor, Álvaro, no te comportes como el puñetero príncipe azul. El teléfono vibra en mi mano de nuevo.*

¿Me abrirás si llamo a tu puerta?

Me quedo mirando las palabras en la pantalla.

¿Y por qué harías eso a estas horas de la noche?

Porque quiero dormir contigo

Respiro profundo y cojo el teléfono móvil. A la mierda los límites. El mundo es para los valientes.

## De la mano por Madrid

Los días pasan sumidos en una rutina dulce. Por primera vez en mucho tiempo, siento que me muevo al mismo ritmo que mi mundo. Me gustan mi vida, mi trabajo, mi relación con mis amigos y que Álvaro forme parte de todo ello. Me gusta esta no relación que tenemos. Los mensajes a cualquier hora, los paseos por Madrid, las conversaciones hasta la madrugada, el sexo, las camas compartidas. Dos amigos con una conexión especial, que se lo pasan bien sin más, sin complicaciones ni dramas, sin explicaciones ni sentimientos difíciles de gestionar, sin pasado ni futuro, solo un presente para disfrutarlo juntos, en el que todo resulta divertido y estimulante de una forma desconocida para mí. Y fácil, muy fácil. Álvaro hace que lo sea.

Hablamos mucho. De todo. Del trabajo, de la familia, de los amigos, de cine, de música, de las ciudades que nos gustaría conocer. Cada vez me cuesta más identificarlo con aquel adolescente engreído que me sacaba de mis casillas, y es que a base de compartir momentos, hemos ido conociéndonos. Y disfruto arañando despacio, capa a capa, descubriendo sus rincones y aristas, los pequeños detalles, que, por cotidianos, lo hacen más él. Como que odia madrugar, pero se levanta siempre antes de que suene el despertador; que toma el café solo, pero se bebe los dos dedos que dejo en mi taza, aunque sea con leche, porque no soporta las cosas a medias; que no es vegetariano, pero si puede evitarlo no come carne; que prefiere leer a ver la televisión, la playa a la montaña y el invierno al verano; dormir desnudo, andar descalzo y su piel libre de tinta.

Pero no solo descubro cosas de Álvaro, también nos encuentro a nosotros en esos pequeños gestos. En la risa despreocupada que me contagia cuando se burla de mí; en la manera en que sus ojos me buscan cuando nos despertamos y me hacen sentir apreciada, deseada y preciosa; en la forma en que sus dedos siempre me rozan cuando lo tengo al lado, como si de forma

inconsciente su cuerpo se sintiese atraído hacia el mío.

Lo dicho, una rutina, que no lo es en absoluto, por la que se desliza el final de la primavera con una constante invariable: la felicidad.

—¿Pretendes impresionarme?

Álvaro me espera apoyado sobre la moto en la puerta del estudio. Lleva una camisa azul con las mangas dobladas hasta el codo y unos vaqueros desgastados. Tiene el pelo alborotado y está para comérselo. Se levanta las gafas de sol y me regala su sonrisa más canalla.

—Para nada. —Me agarra de las caderas y me acerca para darme un beso suave en los labios—. Pero si sigues mirándome así, voy a pensar que de verdad te gusto.

Acerco mi boca a la suya y antes de tocarla me desvío y dejo un beso en la punta de su nariz.

—Para nada —contesto y, como premio, recibo una carcajada y otro beso que hace que me derrita.

Aparcamos cerca del Palacio Real. El verano, que todavía no hemos estrenado, ya se siente en la ciudad y apetece disfrutarlo. Caminamos sin prisa por las calles de un Madrid que estamos haciendo nuestro a base de marcarlo con besos y risas compartidas, agarrados de la mano con una naturalidad que ya no me asombra. De vez en cuando, Álvaro acaricia el interior de mi muñeca y un cosquilleo sale disparado por mis terminaciones nerviosas, haciéndome sonreír.

No tenemos prisa y nos paramos para hacernos fotos en cualquier rincón, como si fuéramos dos turistas que descubren por primera vez la ciudad. Entre foto y foto, nos tomamos unas cervezas en Malasaña y hacemos hambre para comernos una pizza en Chueca antes de poner rumbo al Retiro. Cuando la tarde empieza a caer, buscamos un rincón cerca del lago para ver el atardecer. Nos tumbamos sobre la hierba con las manos enlazadas y la vista perdida en el cielo. El azul se tiñe de naranja y púrpura, el cuerpo de Álvaro sostiene el mío y yo solo puedo pensar que no querría estar en ningún otro lugar del mundo.

—Es perfecto —murmuro.

—Contigo siempre lo es.

Entramos en su piso con las bocas unidas y las ganas escapando por las manos, que se pierden bajo la ropa y la dejan esparcida por el suelo camino de la habitación. Nos detenemos junto a la cama y nos miramos a los ojos. Álvaro me acaricia el pelo, las mejillas, los labios. Mis dedos le dibujan el cuello, los hombros, el pecho. Se tumba sobre la cama y tira de mí para que me acomode sobre él. Nos besamos y la atmósfera cambia. Nos acariciamos sin prisa, con las bocas casi unidas, respirándonos. Lo introduzco despacio en mi interior y los dos gemimos. Se incorpora y nuestras frentes se tocan. Suspiro. Sus manos se deslizan por mi espalda dibujando un mundo nuevo en el que solo habitamos nosotros dos. Nos movemos despacio, perdidos uno en el otro, los movimientos acompasados al latido de nuestros corazones. Busco su boca y él la mía, y nos fundimos en un beso lleno de necesidad y algo nuevo que palpita poderoso. No hablamos. Lo hace cada beso, cada caricia, cada movimiento; la dulzura, la ternura y la pasión que se pegan a la piel; nuestras miradas entrelazadas cuando llegamos al orgasmo. No hay palabras de amor, pero sí suficiente intensidad para no poder ignorar que aguarda sobrevolándonos sobre esta cama.

Cuando Álvaro se duerme, paso horas mirándolo; de pronto, me siento pequeña. Algo tan inmenso como delicado nos acompaña en esta cama y no sé qué hacer con ello; puede que esté enamorada y eso no entraba en el plan. Pierdo la noción del tiempo intentando hallar una respuesta y la única conclusión a la que llego es que no tengo ni idea, pero me asusta horrores.

## La realidad (Álvaro)

De nada sirve derribar muros si los que viven dentro, al verse a la intemperie, corren a refugiarse bajo techo. Si el miedo, como un silencioso síndrome de Estocolmo, les secuestra los sueños y los anhelos, y los recluye en una zona donde creen encontrarse seguros cuando la realidad es que están aislados. La burbuja explotó a primeros de julio. Llevaba semanas mirando el calendario de reojo, acojonado, disfrutando de una tranquilidad que sabía regalada, almacenando sus sonrisas, el brillo de sus ojos color mar, el olor de su piel al despertar por la mañana, sin plantearme demasiado el futuro. Y un día, al encender el ordenador, allí estaba, llamando a mi puerta. Abrí el correo electrónico con un elefante sentado sobre la boca del estómago. El plazo expiraba, debía dar una respuesta. Tenía dos semanas para decidir algo mucho más importante que dónde trabajaría los próximos dos años.

Las alternativas no ayudaban, porque ni Vega iba a dejarlo todo por seguirme ni yo le pediría que lo hiciera. Yo no creía en las relaciones a distancia y, aunque por Vega habría estado dispuesto a intentarlo, sabía que ella no se encontraba en ese mismo punto. También podría quedarme, pero no quería hacerlo por el motivo equivocado. Siempre he pensado que el amor debe dar alas, nunca cortarlas. Ninguna opción era buena, sencillamente porque no estábamos preparados.

Escuchaba mucho una canción de Marwan que me recordaba a Vega y dice:

*«Yo sé que solo es miedo. Fantasmas de la infancia. Tú intentas arrojar el corazón por tu ventana (...) Tu piel me la regalas. El alma continúa anestesiada».*

Y la veía a ella luchando contra sí misma, contra un sentimiento que todavía le venía grande y no se atrevía a reconocer, y asumí la única realidad que quedaba ante mis ojos: que se nos había acabado el tiempo. *«Fuimos el*

*amor perfecto en el momento equivocado».* Sabio, Marwan.

## Un beso y un adiós

Veo a Álvaro mover la comida de un lado a otro de su plato y vuelvo a pensar que no está aquí del todo. Es una sensación que no sé determinar y me inquieta, un fantasma que se interpone y vela su sonrisa o apaga la luz de su mirada, que crea sombras que se ciernen sobre nosotros cuando nos metemos en la cama y solo somos capaces de espantar a base de caricias. No me gusta y no voy a mirar para otro lado a ver si a fuerza de fingir que no existe desaparece. Ya no soy así.

—Álvaro, ¿estás bien?

Mi voz lo trae de vuelta de ese lugar lejano y me sonrío.

—Sí, no tengo mucha hambre. —Aparta el plato y deja la servilleta sobre la mesa—. En realidad, no. En dos semanas tengo que estar en Los Ángeles.

Directo y sin anestesia, Álvaro cien por cien. Suelto el tenedor despacio, lo miro y espero. Se pasa las manos por el pelo y suspira.

—Puede que para quedarme una temporada.

Sus palabras me aturden. Me duele el pecho y el corazón golpea frenético contra las costillas. Siento que mis barreras se elevan de golpe.

—¿No dices nada?

—Qué puedo decir. Es tu decisión.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que solo me afecta a mí? —Busca mis ojos y yo desvío la mirada; no quiero que me lea, que vea cuánto me duele.

Como si supiese que necesitamos unos minutos, se levanta, recoge los platos y los lleva a la cocina. Cuando vuelve, rodea la mesa, se agacha frente a mí y coloca sus manos sobre mis piernas.

—Háblame, Vega. Dime algo.

—De verdad que no sé lo que quieres escuchar, Álvaro.

—Por una vez me gustaría saber qué es lo que sientes aquí. —Señala

con su índice mi corazón—. Dime si quieres intentarlo, porque yo estoy dispuesto a todo si es contigo.

Me siento confusa y perdida. No estoy preparada para grandes gestos o declaraciones de amor; no sé cómo manejarlo, me viene enorme, y por encima de eso, me asusta a morir abrir mi corazón; darle, de nuevo, tanto poder sobre mí a otra persona.

—Yo, no... No lo sé.

Leo la decepción en sus ojos.

—Entonces no hay mucho más de lo que hablar. —se incorpora y noto que se repliega sobre sí mismo. Sé que se está protegiendo. Lo comprendo, porque yo hago lo mismo y, aun así, me mata notar la distancia que se interpone entre los dos, a pesar de estar uno frente al otro. Me pongo en pie, le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la frente contra su espalda.

—Álvaro... —Sus manos cubren las mías—. Cuando empezamos esto sabíamos que tenía fecha de caducidad. Yo... yo necesito alguien que se comprometa.

Su voz es calmada, pero impacta en mí como una bofetada.

—¿Y tú qué das a cambio, Vega? El compromiso es una vía de doble sentido. Puede que yo me vaya, pero tú nunca has estado. —Suelta mis brazos y se aleja hacia la ventana.

Me quedo muda. No quiero entrar en una guerra de reproches, aunque mi parte más cabezota grita a pleno pulmón dentro de mi cabeza que si me quisiera no se marcharía, que querer es desear estar junto al otro para siempre.

Me siento en el sofá y durante unos minutos permanecemos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando Álvaro se da la vuelta, su expresión es de derrota.

—Debería irme a casa.

Cuatro palabras, solo eso. Camina hasta mí y posa sus labios sobre mi frente. Cierro los ojos y trato de aferrarme a su tacto, a su olor. No los abro cuando dejo de sentirlos. Lo siguiente que escucho es el sonido de la puerta al cerrarse.

Permanezco así unos minutos. Cuando abro los ojos de nuevo, me doy cuenta de que estoy llorando. Me seco las lágrimas, pero otras nuevas caen



obstinadas. Trato de entender qué es lo que ha pasado, cuándo algo, en apariencia sencillo, se ha vuelto enorme y frágil, y por qué, si estaba preparada para que Álvaro se marchase en algún momento, pensar en perderlo no deja de doler.

Lo único que consigo es una jaqueca que logra que me levante del sofá y, agotada, triste y sin respuestas, me meta en la cama, abrace la almohada que todavía huele a él y, contra todo pronóstico, me duerma.

Me despierto a las siete sin necesidad de que suene el despertador y lo primero que hago es mirar el teléfono móvil por si tengo algún mensaje de Álvaro, pero no hay nada nuevo en nuestro chat. Me trago la decepción, me levanto, me doy una ducha y media hora después voy camino del estudio.

El día pasa demasiado lento y yo estoy tan ensimismada que hasta Borja me deja por imposible, alegando que si no me molestan sus pullas meterse conmigo pierde toda la gracia. De camino a casa siento la tentación de desviarme e ir a ver a Álvaro, pero a mitad de trayecto me acobardo y doy media vuelta. No hay nada nuevo que pueda decirle respecto de nuestra última conversación.

Ceno un sándwich frente al televisor con la atención dividida entre su pantalla y la del teléfono móvil. Ni siquiera hemos discutido. O sí. Estoy tan confundida que ya ni lo sé. Solo sé que la conversación de ayer me supo a despedida. Me convengo de que la presión que siento en el pecho se debe al mal sabor de boca de dejar las cosas así. Que después de todo lo bonito que hemos compartido nos merecemos otra despedida.

Según levanto el teléfono de la mesa, se ilumina la pantalla.

Siento haberme ido ayer

Me invade tal sensación de alivio que se me humedecen los ojos.

Yo también

¿Qué tal tú día?

Un desastre, no he podido dejar de pensar en ti.

Aburrido

¿Nada de perros, niños u otros seres malvados?

Sonrío.

No, nada de diversión

La pantalla se queda inmóvil unos segundos eternos.

Me apetece verte

Y a mí

¿Te recojo mañana en el estudio?

Sí

Buenas noches, princesa

Buenas noches

Suelto el teléfono con una sonrisa en los labios y un rayito de ilusión que se abre paso en mi interior y espanta parte de la tristeza.

Si ayer el día pasó lento, hoy ha sido una auténtica tortura. He estado tan ansiosa y gruñona que Borja ha amenazado con encerrarme en el almacén. Lo ha dicho tan serio que lo he creído capaz y me he ido al bar a por una tila para mí y un bocadillo de jamón para él, en recompensa por aguantarme. Por suerte, las agujas del reloj nunca dejan de correr y Álvaro acaba de aparcar frente al estudio. Le digo adiós a Borja, que murmura un «ya era hora», y salgo a su encuentro. Estoy tan nerviosa que no caigo en la cuenta de que ya no sé cómo debemos saludarnos, hasta que me encuentro parada frente a él y tengo que disimular.

—¿Sigues tratando de impresionarme?

Se ríe y posa sus labios en mi mejilla.

—Si lo logro, avísame. —Me tiende el casco—. Hace buena tarde, ¿te apetece dar un paseo?

El cielo está despejado y huele a verano. No se me ocurre mejor plan. Se lo digo mientras me acomodo tras su espalda y un minuto después nos confundimos entre el tráfico de la capital. Me aprieto contra su cuerpo como he hecho tantas veces y siento su calor. Un nudo me aprieta la garganta cuando me doy cuenta de que esta puede ser la última. No quiero ponerme emotiva. Me concentro en disfrutar, en la sensación del viento al coger velocidad y el cambio del paisaje a medida que abandonamos el centro de la ciudad.

Circulamos en dirección norte. Tras un rato, las carreteras comienzan a ser de doble sentido. No tengo idea de adónde vamos y tampoco es que me importe demasiado; me conformo con ir abrazada a Álvaro y disfrutar esta sensación de libertad. Subimos por una ladera de curvas cerradas hasta desviarnos por un camino. Cinco minutos después, nos detenemos en lo que parece ser un mirador.

Álvaro se quita el casco y lo coloca sobre el depósito. Luego, se vuelve y me tiende la mano para ayudarme a bajar. Cuando poso los pies en el suelo, tira de mí con suavidad, alza las manos y, con un movimiento hábil, desabrocha mi cierre. Nuestros ojos se encuentran. Recuerdo otra noche hace un millón de años, otro paseo en moto y los mismos ojos oscuros y cálidos, y me pregunto cómo no pude ver todo lo que veo ahora: la ternura, la honestidad, la pasión, la conexión, la magia.

Álvaro deja la luz de la moto encendida para que ilumine el camino y me toma de la mano. Avanzamos hasta el borde del mirador y las luces de Madrid se despliegan ante nosotros formando un universo propio.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Me sonrío y quiero besarlo.

—Pues no has visto lo mejor. —Se aleja y un momento después la oscuridad de la noche nos rodea.

Cuando regresa, me guía hasta una manta que ha extendido en el suelo y me pide que me tumbe. Obedezco y él lo hace a mi lado. Me rodea con los brazos y yo me acomodo en la curva de su cuello.

—No quería marcharme sin volver a mirar las estrellas contigo. No estamos en la laguna, pero es bonito igual.

—No te pega nada ir de sentimental —digo sonriendo, tratando de quitar emotividad al momento.

—Lo sé, solo tú sacas mi lado cursi. —Me estrecha contra su cuerpo y besa mi pelo.

Permanecemos abrazados en silencio mucho rato. La tristeza flota en el ambiente y cada vez ocupa más espacio, hasta ser una más sobre aquella manta. La pregunta me amarga en la lengua. Necesito quitarme la tiritita de una sola vez.

—¿Cuándo te vas?

—El viernes. He adelantado el vuelo, tengo asuntos que solucionar antes de la reunión.

Inspiro para contener la pena que amenaza con desbordarse desde mis ojos. La magia se desvanece y la realidad me golpea con fuerza. Sea lo que sea lo que compartimos, esta noche lo haremos por última vez.

—No me voy al fin del mundo. Son doce horas de avión, puedes venir a visitarme. Te llevaré a ver a los Lakers, al Paseo de la Fama, a comer sushi a Little Tokio, a la playa de Venice...

—Suena divertido. —Intento sonreír, pero termino haciendo un puchero que anticipa un sollozo.

—Eh, no llores. —Se incorpora y me sienta en su regazo—. Lo hemos pasado bien, ¿no? Quedémonos con lo bueno.

Asiento sin poder controlar las lágrimas. Entierro la cara en su camiseta y Álvaro me acuna con suavidad.

El camino de vuelta lo hacemos despacio, queriendo alargar el poco tiempo que nos queda juntos. Nos detenemos frente a mi portal y nos bajamos de la moto. Le tiendo mi casco y Álvaro lo coge. Ha llegado el momento. Nos miramos a los ojos. Álvaro murmura un adiós y yo un buen viaje. Sus manos rodean mi cintura, se inclina y apoya su frente contra la mía.

—Recuerda, los límites los pones tú. —Me besa con suavidad en los labios y se aparta. Es la señal para que me marche.

Camino hacia el portal y me resisto a la tentación de girarme para verlo una última vez. He avanzado apenas un metro cuando lo oigo llamarme. Me

detengo en medio de la acera, me doy la vuelta y lo miro.

—No creas que me he enamorado de ti.

Trago saliva, abrumada por las emociones. Podría decirle que no quiero que se vaya, que lo que siento por él no lo he sentido nunca antes, que nos merecemos una oportunidad. Las palabras trepan por mi garganta y mueren en mis labios. No sería justo para ninguno de los dos, no puedo pedir lo que no estoy segura de poder dar. El compromiso es una vía de doble sentido, ya lo dijo Álvaro.

Esboza una pequeña sonrisa y yo lo imito. Nuestras miradas se enlazan en la distancia llenas de todo aquello que no debemos o podemos decir. Estiro los últimos segundos y me empapo de su imagen antes de darme la vuelta y dirigirme hacia mi portal. El sonido de un motor al arrancar llena la calle. Continúo caminando. Antes de que haya alcanzado la puerta, se ha perdido en la distancia.

Entro en casa, cuelgo las llaves y enciendo la lámpara de pie del salón. Luego voy a mi habitación y comienzo a desvestirme. Doblo con cuidado cada prenda que me quito, las apilo y las coloco en el armario. Las zapatillas las dejo bien alineadas en la esquina, junto al sillón. Me pongo el pijama y me dirijo al cuarto de baño. Frente al espejo, me deshago despacio la trenza, enrolló mi pelo en un moño y lo sujeto en lo alto de la cabeza, me lavo los dientes y la cara, me aplico crema hidratante, miro el reloj. Todavía es pronto para acostarme. Regreso al salón, me siento en el sofá y enciendo la televisión.

El timbre suena una hora después. Una chispa de esperanza me levanta del sofá y me apresuro a abrir la puerta, porque aunque mi parte racional me diga que hemos hecho lo correcto, la emocional quiere que Álvaro sea valiente por los dos y no sé de por vencido; sin embargo, no es a él a quien encuentro en el rellano, sino a mi hermana.

—Hola. —Hace una pausa y cambia el peso de un pie al otro—. Álvaro llamó hace un rato para despedirse. He pensado que quizá te apetezca compañía. —Levanta las manos. En una sujeta un paquete de cervezas y en la otra una bolsa de donuts de chocolate. Sus labios se curvan en una sonrisa cohibida—. Puedes elegir.

La observo unos segundos en silencio, luego alargo la mano y cojo los

dos. Nos sonreímos a la vez, doy un paso atrás y abro la puerta del todo para permitirle pasar. Entramos y hago una parada en la cocina para buscar un abridor. Cuando regreso al salón, Clara ya se ha acomodado en el sofá. Paso por delante de ella, coloco mi carga sobre la mesa y recupero mi posición frente al televisor.

—¿Quieres hablar?

Niego con la cabeza y me estiro para coger el mando a distancia.

—Estás viendo *Stranger Things*. Me encantó la primera temporada. La segunda todavía no la he empezado. ¿Por qué capítulo vas?

Tengo el pulgar sobre el botón de inicio y los ojos fijos en la pantalla donde la imagen continúa congelada. Clara se gira hacia mí.

—¿Vega?

Mi hermana no pronuncia ni una palabra más. Me rodea con sus brazos y se limita a sostenerme mientras la angustia que me aplasta el pecho escapa en forma de lágrimas.

## Recuperarme

No puedo decir que despedirme de Álvaro fuera lo más difícil que he hecho nunca. La vida resulta demasiado compleja, nos coloca infinidad de veces en situaciones delicadas y dolorosas como para otorgar a su marcha el primer puesto del *ranking*. Sí fue triste. Lo echaba mucho de menos. Los días me parecían más largos y tediosos sin sus besos, sin sus risas, muchas de ellas a mi costa, sin su olor o el calor de su cuerpo en la cama al despertarme por las mañanas. Así transcurrieron las primeras semanas, sumida en una especie de limbo que sobrellevé a base de helado de chocolate (no me juzguéis), lágrimas y cabezonería.

Pero, como reza el dicho: «No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista». Los días han ido pasando, cada uno con su porción de pena, y yo he seguido con mi vida, mis fotos, mis bromas con Borja, mis viernes de chicas y alguna costumbre nueva, como ir a pasar los fines de semana con mis padres a la casa de la laguna.

De esta última he de decir que al principio me resultaba raro e incómodo. Me sentía una extraña en mi propia familia, muerta de ganas de acercarme, pero sin saber cómo abrir las puertas que tanto tiempo había mantenido cerradas. Al final, me di cuenta de que era mucho más sencillo de lo que imaginaba, porque, sí, yo me fui, pero ellos siempre estuvieron ahí para mí. Así que, poco a poco, entre noches de cielos estrellados y días soleados de verano, las viejas rutinas de desayunos compartidos, sobremesas en la cocina a resguardo del calor de media tarde y conversaciones en el jardín bajo la luz de la luna han ido abriéndose camino.

—Esto parece un campo de batalla. —Esquivo dos botes enormes de pintura que entorpecen el acceso a la cocina y me acerco a mi madre, que me sonrío sentada frente a su taza de café—. Buenos días. —Me inclino y beso la mejilla que me ofrece.

—Buenos días, cielo. ¿Has dormido bien?

—Sí, hasta que alguien decidió que las nueve no era demasiado temprano para ponerse a dar martillazos. —Saco una taza del armario y, antes de añadir la leche, vacío media cafetera en su interior—. No sé cómo lo aguantáis. —Me dejo caer en una silla a su lado y me sujeto la cabeza con una mano.

—Es un superpoder que solo tenemos los padres. Se llama superpaciencia y viene en el mismo paquete que la superresistencia. Va muy bien para hijas cabezotas e inasequibles al desaliento. —Mira hacia el salón por donde se acercan mi padre y mi hermana, y su sonrisa se ensancha.

—He dicho que no, Clara. Estas paredes llevan así cuarenta años y así quiero que sigan.

—Pero, papá, entraría más luz y ganarías espacio.

Mi padre se acerca y nos besa a mi madre y a mí. Luego va en busca de la cafetera, seguido de cerca por mi hermana, que lleva un pañuelo tapándole el pelo y una mancha de pintura en la barbilla. Se sirve el café y espera con paciencia a que esta termine su argumentación y lo mire esperanzada. Toma aire con expresión resignada.

—Sabes que te quiero más que a mi vida, pero no vas a tirar ninguna de mis paredes, tesoro. —Le sonrío, besa su coronilla y se marcha sin darle oportunidad de replicar.

La frustración de Clara debe sentirse, al menos, en diez kilómetros a la redonda. Suspira y abre la nevera para sacar una botella de agua. Cuando se da la vuelta, nos mira como si acabase de darse cuenta de que estamos aquí. Esboza una sonrisa tan dulce que me chirrían los dientes solo de verla, y se sienta en la silla que queda vacía al otro lado de nuestra madre.

—Mami...

Mamá enarca una ceja y alza la mano con la palma extendida.

—Ni lo intentes, pequeña. No es no. —Se levanta de la mesa, posa los labios en el mismo punto donde lo ha hecho su marido un minuto antes, deja la taza en el fregadero y sale de la cocina. Clara hace un puchero y yo disimulo una sonrisa.

La observo alcanzar a mi padre y susurrarle algo al oído antes de besarlo en los labios. Él la responde deslizando el dorso de los dedos por su mejilla.



Cada gesto transmite un cariño auténtico. Siento una pequeña punzada en el pecho y no puedo evitar acordarme de Álvaro. Porque aunque el mundo siga girando sin contratiempos a pesar de su ausencia, lo añoro muchísimo, creo que cada día más. No siento que mi vida se encuentre vacía ni nada por el estilo; es más, podría decir que en este tiempo me he centrado y he madurado; he vuelto a encontrar mi sitio en el mundo y estoy feliz. Me gusta mi trabajo, tengo buenos amigos y una familia estupenda. Ya no me escondo. Me muestro tal como soy y soy más yo misma que nunca, una Vega diferente a la niña impresionable de los doce años o a la adolescente enamoradiza de los dieciséis, o a la joven vulnerable de los veinte, con algo de todas ellas y mucho más. Sin embargo, cuando me ocurre algo bueno, divertido o incluso embarazoso, la primera idea que acude a mi cerebro es que quiero contárselo a Álvaro, compartirlo con él. El chirrido de las patas de la silla sobre la que se balancea Clara me trae de vuelta de mis pensamientos.

—Parece mentira que todavía no hayas aprendido a sentarte como las personas normales. —Apoyo la mano en su muslo y la hago bajar—. Y sobre papá y mamá, ten un poco de piedad, enana. Vas a volverlos locos. Solo es una boda, no hace falta tirar la casa abajo, ya tiene suficiente encanto.

—No es solo una boda. Es mi boda —dice con la boquita pequeña.

—Ya sé que es tu boda. ¿Crees que podría olvidarme de que se casa mi hermanita? Además, tú no me dejarías. No hablas de otra cosa. —Clara me mira molesta y yo le regalo una sonrisa burlona y un guiño.

—Hablando de la boda...

—Si quieres que te ayude a pintar, encalar o cualquier otra cosa que se te ocurra, te recuerdo que yo soy la fotógrafa. En mi contrato no dice que tenga que hacer trabajos de albañilería u oficios varios.

—Vale, ya me lo has dejado claro. Pero no, no es eso. Solo quería decirte que Darío viene esta tarde.

Suspiro.

—Vega, es vuestra relación. No me he metido hasta ahora y no pienso hacerlo, solo te digo que todos cometemos errores y Darío es humano. No es perfecto, pero tiene buen corazón. Yo ya lo asumí hace tiempo. —Me da un pequeño apretón en el antebrazo y se marcha dejándome a solas con sus palabras y mis pensamientos.

Darío. Me cuesta creer que alguien que ha estado tan presente en mi vida y mi cabeza durante años se haya convertido en un recuerdo. Hace meses que no nos vemos; desde aquella tarde en el camino, a unos pocos metros de aquí. Y si miro en mi interior no queda rastro del dolor o la tristeza, ni tan siquiera del rencor; solo una nostalgia sana y un leve pesar por no haber sido capaces de hacerlo mejor. Quizá ha llegado el momento de cerrar de forma definitiva ese capítulo de nuestras vidas, porque, como dice mi abuela Marina, perdonar y olvidar es la única manera de seguir avanzando.

Con esa idea germinando en un rinconcito de mi cerebro, silenciosa como un fantasma, me paseo durante gran parte del día por la casa, cámara en mano, e inmortalizo cada momento de este verano que se me antoja especial. Fotografío a mi madre sentada en la cama con expresión nostálgica, el viejo arcón abierto y nuestra ropa de bebé alrededor; a mi padre, que observa con mirada orgullosa a Clara mientras ella le explica algún tema técnico; a mi hermana, con los ojos brillantes de emoción al ver la prueba de la decoración del jardín. En definitiva, todos aquellos instantes especiales que no quiero olvidar.

Cuando cae la tarde y el sol comienza a ocultarse, subo a mi habitación y guardo la cámara. Por las contraventanas abiertas de par en par puedo ver los primeros tonos que tiñen el cielo sobre la laguna de atardecer. Salgo del cuarto y bajo las escaleras corriendo como cuando era pequeña. No quiero perdérmelo.

Aflojo el paso al llegar al sendero de las hadas; estoy sin aliento. Paseo tranquila bajo los árboles, disfrutando de la paz que se respira. Unos metros antes de llegar al embarcadero, en la distancia, distingo un vehículo aparcado en uno de los laterales del camino. Lo reconozco al instante. Es el coche de Darío. Sigo adelante. No me cuesta trabajo imaginar dónde se encuentra su dueño.

Lo veo sentado al borde del embarcadero, con los brazos alrededor de sus piernas dobladas y la vista fija al frente. Los tablones de madera crujen bajo mi peso cuando me acerco. No desvía la mirada hasta que me siento a su lado.

—Hola.

—Hola. —Me sonrío con calidez y sus ojos vuelven a perderse en la distancia.

—¿Qué, cogiendo fuerzas antes de la batalla?

—Algo parecido. Disfrutando del único momento de calma que tu hermana va a permitirme este fin de semana.

Sonreímos. Nos mantenemos unos minutos en silencio mientras observamos cómo el sol se oculta tras las montañas. Lo oigo inspirar y luego exhalar con lentitud.

—¿Cómo estás?

—Lo cierto es que bastante bien.

Sus ojos color miel se pasean por mi rostro y asiente.

—Sí, lo parece.

—¿Y tú cómo lo llevas?

—Mejor de lo que esperaba, con ganas de que llegue el día.

Volvemos a quedarnos callados, aunque esta vez la pausa solo dura unos segundos.

—Quizá no debería preguntar, pero... ¿En qué punto nos encontramos, Vega?

Lo miro. Recorro esos rasgos que me sé de memoria y me doy cuenta de que puede que lo haya querido, pero fue de una manera inmadura e idealizada que tenía mucho más que ver con lo que yo esperaba que fuese el amor que con los sentimientos que existían entre los dos, a años luz de distancia de los sentimientos que Álvaro despierta en mí: la complicidad, la conexión, la pasión. Es en este preciso instante cuando me atrevo a admitir que lo que siento por Álvaro no puede ser otra cosa que amor, con mayúsculas, y nunca lo he sentido antes.

—Supongo que en un nuevo punto de partida.

—¿Amigos?

—De momento, cuñados que se tienen cariño y que con el tiempo podrán serlo.

Álvaro esboza una pequeña sonrisa y se pone en pie. El sol es apenas una franja naranja en el horizonte.

—¿Vienes?

—No, me quedo un rato más.

Se inclina y deja un beso suave en mi mejilla.

—Gracias.

Niego con la cabeza y le sonrío. Supongo que ambos necesitábamos darle un final adecuado a esta historia, a pesar de lo que ocurrió, porque en su momento aquellas tres semanas fueron las mejores de mi vida y prefiero quedarme con eso, recordar lo bonito y usar el cariño como base para reconstruir nuestra relación.

Escucho sus pasos al alejarse y, al poco, el sonido de un motor. Me tumbo sobre la madera caliente con la mirada fija en el inmenso cielo azul y dejo mis pensamientos volar libres. Parece mentira lo distintas que pueden ser las cosas dependiendo de con quién las vivamos. Dice Paulo Coelho que: «Amor es solo una palabra. Hasta que alguien llega para darle sentido». Ahora sé que esa persona puede tardar más o menos tiempo en aparecer, pero ha de ser la adecuada. Darío fue lo que siempre quise y nunca necesité; Álvaro, justo lo contrario. De Darío me enamoré a primera vista, dejé de tocar suelo y le cedí todo el espacio, de tal manera que cuando se fue me quedé vacía. Con Álvaro no viví ese flechazo, no perdí la cabeza, loca de amor; construimos algo único mezcla de amistad, complicidad y amor, y cuando se fue una parte de todo aquello se quedó conmigo y sigue acompañándome sin perder intensidad a pesar de la distancia. Por primera vez en todo este tiempo me pregunto si no disfracé mi cobardía de razón.

Cuando regreso a casa, la luna hace rato que domina en el cielo y está oscureciendo. El monólogo interior que he mantenido me ha puesto un poco melancólica. Atravieso el portón y doy un rodeo por el jardín, sin ganas de hablar con nadie. Mi madre me encuentra, rato después, tumbada sobre la hierba, mirando las estrellas.

—He pensado que tendrías hambre. —Se sienta a mi lado y deja un plato con una rebanada de pan con tomate y jamón.

—Gracias.

—Son bonitas, ¿verdad? —Señala al cielo y yo asiento—. De pequeñas pasabais horas aquí tumbadas; querías comprobar si podíais contarlas todas.

S sonrío. Todavía me acuerdo. El silencio nos envuelve. Me giro y busco la calidez de sus ojos.

—Mamá, ¿cómo supiste que estabas enamorada de papá?

—Hay infinidad de detalles que me lo recuerdan todos los días, pero si tuviera que elegir uno solo, diría que me hace ser la mejor versión posible de mí misma.

Suspiro y una lágrima solitaria rueda por mi mejilla. Mi madre me acaricia el pelo con ternura. Me da tiempo hasta que estoy preparada para hablar.

—Lo he estropeado, mamá.

—Y ahora que lo sabes puedes buscar la manera de arreglarlo.

—¿Y si ya no tiene solución?

—Lo habrás intentado. Siempre hay dos opciones: conformarte o arriesgar. Cariño, si quieres a alguien debes demostrárselo. Solo tú puedes decidir si el riesgo merece la pena. Y si decides no luchar, entonces será que puedes vivir sin esa persona a tu lado.

Miro a mi madre y creo que es la primera vez que la veo de verdad desde hace años. Los ojos cálidos que buscaban bajo mi cama por si había monstruos, los labios tiernos que me contaban cuentos antes de dormir, las manos dulces que me acunaban y consolaban. Las palabras nacen con fuerza en mi interior y brotan sin esfuerzo.

—Te quiero mucho, mamá.

A pesar de la oscuridad, puedo ver el brillo emocionado en sus pupilas.

—Y yo a ti, cariño. Te quiero muchísimo. —Se inclina, besa mi frente y se pone en pie—. Amar es el regalo más bonito que puedes darle a otra persona. Si es eso lo que sientes, no deberías guardarlo en tu interior. —Un universo de cariño se esconde en la sonrisa que me muestra antes de volver al interior de la casa.

La sigo cinco minutos después. Subo directa a mi habitación y cierro la puerta. Me siento en la cama y coloco el portátil en mi regazo. Me sudan las manos y una hoguera arde en la boca de mi estómago cuando abro Skype y pulso el botón de llamada. En Los Ángeles debe de ser bastante temprano. Las palabras me hacen cosquillas en los labios. Las repito en un mantra silencioso, porque ya no las puedo contener. Y aunque hoy no pueda pronunciarlas, sé que estoy preparada para hacerlo. Porque todos los «te quiero» que nacieron en un lugar cálido y seguro de mi interior, y no fueron capaces de salir por miedo, orgullo, vergüenza e, incluso, cobardía, todos

ellos son para Álvaro. Porque por él merece la pena arriesgar. Porque puedo vivir sin él, pero no quiero hacerlo.

## Lo que somos (Álvaro)

Nunca he temido a los monstruos. Desde pequeño me enseñaron que hay que enfrentarlos. El problema viene cuando no son los tuyos los que tienes que derrotar. Me marché de Madrid sabiendo que cuando no puedes ganar, tienes que aguantar y esperar el momento adecuado. Dejé las puertas abiertas de par en par con la confianza de que un día Vega estaría preparada para cruzarlas. Tras meses sin tener noticias de ella, la esperanza ya no es suficiente.

Son las siete de la mañana en Los Ángeles y ya hace rato que estoy despierto. El silencio es mi compañero de cama y no me gusta. Me siento extraño desde que he vuelto. La casa me parece fría y demasiado vacía, a la ciudad le falta brillo. No termino de acostumbrarme. Empiezo a pensar que el problema está en mí y en que soy incapaz de no asociar a Vega con la palabra hogar.

Me levanto de la cama de mal humor. La impotencia es un sentimiento difícil de tolerar, un verdadero castigo si te obligas a hacerlo durante demasiado tiempo. Me sirvo un café y apoyo los codos sobre la isla. Observo el perfil de Los Ángeles a través de la ventana y tomo una decisión. Ha llegado el momento de soltar amarras y decir adiós. Demasiado tiempo pensando en Vega, demasiado tiempo echándola de menos, demasiado tiempo manteniendo mi vida en espera por una persona que no quiere formar parte de ella.

La primera llamada llegó una semana después de que tomase la decisión de dejar de esperarla. Cuando su imagen apareció en la pantalla del ordenador, me quedé embobado mirándola, hasta que la realidad ocupó su lugar de golpe y me recordó que en meses no había querido saber nada de mí.

Estuve a punto de no descolgar. No pude hacerlo, no quise imponerle mi silencio porque sabía lo que era sufrir el suyo; tampoco negarme el placer de mirar su preciosa cara otra vez. Fue una conversación breve en la que no nos reconocí y que me dejó un regusto agri dulce.

La primera carta la encontré en mi buzón pocos días después de la llamada. La abrí nervioso, como un quinceañero al que le entregan una nota de la chica que le gusta. Dentro solo encontré una fotografía de Vega sentada frente a la laguna mirando al horizonte. La giré y encontré una nota al dorso: «...porque a tu lado siempre me siento yo al cien por cien». La observé y sentí calma por primera vez desde que volví. Puede que no lo hubiera dicho con palabras, pero ahora sabía que estaba preparada para luchar.

La siguiente llamada la hizo el mismo día y a la misma hora de la semana anterior. Esta vez la conversación se alargó. Hablamos de ella, de mí, de su vida en Madrid y la mía a nueve mil kilómetros, de nuestras nuevas rutinas y cómo nos estábamos adaptando a ellas. Vega no dijo nada de la fotografía. Yo tampoco. Sus ojos brillaban más y su sonrisa me hizo desear estar a su lado en ese mismo instante. Colgué deseando tener una máquina del tiempo que me ahorrara los siguientes siete días.

La segunda carta llegó con solo otra fotografía en su interior, que mostraba un primer plano de mi sonrisa y el texto: «...porque una de mis cosas preferidas en el mundo es reír contigo». Quise coger un avión y regresar a su lado; no lo hice. Por primera vez sentí que teníamos todo el tiempo del mundo. No había por qué precipitarse.

Hemos seguido la misma dinámica durante otras dos semanas. Ahora hablamos durante horas, de ella, de mí, de nosotros, de todo lo que nos ocurre y de cualquier cosa, y mientras lo hacemos la magia, la conexión y todo lo que sentimos van haciéndose patentes. Las llamadas se nos quedan cortas y hemos tenido que volver a los mensajes de texto a cualquier hora. Lo que no varía es que a cada llamada le sucede una carta, ese secreto a voces que compartimos solo los dos. La última muestra un cielo estrellado y la nota: «...porque no es necesaria la fantasía si en mi corazón siempre estás conmigo». Después de leerla deja de parecerme suficiente compartir minutos a través de una pantalla.

El ordenador descansa abierto sobre la mesita del salón. La pantalla de



Skype permanece inmóvil. Consulto el reloj y pasan cinco minutos de la hora. En el teléfono tampoco hay ningún mensaje. Estoy a punto de marcar su número cuando suena el timbre de la puerta. Miro preocupado la pantalla del ordenador una última vez antes de levantarme del sofá para abrir.

—Hola.

Ella y su maldito poder sobre la fuerza de la gravedad. Me quedo clavado al suelo como un crío impresionado mientras me pierdo en su pelo, un poco revuelto tras el viaje; sus ojos, que me observan inquietos, y su boca, que se curva de forma leve en los bordes.

—Hola. —Sonrío—. ¿Qué haces aquí?

—Me apetecía conocer Los Ángeles, una vez me invitaste.

—Fue a San Francisco —digo burlón y su sonrisa se ensancha.

—Un pequeño detalle sin importancia. Además, tenía que darte esto —mete la mano en el bolso y saca un sobre blanco, que me tiende.

Busco sus ojos. Cojo el rectángulo de papel y lo abro despacio. La fotografía solo nos muestra a nosotros dos abrazados en un sofá. La reconozco de inmediato, fue la primera vez que hicimos el amor y casi me parece escuchar la lluvia repicando sobre el tejado aquella noche. La giro y leo: «Podría llenar álbumes enteros de fotos que muestren todas las razones por las que te quiero. Si me das la oportunidad, podemos empezar a llenar el primero. Te quiero...».

La atracción, la complicidad, el deseo, el amor siguen aquí multiplicados por mil y lo llenan todo. Vega da un paso hacia mí.

—Te quiero, Álvaro, como nunca lo hubiera creído. A pesar de la distancia o a causa de ella, porque este tiempo separados no ha hecho que te quiera menos, sino más. Porque me has ayudado a descubrirme y a crecer, y te he llevado conmigo a cada momento, en cada cosa buena o mala que he vivido. Porque «para siempre» no se encuentra en una ubicación geográfica, «para siempre» somos nosotros.

Sus ojos se aguan y la barbilla le tiembla, y yo ya no puedo esperar más para abrazarla y perderme en sus labios. Nos besamos y nos olvidamos de todo, hasta que escuchamos a un vecino carraspear. Disimulamos, pero me temo que no tiene remedio.

—Eres un anfitrión pésimo, ni siquiera me has invitado a pasar. —Sus

mejillas están sonrosadas y sonrío de esa manera que me acelera el corazón.

Tiro de ella, que ríe a carcajadas, cierro la puerta y la beso de nuevo hasta que nuestra respiración se vuelve superficial.

—¿Por qué tienes una maleta junto a la puerta? —dice mirando hacia sus pies mientras trata de recuperar el aliento—. ¿Ibas a alguna parte?

Sonrío al verla fruncir el ceño. Acaricio su frente con mi pulgar hasta que las arrugas desaparecen. La atraigo junto a mí y rodeo su cintura con mis brazos.

—Sí, iba a buscarte. He querido darnos tiempo para hacer las cosas bien, para estar seguros. Pero ya no podía esperar más, ya no tenía sentido. Te he echado muchísimo de menos, Vega. —La estrecho fuerte y mis manos se pierden entre su pelo. Nuestros labios se unen y nos buscamos hambrientos con la sed de todos estos meses. Nos separamos y me mira con sus ojos más decididos que nunca.

—¿Y ahora qué?

—Seremos felices y comeremos perdices. No conozco ningún cuento que termine mal si los protagonistas son una princesa y su enamorado caballero.

# Epílogo

—Estás increíble. —Suspiro mientras miro a mi hermana con admiración.

El vestido de encaje dibuja las formas de su cuerpo con suavidad cuando se levanta para abrazarme. La puerta se abre y mi madre entra en la habitación.

—Chicas, conteneos. No podemos bajar con el maquillaje corrido. —Se acerca con los ojos aguados y besa a mi hermana en la mejilla—. Eres la novia más preciosa que he visto, cariño. —La envuelve entre sus brazos y Clara ahoga un sollozo.

Mi madre se pasa un pañuelo por los ojos con suavidad y le recoloca el velo. Me muerdo los labios para no llorar. Tenemos las emociones a flor de piel. Clara avanza, se coloca junto a mí y respira hondo.

—¿Preparada? —pregunto.

Asiente y esboza su mejor sonrisa. Ha llegado el momento.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa?

Esa voz. Sonrío.

—Unas diez veces. Con ropa puesta y sin ella.

Una carcajada suave suena en mi oído. Álvaro rodea mi cintura desde atrás y besa mi cuello. Me inclino, juguetona, para darle mejor acceso y noto su sonrisa contra mi piel. Corre una brisa suave y los colores del atardecer visten el cielo de gala.

—Hacen buena pareja, ¿verdad?

Mi hermana y Darío bailan abrazados en la zona que se ha preparado como pista de baile. Él le susurra algo al oído y le acaricia la mejilla. Clara sonrío y puedo ver el amor en sus ojos.

—Sí, se los ve felices. —Sus dedos acarician la piel expuesta de mi nuca—. ¿Y tú? ¿También eres feliz? —Me da la vuelta y sus ojos, que en mí todo lo ven, me miran con ternura.

—Tengo todo lo que quiero, no podría ser más feliz. —Y no lo digo por decir. Tengo una familia maravillosa, buenos amigos y, por encima de todo,

lo tengo a él, que me llena de amor, me acompaña y me da alas. No puedo pedir más.

—Te quiero.

—Te quiero —repito. Después de tanto tiempo guardando esas palabras en mi interior, ahora las digo siempre que puedo. No me gusta darlas por supuestas, aunque no necesitemos escucharlas para saber que ambos lo sentimos.

—Entonces... ¿es un sí? —pregunta con su mejor cara de niño bueno.

Cuando Álvaro volvió de Los Ángeles pensamos en tomarnos las cosas con calma, darnos tiempo para afianzarnos como pareja, pero Álvaro no está cumpliendo con su parte del trato. Según él, no sabe de qué me sorprende; ya me advirtió que, cuando se trata de mí, no es de fiar.

—Sí —susurro. No me da tiempo casi a terminar de pronunciarlo, porque me abraza y me eleva por los aires antes de que sus labios cubran los míos en un beso demasiado explícito para darlo en público.

Borja pasa por detrás justo en ese momento y por el rabillo del ojo lo veo enfocarnos con la cámara.

—Esta para que la pongáis en vuestra nueva casa —recalca el «vuestra» y me guiña un ojo.

Me río. Álvaro me deja en el suelo. Nos balanceamos al ritmo de la música y cuando los últimos acordes de la canción tocan a su fin, me inclina y, al alzarme, me besa en los labios. Le permito hacer, confiada, con la certeza de que no me dejará caer. Porque, sin duda, en eso consiste el amor, en tener a alguien que te haga sonreír, que llene de música tu vida, que te sostenga y nunca te deje caer.

FIN

# Agradecimientos

Los agradecimientos son una de las partes que vivo de forma especial al escribir cada nuevo libro porque me permiten darme cuenta de las personas maravillosas que tengo alrededor y que me acompañan en este sueño. Los escribo dividida entre la alegría y la emoción, por eso mismo, antes de que la segunda lo ocupe todo y las letras se vuelvan borrosas, empecemos.

Gracias a mi familia y amigos por ser los que siempre están ahí. Sobre todo, a mis chicos por entender que les robe parte de su tiempo y lo dedique a contar historias. Y de forma especial a mi madre, por inculcarme el amor por la lectura y, por encima de eso, por repetirme a cada paso del camino lo orgullosa que está de mí. Su cariño me da alas para seguir soñando cada día con más fuerza. Te quiero, mamá.

A Irene Ferb y Kate Danon por ser más amigas que compañeras. Por escucharme y aconsejarme. Y por esas comidas de las que salgo con unas ganas locas de ponerme delante del ordenador. Siempre os lo digo: sois una de las cosas más bonitas que me ha dado el mundo literario.

A mi editorial, Ediciones Kiwi, por seguir confiando en mis historias. En especial a mi editora; Teresa, gracias por tu paciencia en los pequeños baches que me he ido encontrando por el camino.

A todas las personas que me siguen en redes por el cariño y el apoyo que me dan; por compartir y comentar; y ponerme una sonrisa de buena mañana. Sois geniales.

A Sara (Adrián), Esmeralda (Romero), Bea (Montes), Alejandra (Moya), Sammy, Lara (Díaz) por darnos tanto amor a la bilogía Latido, a Paula y Aitor, y a mí misma. Sois tan bonitas por dentro como por fuera. Espero que sigamos disfrutando juntas de nuevas historias.

Y por último, a ti que estás leyendo estas palabras por ser quien hace posible que un libro más pueda escribirlas. Si acabas de llegar a mi mundo de historias, bienvenido, espero que te quedes. Si hace tiempo que compartimos letras y emociones: Gracias, gracias y un millón de gracias. Sin vosotros nada de esto sería posible.